STEVENSON

LA ISLA DEL TESORO

10
18619

Biblioteca Nacional de España

2
43998

2
43998

muchos años de los re-

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Moral, Científica y Literaria.

Cuaderno primero.

Por R. L. STEVENSON

A. JUBERA
EDITOR
CAMPOMANES, 10
MADRID
Almacenes de libros.

Precio: una peseta.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ISLA DEL TESORO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

R. L. STEVENSON Y A. LAURIE

LA ISLA DEL TESORO

VERSIÓN ESPAÑOLA

BIBLIOTECA

CUADERNO PRIMERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad del Editor.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS.

Biblioteca Nacional de España

PREFACIO

La Isla del Tesoro ha obtenido un éxito inmenso, tanto en Inglaterra como cuando salió á luz en el folletín de *Le Temps*; y no se diga que este éxito lo obtuvo sólo entre los jóvenes lectores, á quienes la obra estaba dedicada, sino que sus padres y hermanos la leyeron con igual entusiasmo; lo que se comprende, visto el interés del asunto y el estilo tan personal de la obra.

He aquí una anécdota, que justifica lo que llevamos dicho:

Una tarde de la Primavera del año pasado, el jefe del Gabinete británico, míster Gladstone entraba en su casa á eso de las doce de la noche, después de una empeñada sesión parlamentaria, consagrada á la discusión de los presupuestos, y se disponía á retirarse á descansar, cuando la casualidad le hizo abrir el libro titulado La Isla del Tesoro, que uno de sus nietos había dejado sobre la mesa del salón.

El ilustre hombre de Estado no puede pasar por persona poco ilustrada, pues todo el mundo conoce su profunda erudición y sus hermosos trabajos científicos, que si le han colocado en el primer rango entre los helenistas, su elocuencia le ha elevado á la misma categoría entre los políticos.

Pues bien; desde las primeras páginas el encanto sutil del libro ejerció tal influencia sobre aquella elevada inteligencia, que Gladstone olvidó el mundo entero.

El criado entró á avisarle que el lecho estaba preparado; Gladstone le despidió y prosiguió su lectura, y, por fin, á eso de las cinco de la mañana, sin notar que el fuego que ardía en la chimenea se había ido extinguiendo poco á poco, al terminar la lectura del libro advirtió que los primeros albores de la mañana invadían la habitación.

Entonces se acostó.

Ninguna novela ha tenido un éxito más lisonjero.

Nosotros sólo diremos, para encomiar el mérito de La Isla del Tesoro, que su adquisición nos ha sido recomendada por Mr. Eduardo Schere; y que hemos adquirido la exclusiva de todos los derechos y traducción á la lengua castellana.

El Editor.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ISLA DEL TESORO

BIBLIOTECA

I

UN VIEJO LOBO DE MAR

Voy á referir todo lo que se relaciona con mis aventuras en la isla del Tesoro; absolutamente todo, desde el principio hasta el fin, reservándome tan sólo el indicar la verdadera posición geográfica de la isla, puesto que aún conserva encerrada en sus entrañas riquezas inmensas.

Empiezo, pues, mi relato en el año de gracia de 1782, en la época en que mi padre tenía la posada llamada *El Almirante Benbow*, en el camino de Bristol, á unos doscientos ó trescientos pasos de la costa.

Un día presentóse en nuestra posada un viejo marino, de tez curtida por el sol y atravesada una mejilla por una inmensa cicatriz.

Me parece verle aún caminar lentamente, seguido de un hombre que llevaba acuestas un baúl viejo, de los que usan lo marineros, llegar á nuestra puerta y penetrar en la sala de la posada.

Era un hombre de formas atléticas, con rostro de color de ladrillo, manos enormes, callosas, llenas de cicatrices... Me parece verle aún, parándose para mirarlo todo á su alrededor, silbando una antigua canción marinera, cuyo estribillo tantas veces después le hemos oído repetir.

Cantaba con una voz ruda y cascada, que parecía haberse gastado al compás de las voces de mando del marino en medio de las borrascas del mar.

Apenas hubo entrado:

—Un vaso de ron, dijo ásperamente á mi padre.

Éste se apresuró á servirle.

Bebiólo lentamente el desconocido, como buen conocedor, haciendo chascar su lengua; luego se dirigió á la puerta, poniéndose á examinar los peñascos que se elevaban á la derecha, y luego la muestra de la posada y el interior de la sala baja.

—Esta bahía me conviene, dijo entre dientes, y la barraca me parece bien situada... ¡Eh, patrón! ¿Viene por aquí mucha gente?

—No mucha, desgraciadamente, contestó mi padre.

—Pues precisamente es lo que necesito.

Biblioteca Nacional de España

¡Hola, eh! camarada, añadió dirigiéndose al hombre que llevaba su baúl; desembárcame eso con tiento y echa la amarra en esta casa. Me quedo aquí por algún tiempo. ¡Oh! Yo soy un hombre muy sencillo, y que me contento con cualquier cosa... Un poco de ron, huevos y jamón es cuanto necesito, y luego tener delante unas rocas como esas para ver pasar los buques.

¿Queréis saber cómo me llamo?

Pues llamadme Capitán, si os parece bien.

¡Ah, ah! ¡Qué mohino estáis! Vamos, tranquilizáos; el dinero no es el que me hace falta; tomad... tomad.

Y tiró al suelo tres ó cuatro monedas de oro.

—Cuando se acabe eso, ya me lo diréis; pero tenéis que tratarme bien.

Un general no hubiera hablado con más altivez; y en verdad que á pesar de su manera grosera y ruda de conducirse, no tenía el aire de un simple marinero, sino más bien de un capitán ó un segundo de la marina mercante, acostumbrado á mandar en jefe.

El hombre que le había traído el baúl nos dijo que nuestro nuevo huésped acababa de llegar en la diligencia á la aldea próxima, y que había preguntado si había por allí alguna posada que estuviese próxima al mar; y al ver que la nuestra reunía las circunstancias que él deseaba, la había escogido para instalarse en ella.

Esto fué cuanto pudimos averiguar sobre el desconocido.

El Capitán (como le llamaremos de aquí en adelante), era un hombre extraordinariamente callado.

Pasaba el día entero correteando por la bahía, armado de un viejo telescopio de cobre.

Por la noche permanecía sentado al lado del hogar, bebiendo grog muy cargado, y generalmente no respondía cuando le dirigían la palabra, contentándose tan sólo con levantar la cabeza con aire furibundo, soplando por la nariz como un cachalote.

Por lo tanto, nos acostumbramos á dejarlo tranquilo sin hacerle pregunta alguna, y obedeciendo tan sólo las órdenes que nos daba.

Todas las noches invariablemente, al volver de paseo, nos preguntaba si había pasado por el camino algún marino, creyendo nosotros que esta pregunta encerraba el deseo de ver á algún camarada; pero no tardamos en comprender, por el contrario, que su verdadero deseo era evitar su encuentro.

Cuando por casualidad se detenía algún marinero en *El Almirante Benbow*, que pasaba, con dirección á Bristol, por el camino de travesía, nuestro huésped le miraba por la puerta vidriera antes de entrar en la sala baja, y mientras el transeunte permanecía en la posada, tenía sumo cuidado de no pronunciar ni una palabra.

Yo bien sabía lo que significaba aquella inquietud especial que le atormentaba cuando llegaba á la posada algún marinero, y casi puedo decir que yo también participaba de ella, pues al poco tiempo de llegar nuestro huésped á la posada, me llamó aparte y me prometió darme todos los meses una peseta si le tenía al corriente de lo que pasara, encargándome muy especialmente que si veía pasar por allí á un marino *que no tenía más que una pierna*, que fuese á avisarle inmediatamente.

Casi todos los meses tenía que recordarle su promesa, reclamando el salario prometido, y generalmente me respondía con un gruñido, acompañado de una mirada terrible que me hacía bajar los ojos; pero después que pasaban uno ó más días me entregaba el Capitán la consabida peseta, recomendándome mucho que estuviese alerta y que le avisase en seguida la llegada *del hombre de una sola pierna*.

¡Parece imposible hasta qué punto llegué á preocuparme con aquel misterioso personaje!

En las noches borrascosas, y cuando el viento huracanado hacía retemblar nuestra humilde vivienda, viniendo las olas á estrellarse con estrépito contra los acantilados, yo veía á aquel ser extraño bajo mil aspectos variados, diabólicos y terroríficos. Tan pronto tenía la pierna cortada por la rodilla, tan pronto por el muslo. Otras veces el hombre se convertía en una especie de monstruo con una sola pierna en medio del cuerpo; y lo peor de todo era cuando en medio de mi pesadilla le veía correr y perseguirme por montes y vallados, saltando por encima de todos los

Biblioteca Nacional de España

obstáculos que le interrumpían en su carrera.

La verdad es que pagaba bien caro con aquellos sueños espantosos mi triste salario.

Pero en cambio del terror que me inspiraba *el hombre de una sola pierna*, no sentía miedo alguno en presencia del Capitán, lo que no sucedía á los que me rodeaban.

Algunas veces que bebía más rom del que su cabeza podía soportar, entonaba antiguas canciones báquicas, sin fijarse en nada de lo que pasaba á su alrededor; pero otras veces hacía que todos los que se hallaban presentes bebiesen á su salud, le hiciesen coro en las canciones que entonaba ó le escuchasen las terroríficas historias que relataba, que no tenían ni pies ni cabeza.

¡Cuántas veces le he oído aquella canción antigua cuya estribillo era: «Jo-ho-ho, Jo-ho ho,» que todos los concurrentes acompañaban con descompasados gritos para agradarle, evitando así su terrible cólera, cuyos accesos eran espantosos, pues empezaban generalmente dando tremendos puñetazos para imponer silencio ó estallando su coraje por cualquier pregunta que se le hiciese.... ó que no se le hacía, sacando en consecuencia que su auditorio no le escuchaba con atención!

También era imposible salir de la posada hasta que él se hubiera ido á acostar tranquilamente.

En todos sus cuentos había ahorcados en el palo mayor, puñaladas, combates cuerpo á cuerpo, tempestades horrorosas, aventuras tenebrosas en ambos hemisferios, y, según él mismo confesaba, había pasado toda su vida en medio de piratas y asesinos; sin contar con que los términos que empleaba para describir tantos horrores nos helaban de espanto, tanto ó más que los mismos crímenes.

Mi padre repetía sin cesar que su presencia en la posada acabaría por arruinarnos, espantando con sus brutalidades á nuestros parroquianos más antiguos, pues estos infelices volvían á sus casas con los cabellos de punta y sobrecogidos de terror.

Pero yo, por el contrario, estaba convencido de que aquellas terroríficas veladas atraían á los campesinos, que, á pesa del miedo que experimentaban, oían con curiosidad tan punzantes narraciones.

La verdad es que el Capitán daba alguna variedad á la vida monótona del campo, y hasta algunos de los mozos añadían con énfasis que era «un verdadero lobo, un cocodrilo viejo,» uno de esos hombres que han hecho tan temible á Inglaterra en el mar.

El defecto capital del Capitán, puesto que tocaba á nuestros intereses, era el que no pagaba sus gastos.

Fuera de las tres ó cuatro monedas de oro que nos dió en un principio, no volvimos á ver un céntimo más.

Pasaban los meses y las semanas, la cuenta crecía extraordinariamente, y mi padre no se atrevía á decir una palabra; pues cuando por casualidad aventuraba alguna alusión ligera, el Capitán se enfurecía de tal suerte, que mi padre se batía en retirada.

¡Cuántas veces he visto al infeliz torcerse los brazos de desesperación después de alguna de aquellas rabotadas, y clamar contra su mala suerte!

Mientras que el Capitán permaneció en nuestra casa, no le ví cambiar de traje, y sólo compró algunos pares de calcetines á un buhonero que pasó por allí.

Su chaqueta, vieja y usada, que él mismo remendaba, parecía, más que chaqueta, un verdadero mosaico.

Jamás escribió á nadie, ni recibió carta alguna por el correo.

Hablaba tan sólo con los parroquianos de la posada, y eso cuando estaba borracho; y no hubo nadie en el mundo que hubiera podido vanagloriarse de haber visto su baúl.

Sólo un hombre se atrevió á hacerle frente.

Nuestro médico, el doctor Livesey, vino por vez primera á ver á mi padre (que padecía ya la enfermedad que poco después debía llevarle al sepulcro), y se quedó á comer en la posada, fumando su pipa en la sala mientras llegaba su cabalgadura del pueblo, pues nosotros no teníamos cuadra que ofrecerle.

Al poco rato entré yo á mi vez en la sala, y no pudo menos de llamar mi atención el contraste que presentaba el doctor, limpio, acicalado, empolvado cuidadosamente el cabello y vestido con cierta ele-

Biblioteca Nacional de España

gancia, con la gente que le rodeaba, y, sobre todo, con aquel desaliñado y repugnante pirata, de ojos enrojecidos, de tez plomiza y traje harapiento, borracho como siempre y pesadamente inclinado sobre el tablero de la mesa.

De repente el Capitán, levantando la cabeza, dijo su eterna canción con voz ronca y gutural:

Eran quince marineros
sobre el cofre del muerto;
quince lobos, quince marineros.
¡Jo-ho-ho!... ¡Jo ho-ho!...

Al principio creía que «el cofre del muerto» debía ser el que él tenía en su cuarto, y era una de mis pesadillas, como la del *hombre de una pierna*; pero después nos acostumbramos, y ni yo ni nadie de la casa se volvió á fijar en las palabras de la canción.

El doctor, que la oía por vez primera, levantó la cabeza con disgusto é interrumpió un momento la conversación que tenía entablada con el viejo Taylor, uno de nuestros parroquianos más antiguos, que le consultaba sobre su reumatismo.

Sin embargo, el Capitán parecía que se animaba bajo la influencia de su propia voz, y acabó por dar un fuerte puñetazo sobre la mesa.

Todos sabíamos que aquello quería decir:

—¡Silencio! y todo el mundo se calló, excepto el doctor Livesey, que continuó su conversación con aquel timbre de voz dulce y armonioso que le hacía tan simpático.

El Capitán le echó una mirada terrible, y dando un segundo puñetazo sobre la mesa, con más fuerza que el primero, acompañado de un juramento espantoso, gritó como un desesperado:

—¡Eh! Silencio allá abajo, en el entrepuente.

—¿Habláis conmigo, caballero? preguntó el doctor.

Y habiéndole el pirata respondido afirmativamente:

—En ese caso, caballero, replicó tranquilamente el doctor Livesey, no tengo más que una cosa que deciros, y es que si continuáis bebiendo ron con esa abundancia, no tardaréis en bajar al sepulcro, y habrá un borracho menos en el mundo.

El furor del viejo fué terrible.

Se levantó de un salto, desenvainó su cuchillo, y anunció en voz alta que iba á atravesar al doctor de medio á medio.

Este no pestañeó siquiera; continuó hablando en el mismo tono, mirándole por encima del hombro, y añadió de modo que todo el mundo le oyera, pero con una calma perfecta:

—Si no envaináis ese cuchillo al momento, os doy mi palabra de honor que no tardaréis en ser ahorcado...

Los dos cambiaron una mirada.

El Capitán se confesó vencido; guardó el cuchillo, y se volvió á su puesto refunfuñando.

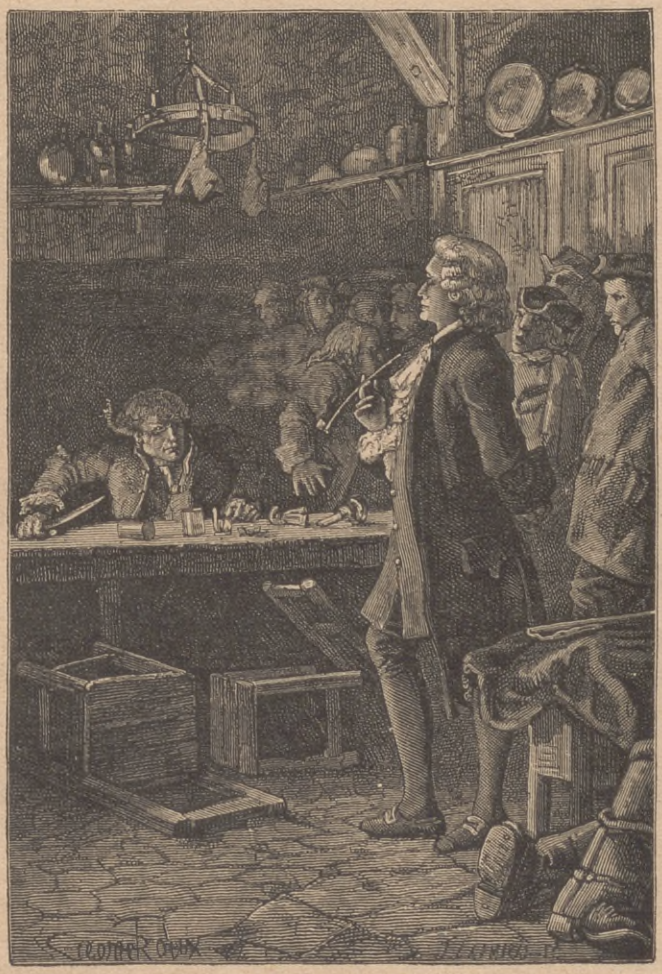
—Y ahora, caballero, que sé que hay en mi distrito un individuo como vos, podéis estar seguro que no dejaré de vigilarle, pues además de médico, soy Juez de paz; si me presentan la más mínima queja contra vos, aun cuando sólo sea por una grosería como la de esta tarde, os aseguro que no haréis los huesos viejos entre nosotros... «Conque al buen entendedor, con una palabra basta.»

El caballo del doctor acababa de llegar; montó en él, y partió.

Por espacio de ocho días el Capitán no se movió de un sitio.

Estaba acobardado.

Biblioteca Nacional de España



El furor del viejo fué terrible.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

II

PERRO-NEGRO APARECE, Y DESAPARECE EN SEGUIDA

Poco tiempo después de este incidente sobrevino el misterioso acontecimiento que iba á desembarazarnos del Capitán, pero no de las consecuencias de su permanencia en nuestra casa, como no tardaremos en ver.

El invierno era de los más rudos; las heladas se sucedían unas á otras, intercaladas con fuertes tempestades, y todos comprendíamos que mi padre no llegaría á la primavera, pues cada vez estaba peor. Mi madre y yo, abrumados de trabajo y llenos de cuidados, apenas si pensábamos alguna que otra vez en nuestro incómodo huésped.

Ua mañana de Enero que helaba horriblemente, y cuando el sol iluminaba apenas la cima de las colinas, mientras que en la bahía se levantaban y rizaban las olas sin ruido, impulsadas por un cierzo helado, el Capitán, que se había levantado más temprano que de costumbre, se dirigió hacia las rocas con su cuchillo metido en el cinturón, su telescopio debajo del brazo y el sombrero echado hacia atrás.

Recuerdo que resoplaba con fuerza, como si pensase todavía en la lección que le había dado el doctor Livesey.

Mi madre estaba ocupada cuidando á mi padre, y yo iba á poner la mesa para que almorzara el Capitán, cuando se abrió de repente la puerta y penetró por ella un desconocido.

Lo que más llamaba la atención en aquel hombre era su intensa palidez.

También noté que le faltaban dos dedos en la mano izquierda, y que llevaba en la derecha un gran puñal.

En cuanto yo veía á un desconocido, pensaba al momento en el *hombre de una sola pierna*, y al fijarme en el desconocido, aunque no parecía al pronto que fuese marinero, sin embargo había en él algo que indicaba que era un hombre acostumbrado al mar.

Le pregunté qué se le ofrecía, y me pidió ron, y al ir yo á traérselo, me llamó, y sentándose cerca de una mesa, me hizo seña de que me aproximase.

Yo me detuve con la servilleta en la mano.

—Acércate más, muchacho, me dijo.

Me adelanté un poco.

—¿Ese cubierto es sin duda para el amigo Bill? me preguntó con una mirada inquieta.

Respondí que no conocía al amigo Bill, y que aquel cubierto estaba destinado á un huésped de la casa á quien todos llamábamos el Capitán.

—¡Truenos y rayos! dijo: el amigo Bill puede llamarse si quiere Capitán, no seré yo quien se lo estorbe; pero, dime: ¿no tiene una cicatriz en la mejilla izquierda y es amigo del ron? ¿Eh, muchacho?... ¡Cuando yo te lo decía!... ¡Ah, ah!... ¿Conque el amigo Bill está en la posada?

Le contesté que había salido.

—¡Ah! dijo el extranjero: ¿y por qué lado ha ido, muchacho?

Le indiqué los peñascos á orillas del mar, añadiendo que el Capitán no tardaría en volver.

La expresión de su fisonomía era muy afectuosa; pero me parecía que no sentía lo que decía.

Por lo demás, ¿á mí qué me importaba?

El desconocido permaneció en la sala, yendo de un lado á otro y asomándose á la puerta, pero sin traspasar el umbral, y acechando con precaución, como un gato acecha á un ratón.

En el momento que yo salía al camino para ver si venía el Capitán, oí que me llamaban, y como no obedecí tan pronto como él quería, su rostro se contrajo horriblemente y me llamó de nuevo, profiriendo horribles juramentos.

Mas apenas estuve á su lado, cuando recobró sus zalameras é irónicas maneras,

Biblioteca Nacional de España

y llegó hasta acariciarme, diciéndome que era un buen muchacho y que me había cobrado mucho cariño.

—Tengo un hijo de tu edad, añadió, y estoy orgulloso de él, y tú eres su retrato, te lo aseguro; pero lo principal es que los chicos sean obedientes... ¡Oh! sí: la obediencia... Si tú hubieras navegado con el amigo Bill, no habría que repetirte una orden dos veces... ¡No, por el diablo! No pasaba una... Pero, ó yo me engaño, ó es el amigo Bill el que viene por ahí... Sí, sí; el amigo Bill, con su telescopio debajo del brazo, ¡que Dios bendiga!... Ven, hijo mío, vamos á escondernos detrás de la puerta para sorprender al amigo Bill...

Mientras hablaba me empujó detrás de la puerta, y se metió él también á su vez.

Yo temblaba de miedo al ver que mi compañero tenía en la mano un puñal; pero él tampoco estaba muy tranquilo.

Por fin entró el Capitán, cerrando la puerta detrás de sí, sin mirar por nuestro lado ni notar nuestra presencia, y se dirigió hacia la mesa, donde estaba servido su almuerzo.

—Bill, dijo el desconocido con una voz que se esforzaba en hacerla gruesa.

El Capitán se volvió y nos vió.

Su rostro se puso súbitamente lívido; sólo su nariz permaneció colorada como un tomate.

Parecía que había visto al diablo en persona, y estuvo á punto de caerse de espaldas.

—Vamos, Bill, ¿me reconoces, no es verdad? ¿No has olvidado á tu antiguo camarada? exclamó el extranjero.

—¡Perro-Negro! murmuró el Capitán con espanto.

—El mismo, replicó el otro, recobrando su aplomo á proporción que aumentaba la turbación de nuestro huésped; Perro-Negro en persona, que ha venido á hacer una visita á su antiguo camarada. ¡Ah, mi pobre Bill, cuántas cosas han pasado desde el día en que perdí mis dos dedos! añadió mostrando su mano mutilada.

—Pues bien; puesto que me has hallado al fin, dijo el Capitán con voz alterada, habla, y dime al menos qué es lo que quieres.

—¡Ah! Ya reconozco á mi Bill... siempre derecho al asunto; esa es también mi costumbre. De buena gana tomaría una copa de ron, si este chico tan guapo me la trajera, y al mismo tiempo hablaríamos un poco de nuestros negocios, como buenos camaradas.

Cuando volví con el ron, los dos estaban sentados á la mesa del Capitán, ocupando Perro-Negro el lado más próximo á la puerta, para vigilar á su compañero y poder escapar si era necesario.

Me mandó que me retirase y que dejase la puerta abierta, añadiendo:

—Cuidado, chicuelo, con ser fisgón.

Yo salí en el acto; pero me quedé al lado del mostrador, prestando atento oído, para ver si podía pescar algo de la conversación de los dos camaradas.

Al principio no oí más que un murmullo confuso; pero luego las voces subieron á un diapasón más elevado, y distinguí algunas palabras, casi todas ellas juramentos articulados por el Capitán.

—¡No, no, no y no!... Está dicho, ¿no es verdad? gritó de repente. ¡Idos todos, si queréis, á que os ahorquen!...

A estas palabras sucedió un estruendo horroroso; mesas y sillas rotas, la vajilla hecha pedazos, y luego un grito de dolor.

En el mismo momento Perro-Negro pasó por delante de mí chorreando sangre, con el cuchillo en la mano, huyendo del Capitán, que corría detrás de él, y que lanzó el arma sobre el herido en el momento en que éste pasaba el umbral de la puerta.

Felizmente paró el golpe la muestra de la posada, en la que aún se ve un gran agujero; pues de haber recibido el golpe Perro-Negro, lo divide en dos.

Este fué el fin del combate.

El fugitivo huyó á través del camino con maravillosa agilidad, y en menos de un segundo desapareció en un recodo.

En cuanto al Capitán, se quedó contemplando la muestra con aire estúpido y sin decir una palabra. Después se pasó la mano por la frente y entró en la casa.

—Jim, me dijo; dame un poco de ron.

Y mientras hablaba ví que vacilaba y que se apoyaba en la pared para no caer.

—¿Estáis herido, Capitán? le pregunté.

—¡Ron... ron!... repitió; es preciso que salga de esta posada ahora mismo. ¡Ron, tráeme ron!

Corrí á buscárselo; pero estaba tan tembloroso, que rompí el vaso, y acababa de llenar el segundo, cuando oí el ruido

Biblioteca Nacional de España

de un cuerpo pesado que caía al suelo.

Subí con precipitación; ví al Capitán tendido en el suelo cuan largo era.

Casi al mismo instante apareció mi madre, atraída por los gritos y el ruido de la lucha.

Me ayudó á levantar al Capitán, y vimos que éste respiraba penosamente, con una especie de estertor, y que sus ojos estaban inyectados en sangre y su tez lívida.

—¡Dios mío, Dios mío! exclamaba mi madre, ¡qué vergüenza para nuestra casa! ¡Y mi pobre marido enfermo además!...

Creímos, como era natural, que el Capitán había sido herido, y no sabíamos qué hacer. Procuré hacerle beber un poco de rom; pero sus dientes estaban tan apretados, que me fué imposible hacerle pasar ni una sola gota.

Pero nuestra alegría fué grande cuando vimos llegar al doctor Livesey, que venía á hacer su visita cotidiana á mi padre.

—Doctor, ¿qué hacer? ¿En dónde está herido? decía mi madre.

—¡Herido!.. ¡qué locura! Tan herido como yo, respondió el doctor; podéis estar tranquila. Esto no es más que un buen ataque de apoplejía, como se lo tenía pronosticado. Idos, señora Hawkins, al lado de vuestro marido, y no le digáis nada. Vamos, pues, continuó el doctor, á volver á la vida á este interesante personaje... Jim, traéme un cubo.

Cuando entré con el cubo, el doctor había desgarrado ya la manga de la camisa del Capitán y descubierto su brazo musculoso, cubierto de diferentes tatuajes, que decían: «¡Buena suerte!», «¡Buen viento!», «¡El capricho de Billy Bones!», y en la espalda una linda horca, perfectamente dibujada.

—¡El horóscopo del individuo! dijo el doctor designando el patíbulo con la punta de su lanceta. Y ahora, señor Belly Bones, puesto que es este vuestro nombre, vamos á ver el color de vuestra sangre. Jim, me dijo el doctor: ¿tienes miedo á ver correr la sangre?

—No, señor, le respondí.

—Pues bien; sostén el cubo mientras yo abro la vena.

La sangre corrió en abundancia antes de que el Capitán abriese los ojos; y al fijarlos en el médico, expresaron una viva inquietud; pero al verme á su lado, se tranquilizó.

Sin embargo, de repente palideció, y gritó, procurando levantarse:

—¿Dónde está Perro-Negro?

—Aquí no hay Perro-Negro ninguno, contestó rudamente el doctor, sino un ataque que yo había previsto por vuestra intemperancia. Acabo de salvaros la vida, bien á pesar mío, porque ésta es mi obligación; pero ahora adiós, señor Bones.

—¡Yo no me llamo así! interrumpió el Capitán.

—Lo mismo me da, contestó tranquilamente el doctor; Bones es el nombre de un pirata que vale tanto como vos, y no creo injuriaros á uno ni á otro llamándoos con el mismo nombre. Sólo tengo que deciros que un vaso de ron no os matará; pero si tomáis uno, querréis otro, y otro, y otro, y entonces sois hombre muerto... Muerto, ¿lo oís? é iréis ya sabéis dónde: como el de la Biblia. Vamos, vamos: haced un esfuerzo para levantaros y subid á la cama, que yo os ayudaré.

Sostenido por el doctor y por mí, el Capitán consiguió subir la escalera y le acostamos en la cama; pero apenas su cabeza tocó en la almohada, cuando perdió el conocimiento.

—Repítele, en mi nombre, que si vuelve á beber es hombre perdido.

Y le dejó para ir al lado de mi padre.

—Esto no será nada, me dijo cuando salimos de la alcoba, y como le he sacado mucha sangre, estará tranquilo en la cama más de ocho días. Pero si le repite el ataque, no sale de él, lo aseguro.

Biblioteca Nacional de España

III

LA MARCA NEGRA

A eso del mediodía subí al cuarto del Capitán con los medicamentos y bebidas refrigerantes prescritas por el doctor.

El enfermo continuaba en la misma postura en que le habíamos dejado; pero parecía más debilitado y excitado á la vez.

—Jim, me dijo, tú eres el único que vale algo en esta casa, y ya sabes que siempre te he querido. Todos los meses te daba una hermosa peseta... y ahora que me ves tan apurado, ¿me rehusarás una copa de ron, camarada?

—Ya sabéis que el doctor..., empecé á decir.

Pero me cortó la palabra, enviando á todos los demonios al doctor y exclamando:

—Todos los médicos son unos farsantes; ¿y cómo éste ha de saber lo que tiene un marino? Yo he estado en países más calientes que un horno encendido, en que todo el mundo se moría de la fiebre amarilla; en que la tierra se elevaba en forma de olas á causa de los temblores de tierra... y dime: ¿tu doctor ha visto algo que se le parezca? Pues bien; gracias al ron, me he visto sano y salvo. El rom es mi pan, mi vino, mi país, mi amigo, mi todo. Y ahora que me veo desarbolado como un barco en la tempestad, ¿quieren privarme del ron? Es lo mismo que asesinarme, Jim, ¿no lo comprendes? ¡Mi sangre caerá sobre tu cabeza y sobre la de ese vaca marina de doctor!

Y continuó con un rosario de juramentos y blasfemias.

Después añadió con tono doliente:

—Mira, Jim, cómo tiemblan mis dedos; no he bebido ni una gota de ron en todo el día. Ese doctor es un idiota, créeme, te lo aseguro; y si no me das una copa de rom me volveré loco, no hay duda... ya empiezo á tener alucinaciones... acabo de ver al viejo Flint detrás de ti... le he visto como te veo ti... además, ese condenado doctor ha dicho que un vaso de ron no me haría daño... Mira, Jim, te daré una guinea de oro por ese vaso... vamos, hazme ese favor.

Y cada vez el Capitán gritaba con más fuerza.

En medio de todo tenía razón, puesto que el doctor había dicho que un solo vaso de ron no le haría daño; pero me disgustaba que hubiera querido corromperme á precio de oro.

—Yo no os pido vuestro dinero, y solamente quiero que paguéis á mi padre lo que le debéis; pero respecto del ron, os contentaréis con un vaso, pues no pienso daros más, ¿lo oís?

En cuanto se lo llevé, lo apuró de un trago, y me dijo:

—Ya me encuentro mejor, te lo aseguro; y ahora dime, muchacho: ¿cuánto tiempo piensa el doctor tenerme clavado en cama?

—Una semana por lo menos, le contesté.

—¡Mil rayos! ¡Una semana! ¡es imposible! gritó con furia; mientras ellos me enviarán la *marca negra*. Ya empiezan á rondar á mi alrededor los tunantes. ¡Imbéciles, que no han sabido guardar lo que tenían! ¡Por eso quieren lo de los demás! ¿Por qué no han hecho lo que yo? ¿Por qué no han guardado su dinero, en vez de tirarlo por la ventana? ¡Pero les voy á hacer una que ya, ya! ¡Creen meterme miedo! ¡A otros más listos que ellos se la he dado yo!

Mientras hablaba se había incorporado en su lecho, y apoyándose en mi hombro, trató de dar algunos pasos; pero sus piernas parecían de plomo, y su voz, cada vez más débil, no se armonizaba con el sentido amenazador de sus palabras.

Se detuvo, y sentándose en el borde del lecho:

Biblioteca Nacional de España

—Este doctor me ha matado, dijo; la cabeza me zumba; ayúdame á acostarme.

Antes de que hubiese tenido tiempo de hacerlo, cayó pesadamente sobre las almohadas, permaneciendo largo tiempo silencioso.

—Jim, dijo de repente: ¿has reparado bien en ese marino que ha venido hoy?

—¿Perro-Negro?

—Perro-Negro... es un tunante, pero vale más que los que le envían... Escúchame, Jim. Si por cualquier motivo no puedo irme, y me cogen en el garlito, y me dan la *marca negra*, acuérdate que lo que ellos quieren es mi baúl, y sin perder un minuto, monta á caballo (¿sabes sostenerte sobre un caballo, ¿no es verdad?) Pues bien, coge el primer caballo que encuentres y vete á escape á casa de ese maldito doctor, y le dices que reuna á los magistrados, á la policía, á todo el mundo, si quiere pescar aquí, á bordo del *Almirante Benbow*, á la banda entera del viejo Flint, ó al menos lo que queda de ella. Tal como me ves, yo he sido el segundo de Flint, y sólo yo soy *sabedor del escondite*. Me confió este secreto en Savannah, en su lecho de muerte, en un estado parecido al mío, ¿comprendes?... Pero ni una palabra á nadie, como no sea que me envíen la *marca negra*, ó que veas rondar por estos alrededores á Perro-Negro y, sobre todo, al *hombre de una pierna*; á éste sobre todo, Jim, amigo mío.

—Pero ¿qué quiere decir eso de la *marca negra*, Capitán? le preguntó.

—Es una intimación de la banda, Jim; pero ya te advertiré si me la envían; por lo demás, es preciso que estés siempre alerta, y yo te aseguro por mi honor que todo lo dividiré contigo.

Divagó aún algunos instantes, pero su voz se fué debilitando insensiblemente.

Le di la poción, que tomó con la docilidad de un niño, y murmuró entre dientes:

—Si algún marino ha necesitado medicinas, de seguro que soy yo.

Luego cayó en un sueño pesado, que parecía un desmayo, y dejándole solo, me fuí al lado de mi padre.

Ignoro lo que hubiera hecho si las cosas hubieran seguido su curso ordinario, pero probablemente habría confiado aquel secreto al doctor, pues temía que el Capitán se arrepintiese de su confidencia y me hiciese desaparecer; pero mi padre murió casi repentinamente, y esta desgracia nos hizo olvidarlo todo; sin contar con que tuve que pensar en mil cosas, en el entierro, en servir á los parroquianos, en acompañar á mi madre, y, naturalmente, no tuve tiempo de pensar en el Capitán ni de ocuparme de él.

Al día siguiente por la mañana bajó, comió como de costumbre, aunque sin apetito, y bebió más ron que nunca, por la sencilla razón de que él mismo se servía en el mostrador, gruñendo y resoplando como una foca, y, por consiguiente, estaba más borracho el día del entierro, que fué aquella misma tarde, haciendo horrible contraste su alegría y sus canciones con el lúgubre silencio de la casa.

Pero débil y todo como estaba, nadie se atrevía á decirle una palabra, pues nos inspiraba á todos un miedo cerval. Sólo el doctor hubiera podido contenerle; pero no había vuelto desde que murió mi padre.

He dicho que el Capitán estaba débil, y añado que cada día perdía más fuerzas. Se arrastraba por la escalera, iba y venía de una á otra habitación, se asomaba á la puerta como para atisbar lo que pasaba por fuera, y volvía á entrar, apoyándose en las paredes y deteniéndose á cada paso para tomar aliento.

No me hablaba nunca en particular, por lo que se deducía que había olvidado las confidencias que me había hecho.

Su carácter era cada vez más huraño y violento; sacaba á cada momento su puñal de la vaina, cuando estaba borracho, para colocarle al lado suyo, y parecía que ya no se preocupaba del pasado, ensimismado en sueños interminables.

Este estado de cosas continuó así hasta el día siguiente de los funerales de mi padre.

Me encontraba yo triste y pensativo en la puerta de la posada, entregado á dolorosos recuerdos, cuando vi un hombre que avanzaba lentamente por el camino, y que debía ser ciego, pues á cada paso tanteaba el terreno con su bastón.

Llevaba puesto un capote burdo muy viejo y desgarrado, que le hacía parecer más extraño, y una gran visera verde sobre los ojos.

En mi vida he visto una fisonomía más espantosa y cruel.

Biblioteca Nacional de España

Se detuvo delante de la posada, y elevando la voz y con tono plañidero, dijo, dirigiéndose al espacio:

—¿No hay por aquí ninguna alma caritativa que pueda decir á un pobre ciego (que ha perdido la luz del día defendiendo á su país ¡Dios bendiga al rey Jorge!) en qué sitio se encuentra en este momento?

—Estáis á la puerta de la posada del *Almirante Benbow*, en la bahía de Black-Hill, buen hombre, le respondí yo al momento.

—Oigo una voz, y una voz joven, replicó en el mismo tono: ¿seréis tan amable y caritativo que me guiéis á ella?

Alargué inocentemente la mano que me pedían de una manera tan insinuante, y sentí que me la oprimían con fuerza; y fué tan grande mi terror y mi sorpresa, que intenté en vano desasirme de aquella horrible criatura; pero me contuvo, y atrayéndome hacia sí, me dijo:

—Ahora, muchacho, llévame adonde está el Capitán.

—Caballero, yo no me atrevo, le respondí.

—¡Oh, oh! murmuró entre dientes el ciego. ¿Te quieres resistir? Condúceme al instante donde te digo, ó te rompo ahora mismo el brazo.

Y torciéndomelo con fuerza, me hizo lanzar un grito.

—Caballero, le dije; lo hago por vos, porque el Capitán está desconocido desde hace algunos días; tiene siempre su puñal desenvainado, y otro caballero...

—¡Basta, basta; marchemos! interrumpió el ciego.

Nunca, en mi vida, había oído voz más dura é implacable, y sin oponer más resistencia, obedecí ciegamente y entré en la sala donde estaba el Capitán sentado en un rincón y con el vaso de rom al alcance de su mano.

El ciego seguía apretándome el brazo y apoyándose fuertemente sobre mis hombros.

—Me pondrás delante de él, y en cuanto pueda verme, le dirás: «Bill, aquí está uno de vuestros amigos;» y si no, ten cuidado...

Y me apretó el puño con furor.

El dolor y el espanto me hicieron olvidar el terror que me inspiraba habitualmente el Capitán, y abriendo bruscamente la puerta de la sala, repetí las palabras que me dictaba el ciego.

El pobre Capitán se estremeció, y con una sola mirada que echó al ciego, recobró por completo la razón, y la expresión de su fisonomía me pareció expresar más bien el disgusto que el temor.

Hizo un movimiento para levantarse, pero no pudo conseguirlo.

—No os mováis, Bill, dijo el mendigo; yo no veo, pero tengo el oído muy sutil y oigo el vuelo de una mosca. Los negocios son los negocios. Dadme la mano izquierda. Bien. Muchacho, coge esa mano por el puño y ponla al lado de mi mano derecha.

Los dos obedecimos pasivamente, y vi que el mendigo pasaba de su mano á la del Capitán una cosa que no vi, pues éste cerró la suya instantáneamente.

—Ya está hecho, replicó el ciego.

Y soltándome al punto, se deslizó fuera de la sala con una rapidez increíble, desapareciendo rápidamente.

Yo permanecí inmóvil de sorpresa, y oía el *tap-tap* de su bastón, que se perdía á lo lejos.

El Capitán permaneció tan estupefacto como yo; pero casi en el mismo instante miró con viveza lo que tenía en la palma de la mano.

—¡A las diez! exclamó. Tenemos seis horas de que disponer. Todavía podemos...

Y se puso de pie; pero en el mismo instante vaciló, se llevó la mano á la garganta y cayó cuan largo era sobre el pavimento con un ruido sordo.

Corrí hacia él, llamando á gritos á mi madre; pero no había por qué apresurarse, pues el Capitán había muerto de una apoplejía fulminante.

¡Cosa extraña! A pesar de que no le quise desde un principio, acabó por inspirarme lástima, y cuando le vi muerto, no pude contener mis lágrimas.

Era la segunda vez que veía la muerte ante mí, y mi corazón estaba aún traspasado de dolor por la de mi padre.

Biblioteca Nacional de España

El mendigo pasó de su mano á la del Capitán una cosa que no ví.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

IV

EL BAÚL DEL CAPITÁN

Referí á mi madre cuanto había pasado, y la verdad es que nos encontramos en una situación difícil y peligrosa.

Una parte del dinero del Capitán (si es que lo tenía) nos pertenecía de derecho por su pupilaje; pues de seguro ni Perro-Negro ni el ciego pagarían las deudas del difunto.

La orden que me había dado el Capitán de montar á caballo y correr á casa del médico, no la olvidaba un momento; pero no me atrevía á dejar á mi madre en situación tan aflictiva.

Los dos permanecíamos aterrados, temblando al oir cualquier ruido y ansiando salir de casa. La idea del Capitán temdido en la sala y de que aquel miserable viejo estuviese escondido en los alrededores y apareciese de repente, helaba la sangre en nuestras venas.

Por fin, determinamos salir juntos para ir al pueblo vecino á pedir protección y ayuda, y echamos á correr como dos locos, sin parar mientes en la helada que caía ni en la espesa niebla que se extendía por el campo.

El pueblo no estaba muy lejos, y aunque oculto por los peñascos, se hallaba situado al otro lado de la bahía y en dirección opuesta al sitio por donde había venido el ciego y vuelto á irse, sin duda.

Corrimos por espacio de veinte minutos sin detenernos, escuchando ansiosamente los ruidos que se percibían á nuestro alrededor, y por fin vimos brillar á lo lejos las luces del pueblo.

Llegamos; pero por más que hablamos aquí y allá, nadie quiso venir con nosotros á la posada del *Almirante Benbow*.

El nombre del capitán Flint, que me era desconocido cuando lo oí pronunciar á nuestro huésped, inspiraba en aquella aldea el terror más profundo.

Algunos labradores que trabajaban en los campos, al otro lado de la posada, dijeron haber visto algunos forasteros que les parecieron contrabandistas, pero que se habían apartado al punto de ellos, para no verse mezclados en ningún asunto desagradable.

Uno de ellos aseguraba haber visto al ancla una polacra pequeña en la caleta, que se llamaba en el país el *Agujero de Kitt*.

Por fin, no pudimos conseguir más sino que fuesen á avisar al doctor Livesey; pero repito que ninguno quiso venir con nosotros á defender la posada si la atacaban.

Se cree vulgarmente que la cobardía es contagiosa; pero también es verdad que la discusión reanima el valor, y esto fué lo que sucedió á mi madre, pues declaró terminantemente que iba á hacer un esfuerzo para salvar el dinero que pertenecía á su pobre hijo.

—¿Ninguno de vosotros se atreve á venir en nuestra ayuda? Pues bien, Jim y yo nos iremos solos, y nos volveremos á nuestra casa como hemos venido... ¡Sois unos gallinas!... Abriremos el baúl y tomaremos tan sólo el dinero que se nos debe. Haced el favor, señora Crowley, de prestarme ese saco que está ahí.

Todos exclamaron á una que era gran temeridad lo que intentábamos; pero nadie quiso acompañarnos, y sólo nos prometieron tener ensillados dos caballos por si acaso nos perseguían y me prestaron una pistola cargada, por si acaso nos atacaban.

Se convino también en avisar inmediatamente al doctor Livesey para pedirle el apoyo de la fuerza armada.

Mi madre y yo partimos al fin solos, en una noche oscura y tenebrosa para llevar á cabo tan peligrosa aventura.

La luna, que empezaba á mostrarse en el horizonte como un globo rojo en medio de la bruma, nos advertía que nos apresuráramos, pues no tardaría en inundar de luz toda la campiña, y seríamos perdidos si nos espiaban.

Nos deslizamos, pues, rápidamente por

Biblioteca Nacional de España

entre los matorrales como dos fantasmas, y llegamos sin novedad á la posada, encerrándonos por dentro y echando el cerrojo.

Después que descansamos un instante, mi madre encendió luz, y agarrándonos de la mano, penetramos en la sala.

El muerto estaba como le habíamos dejado, echado boca arriba, con los ojos abiertos y un brazo extendido.

—Echa las persianas, Jim, me dijo mi madre, que podrían vernos desde fuera, y ahora vamos á ver cómo podemos cogerle la llave del baúl, lo que va á ser imposible, añadió estremeciéndose, sin tocarle.

Yo me arrodillé al momento junto al cadáver y encontré, al lado de su mano abierta, un pedacito de papel en forma de oblea, ennegrecido por un lado. Este era evidentemente la *marca negra*. Recogí el papel y vi que por el reverso, que estaba blanco, había escrito con gruesos caracteres este lacónico mensaje:

«Hasta esta noche á las diez.»

—Madre, podemos disponer hasta las diez, exclamé yo.

Y como en aquel momento el reloj dió el golpecito precursor para la hora, mi madre y yo nos estremecimos, pero sin motivo, porque no contamos más que seis campanadas.

Aún teníamos tiempo.

—Vamos, Jim, dijo mi madre; busca la llave.

Busqué, efectivamente, en los bolsillos y sólo encontré unas monedas de cobre, hilo, agujas, un dedal, un cuchillo, una brújula y una mecha, pero la llave no.

—Quizás la lleve colgada al cuello, dijo mi madre.

Sobreponiéndome á mi terror, desabroché nuevamente el cuello de su camisa, y, en efecto, allí estaba la llave colgada de un cordón negro, embreado, que corté con su mismo cuchillo.

Éxito tan lisonjero nos llenó de esperanza.

Subimos corriendo al pequeño cuarto que había ocupado tanto tiempo, y en donde estaba, desde el primer día de su llegada, el famoso baúl.

Este era igual al de todos los marineros que yo he visto, de madera fuerte, pero desgastado ya por las puntas, como si hubiera servido mucho tiempo, y marcado en la tapa con una gran *B*.

—Dame la llave, me dijo mi madre.

Y á pesar de lo dura que estaba la cerradura, en un momento dió vuelta á la llave y levantó la tapa.

El baúl olía á tabaco y á brea. No vimos por encima más que un traje completo, en buen estado, y bien limpio y doblado, y debajo un conjunto heterogéneo de objetos menudos, como cuartos de círculos, escudillas de estaño, rollos de tabaco, dos pares de magníficas pistolas, una barra de plata fina, un reloj antiguo español y otros objetos de menos valor, de apariencia exótica, una brújula montada en cobre y cinco ó seis conchas de América. ¿Cuánto tiempo haría que llevaba consigo aquellas conchas en su carrera errante, peligrosa y culpable?

Todos estos objetos no tenían interés para nosotros, fuera de las alhajas y la barra de plata, por lo que proseguimos nuestras investigaciones.

En el fondo del baúl vimos un gabán viejo de marinero, blancuzco ya por el salitre de alguna playa lejana. Mi madre lo sacó con impaciencia, y vimos entonces los últimos objetos que encerraba el baúl, y que eran un paquete envuelto en hule, que parecía contener papeles, y un saquito de tela que al tocarlo despidió un ruido metálico.

—Ya verán esos tunantes, dijo mi madre, que somos gente honrada. Cogeré lo que me debe, pero ni un céntimo más... Dame el saco de la señora Crowly.

Y se puso á contar monedas de oro que iba echando en el saco que yo le presentaba hasta completar la suma que le debía el Capitán. Pero no era ésta una operación tan sencilla como parecía á primera vista, pues las monedas eran de diferentes países, como doblones, luises, guineas, onzas... ¡qué sé yo!... Y todo mezclado y confundido; y las guineas, que eran las más raras, eran al mismo tiempo las únicas que mi madre sabía contar.

No estábamos aún ni á la mitad de nuestro trabajo, cuando la detuve de repente, cogiéndole la mano.

Acababa de oir, en el silencio de la noche, el *tap-tap* del bastón del ciego sobre el suelo endurecido, que heló la sangre en mis venas.

Biblioteca Nacional de España

Aún teniamos tiempo

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

El ruido se aproximaba; escuchábamos en silencio reteniendo el aliento mi pobre madre y yo... Lo oimos ya en el dintel de la puerta; la llave dió vuelta, pero la puerta resistió, por el cerrojo que tenía echado por dentro.

Hubo un largo silencio; por fin se oyó de nuevo el *tap-tap* que se alejaba lentamente hasta perderse á lo lejos.

—Madre, cojámoslo todo y huyamos.

Estaba seguro que la puerta, cerrada por dentro, parecería sospechosa á la banda, y que no tardarían en venir todos los que la componían.

A pesar de lo aterrada que estaba mi madre, no quiso en modo alguno llevarse un céntimo más de lo que la debía el Capitán, pero tampoco un céntimo menos.

—No son más que las siete, dijo, y yo quiero apoderarme de lo que es mío.

Acababa de pronunciar aquellas palabras, cuando se oyó un silbido muy pronunciado á gran distancia.

Ya no era posible permanecer allí más tiempo.

—Me llevaré lo que tengo aquí, dijo mi madre levantándose precipitadamente.

—Y yo cojo esto para hacer cuenta redonda, exclamé apoderándome del paquete de hule.

Un instante después bajamos la escalera en la mayor oscuridad, dejando la vela encendida al lado del cofre vacío y saliendo al camino.

La niebla empezaba á disiparse, y la luna iluminaba ya por completo las alturas que nos rodeaban. Felizmente para nosotros, el camino y los alrededores de la posada se encontraban sumergidos en la bruma, y una oscuridad relativa favorecía nuestra fuga, al menos en los primeros momentos.

Bien pronto adquirimos la certeza de que un grupo de hombres, de los que uno llevaba una linterna, se dirigían á la posada.

—Hijo mío, toma el dinero y huye, me siento desfallecer.

Ya no había remedio; íbamos á ser cogidos... ¡Ah! ¡Cuántas maldiciones echaba yo á nuestros vecinos de la aldea próxima por su increíble cobardía!

Felizmente, llegamos al puentecillo, y ayudé como pude á mi madre hasta el borde del foso; pero allí lanzó un suspiro y se desmayó.

Yo no sé cómo conseguí arrastrarla hasta el fondo del foso contra el arco del puente, y cómo pude deslizarme todo encorvado arrastrándome sobre las rodillas hasta ocultarme á medias; pero mi madre continuaba desmayada y fuera de la sombra que proyectaba el puente y harto cerca de la posada.

V

MUERTE DEL CIEGO

¡Cosa extraña en situación semejante!

La curiosidad fué más fuerte que el terror.

Al cabo de algunos instantes, me fué imposible permanecer quieto, y arrastrándome suavemente hasta el borde del foso, fuí á esconderme detrás de un matorral, desde donde veía el camino y la puerta de la posada.

Apenas estuve instalado en aquel punto de observación, cuando apareció la vanguardia del enemigo, que eran de siete á ocho hombres, corriendo en desorden y precedidos del que llevaba la linterna.

Tres de estos individuos iban juntos y agarrados de la mano; en el de en medio reconocí al viejo.

En el mismo momento oí que gritaba:

—Echad abajo la puerta.

—¡Al instante!... respondieron dos ó tres voces.

De un golpe violento saltó la puerta de la posada de *El Almirante Benbow*, y los sitiadores se detuvieron antes de entrar, cuchicheando entre sí; pero la indecisión fué corta, pues el ciego empezó á dar órdenes, y su voz tomaba por momentos entonaciones más violentas.

—¡Entrad con mil demonios! gritaba.

Biblioteca Nacional de España

¿Queréis echar raíces á la puerta?... ¿Qué esperáis, pues?

Cuatro ó cinco obedecieron aquella orden, y los otros dos permanecieron en el camino con el terrible ciego.

Hubo un momento de silencio, luego una exclamación de sorpresa y una voz que gritaba desde la casa:

—¡Bill está muerto!...

Pero el ciego sólo respondió colmándolos de injurias por su lentitud en obrar.

—¡Registradle, tunantes! ¡Que otros suban á su cuarto y se traigan el cofre!... Es preciso deciros las cosas una por una...

Yo les oí subir precipitadamente nuestra vieja escalera, dando tales patadas, que parecía que la casa se venía abajo, y poco después se oyeron gritos de sorpresa, la ventana cayó hecha pedazos con un ruido terrible de vidrios rotos, y apareció en ella un hombre iluminado por la luz de la luna, que dirigiéndose al ciego, que esperaba debajo de la ventana, le gritó:

—¡Pew, nos han robado; otros han registrado ya el baúl!

—*La cosa*, ¿está aún ahí? rugió el ciego con furia.

—El dinero sí.

—¡Al diablo el dinero! ¡Te pregunto por los planos de Flint!

—No los encontramos.

—Y vosotros los de abajo, ¿los habéis encontrado sobre el muerto?

En aquel momento, uno de los que estaban en el piso bajo registrando sin duda el cadáver del Capitán, se presentó en el dintel de la puerta.

—A Bill le han registrado ya sin duda, dijo, puesto que nada tiene.

—Han sido las gentes de la posada, estoy seguro; aquel chicuelo... gruñó el ciego. ¿Por qué no le habré arrancado los ojos?... ¡Pero quizás sea tiempo aún; hace poco que estaban aquí, puesto que la puerta estaba cerrada, con el cerrojo echado cuando yo vine... Vamos, buscadlos por todas partes, camaradas.

—La verdad es que han dejado aquí la luz encendida, dijo el hombre que estaba en la ventana.

—Buscad por todas partes; demoled esa barraca hasta los cimientos, replicó Pew golpeando el suelo con su bastón.

Oyóse entonces un ruido infernal en nuestra pobre casa, rompiendo los muebles, abriendo y cerrando las puertas con violencia y arrancando con furia las ventanas; por fin, salieron aquellos hombres infernales diciendo que no habían encontrado á nadie.

En aquel momento, oyóse de nuevo el silbido que tanto había alarmado á mi pobre madre, y aunque al principio me creí que era una señal del ciego llamando á su gente al asalto, me convencí luego, por la dirección de donde partían los silbidos, y por el efecto causado sobre los bandidos, de que se trataba más bien de advertirles de un peligro.

—Es Dick, dijo uno de ellos, y dos silbidos... Es preciso largarnos, camaradas.

—¿Quién habla de largarse? gritó Pew. ¿Porque ese cobarde de Dick haya tenido miedo? No le conocéis; no os ocupéis de sus silbidos; eso no es nada. Ahora de lo que se trata es de encontrar á esas gentes, que no deben estar lejos... Quizás debajo de vuestras narices, condenados... ¡Ah! ¡Si yo tuviese mis ojos buenos!...

Estas palabras produjeron su efecto. Dos hombres empezaron á registrar los matorrales vecinos, pero sin gran afán al parecer, como si estuviesen pendientes de la señal dada por su compañero anunciando un peligro. En cuanto á los otros, parecían indecisos, y no se meneaban de un sitio.

—¡Imbéciles, animales, que no tenéis más que alargar la mano para coger una millonada y la dejáis escapar! decía el ciego. Ya sabéis que un pedazo de papel os haría más ricos que los reyes, que está ahí cerca de vosotros, y no os movéis. Ninguno de vosotros se ha atrevido á afrontar á Bill, sino he tenido que ser yo, pobre ciego... y voy á perder una fortuna por vosotros; y en vez de pasearme en coche, quedarme como estoy... Y después de todo, ¿de qué se trata? De buscar á esa gente, y sois tan cobardes que os estáis ahí quietos.

—¿Qué vamos á hacer, Pew? ¡Ya tenemos los doblones, qué diablo!

—Quizás, añadió otro, ese dichoso papel esté enterrado quién sabe dónde. Coge las guineas, Pew, y déjate de tanta palabrería.

Estas objeciones exasperaron al ciego en unos términos, que empezó á dar palos á diestro y siniestro, y los bandidos

Biblioteca Nacional de España

Pew cayó al suelo, lanzando un grito horrible.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

con horribles juramentos, procuraban, aunque en vano, arrancarle el bastón.

Esta pelea nos salvó á mi madre y á mí, pues en el mismo instante se oyó el galope de unos caballos por el lado del pueblo, y resonó un pistoletazo entre los peñascos.

Esta fué la señal de la desbandada, pues los bandidos echaron á correr en todas direcciones, los unos hacia la bahía, y los otros hacia el campo.

En un segundo Pew se encontró solo. ¿Le habían abandonado por efecto del pánico que se había apoderado de ellos, ó para vengarse de sus amenazas y brutalidades? Lo ignoro; pero la verdad es que se quedó detrás golpeando, frenético, el camino con su bastón, y llamando en vano á sus camaradas. En una palabra, después de mil vueltas y revueltas, se equivocó de camino y echó á correr hacia el pueblo, pasando cerca de mí gritando:

—Jonny, Perro-Negro, Dick y los demás, ¿abandonáis de esta suerte á vuestro viejo Pew? ¡Oh! ¡Es imposible!...

En el mismo instante aparecieron en lo alto de la colina cuatro ó cinco jinetes que bajaban hacia nosotros á galope tendido.

Pew, comprendiendo su error, volvió piés atrás, yendo derecho al foso, en donde cayó; pero se levantó al punto, y en medio de su aturdimiento fué á arrojarse á los pies mismos del caballo que iba al frente de los otros.

El jinete intentó refrenar su montura; pero ya era demasiado tarde.

Pew cayó al suelo, lanzando un grito terrible; los cascos del caballo le habían triturado el cráneo. Permaneció un instante inclinado sobre un costado, y luego cayó boca abajo, en medio de una atroz convulsión.

Yo salí corriendo de mi escondite y llamé á los jinetes, que se iban parando uno á uno, espantados con aquel horrible espectáculo.

Eran aduaneros de á caballo, que nuestro mensajero había encontrado al paso, al ir á avisar al doctor Levesey, y á quienes había advertido del peligro que corríamos.

Su jefe, el inspector Dance, había tenido ya noticia de la balandra que estaba anclada en el *Agujero de Kitt*, y por si acaso, dirigía su ronda por aquel lado.

A esta circunstancia debimos la vida mi madre y yo.

En cuanto á Pew, estaba muerto, y bien muerto.

Un poco de agua fresca fué lo suficiente para reanimar á mi madre, y pasados los primeros momentos, empezó á deplorar la pérdida de algunas guineas que faltaban á su cuenta.

Mientras tanto, el inspector Dance proseguía su camino á todo escape hacia el *Agujero de Kitt*; mas tuvo que echar pie á tierra para atravesar el sendero que bajaba al fondo del valle para resguardarse de cualquier emboscada. Quedóse sorprendido al llegar á la caleta y ver que la balandra había levado anclas, aunque aún estuviese al alcance de la voz.

El inspector dió voces, y le respondieron que se quitase de la claridad de la luna, si no quería recoger alguna bala bajo el brazo; y en el mismo instante silbó una bala en su oído.

No tardó la balandra en doblar la punta de la bahía y desaparecer, mientras que el Sr. Dance, según su propia expresión, permanecía en la costa como un pescado abandonado por la marea.

Todo lo que pudo hacer fué enviar á uno de sus hombres á Bristol para dar parte de lo sucedido.

—Y después de todo, ¿para qué? nos decía. Ya han escapado, y no hay que hablar del asunto; pero de todos modos, me alegro que ese tunante de Pew haya pagado por todos.

Hay que advertir que yo le puse al corriente de todo lo sucedido mientras nos dirigíamos á la posada del *Almirante Benbow*.

Esta estaba en un estado lamentable, pues los bandidos todo lo habían roto y destrozado, y aun cuando no se habían llevado más que el saco del oro del Capitán y algún dinero que encontraron en el mostrador, el destrozo que habían hecho significaba para nosotros la ruina. El señor Dance no podía comprender la rabia de que estaban poseídos aquellos miserables.

—Me decís que se han llevado el dinero, ¿no es verdad? Pues ¿qué más querían? ¿Qué buscaban además?

—Lo ignoro, caballero, por más que me

Biblioteca Nacional de España

malicio que lo que ellos buscaban lo tengo yo aquí en el bolsillo de mi chaqueta, y me alegraría mucho ponerlo en lugar seguro.

—Tenéis razón, hijo mío, podría perderse, y sería lástima. ¿Queréis entregármelo?

—Había pensado en llevárselo al doctor Livesey...

—Perfectamente, replicó el inspector, sin manifestar la más ligera contrariedad. Un caballero, un juez de paz, es la persona precisamente llamada para conservar vuestro hallazgo, y á quien haréis bien en confiar ese tesoro.

—Y ahora que pienso en ello, yo debo ir en persona á dar parte de la muerte de Pew, porque en verdad, nosotros los pobres aduaneros estamos siempre amenazados de la calumnia. ¿Queréis venir conmigo, Hawkins?

Le di gracias con toda mi alma por su amable ofrecimiento, y nos volvimos al pueblo, donde nos esperaban los caballos.

Mientras que explicaba á mi madre lo que íbamos á hacer, los aduaneros montaron á caballo, y á mí me colocó el señor Dance á la grupa del suyo, y dando la señal de partida, emprendimos la marcha á galope en dirección de la casa habitada por el doctor Livesey.

VI

LOS PAPELES DEL CAPITÁN

Cuando llegamos á casa del doctor, no se veía luz alguna en las ventanas de la fachada.

El Sr. Dance me mandó que me apease y llamase á la puerta. Salió á abrir una criada y nos dijo que el doctor no estaba en casa, que había ido á comer con milord Trelawney.

En vista de esto, el Sr. Dance determinó que nos dirigiésemos al castillo, y como no estaba lejos, seguí corriendo al lado de los jinetes hasta que llegamos á la puerta del parque.

El Sr. Dance dió su nombre, y llevándome consigo, fuimos admitidos inmediatamente en el castillo.

El criado nos introdujo en una sala espaciosa, cuyas cuatro paredes estaban cubiertas de armarios de libros y de una docena de bustos en mármol.

Allí encontramos al dueño del castillo con el doctor Livesey, instalados junto á la chimenea, donde ardía un buen fuego, y fumando pacíficamente su pipa. Yo no había visto nunca tan de cerca á milord Trelawney.

Este era un hombre de elevada estatura, de más de seis pies (ingleses), robusto y fuerte á proporción, con un rostro franco y bondadoso, bronceado por largos viajes, que le daba cierto aire áspero y duro, aunque en el fondo no tuviese mal corazón, y sí sólo el carácter algo vivo y un si es no es altanero.

—Entrad, Sr. Dance, dijo con afable urbanidad.

—Buenas noches, amigo, añadió el doctor; y tú, muchacho, dijo al ver á Jim, ¿qué buen viento te trae por aquí?

El inspector, cuadrado como un militar, refirió lo acontecido.

Nuestros dos interlocutores le escuchaban con interés y sorpresa á un mismo tiempo, y cuando supieron con qué varonil arrojo mi madre había vuelto á la posada, el doctor se dió una palmada en el muslo como en señal de aprobación, mientras que Mr. Trelawney exclamaba enfáticamente:

—¡Bravo! ¡Bravo!...

Y levantándose de su sillón, marchaba de un lado á otro de la sala.

En cuanto al doctor, se había quitado su peluca como para ver mejor, y escuchaba con toda su alma, sin preocuparse de la figura que hacía sin la peluca.

Por fin el Sr. Dance acabó de relatar los hechos acaecidos.

—Os felicito por vuestro comportamiento, exclamó el amo de la casa, y al pequeño Hawkins también. ¿Quieres hacer el favor de llamar, muchacho? El señor

Biblioteca Nacional de España

—No comprendo ni una palabra, dijo el doctor.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Dance no rehusará un vasito de cerveza.

—¿Y tú estás seguro, Jim, de tener en tus manos lo que tan ardientemente buscaban esos miserables?

—Esto es, caballero, le respondí entregándole el paquete forrado.

El doctor le dió vueltas entre los dedos como si tuviese deseos de abrirle, pero pudo dominarse, y acabó por metérselo tranquilamente en el bolsillo.

—Milord, dijo; cuando Dance acabe de refrescar, tendrá que irse para desempeñar su servicio de noche; pero como deseo llevarme á Jim Hawkins conmigo para que repose del viaje, os agradecería que mandaseis le sirvieran un pastel frío para cenar.

—Con mucho gusto, mi querido amigo Livesey; el pequeño merece algo más que un pastel frío.

Me sirvieron una gran torta de pichones y el pastel, y comí con gran apetito, pues tenía un hambre atroz, mientras que el Sr. Dance, después de nuevos cumplimientos, se despedía y retiraba.

—¿Qué vamos á hacer, amigo?

—Lo que queráis, mi querido doctor, respondió el lord.

—Procedamos con orden, replicó riendo el doctor; supongo que ya habréis oído hablar de ese Flint, de quien el difunto Bill Bones decía ser el ex teniente.

—¿Que si he oído hablar de Flint? exclamó Trelawney. ¡Ya lo creo, doctor! Como que es el bandido más terrible que haya existido jamás; el más temible de los piratas que hayan cruzado el mar... Barba-Azul es un niño de teta á su lado... Los españoles le tenían tanto miedo, que os aseguro estaba orgulloso de ser inglés... Yo he visto con mis propios ojos sus veleros buques á la altura de la Trinidad, y en cuanto el capitán los distinguió, dió la orden de virar de bordo...

—También algo parecido ha pasado en Inglaterra, replicó el doctor; pero aquí la cuestión es ésta: ¿Flint tenía dinero?

—¡Dinero!... ¡No lo dudéis! ¿Qué desean esos miserables sino dinero? ¿Qué otra cosa desean? ¿Por qué arriesgan su pellejo sino para buscar dinero?

—Eso lo vamos á saber muy pronto, replicó el doctor. Además, yo os pregunto: suponiendo que yo tenga en el bolsillo algún indicio sobre el sitio donde Flint ocultaba su tesoro, ¿creéis que ese tesoro sea muy considerable?

—¿Considerable, caballero? No os responderé más que esto. Si realmente tenéis el indicio que creéis, me comprometo á fletar un buque en Bristol para desembarcar con vos, y este niño aquí presente, é ir en busca de ese tesoro, aunque tardáramos un año en la expedición.

—Perfectamente, dijo el doctor; y ahora, si Jim es de mi opinión, vamos á abrir el paquete.

Y lo puso sobre la mesa.

El paquete estaba cosido por los cuatro costados, y el doctor cortó las puntadas con sus tijeras de cirujano.

El hule no envolvía más que dos objetos: una cartera de bolsillo y un papel lacrado.

—Veamos primero la cartera, dijo el doctor.

Mr. Trelawney y yo mirábamos por encima del hombro del doctor.

En la primera página no había más que garabatos, como haría cualquiera con una pluma en la mano por pasar el rato. En otra página había la misma indicación que yo había visto tatuada al estilo indio sobre el brazo del capitán: «El capricho de Billy Bones.» Otra llevaba como título: «Mr. Williams Bones, segundo del buque.» Otra: «No más ron.» Y luego: «A lo largo de la Llave de las Palmas lo he atrapado.» Y en las demás, verdaderos garabatos, la mayor parte ininteligibles.

Yo me preguntaba quién le había «atrapado» ó qué era lo que había «atrapado,» y me figuré si habría sido alguna puñalada en la espalda.

—Todo esto no nos dice nada, replicó el doctor continuando en su tarea de hojear la cartera.

Las diez ó doce páginas siguientes estaban cubiertas de una extraña serie de notas. Las había á dos columnas; al final de cada línea, una fecha; en el otro extremo, una cifra de dinero como en un libro de cuentas cualquiera; pero en vez de detallar cada artículo, no había más que un número de cruces más ó menos grandes entre las dos cifras. Por ejemplo, en la fecha 12 de Junio de 1745 figuraba una cantidad de setenta libras esterlinas (cerca de 10.750 pesetas); pero esto no estaba indicado más que por seis cruces. Algunas

Biblioteca Nacional de España

veces había en su lugar un nombre propio, tal como «á la vista de Caracas,» ó una mención de latitud y longitud, como: «62° 17' 20",—19° 2' 40".»

Estas cuentas se extendían hasta un período de cerca de veinte años; los totales estaban inscritos en el extremo de cada página, yendo siempre en aumento.

En la última había un total general (resultado de una ó seis sumas equivocadas) con esta firma: «Bones. Su tesoro.»

—No comprendo ni una palabra, dijo el doctor al acabar este inventario.

—Pues es claro como el sol, dijo míster Trelawney; tenemos entre las manos el libro de cuentas de esos miserables. Las cruces representan los nombres de las ciudades robadas y saqueadas por la banda, ó los buques echados á pique por la misma. Las sumas de dinero representan su parte de botín, y cuando temía confundirse, para mayor claridad añadía: «A la vista de Caracas,» etc.; sin duda algún desgraciado buque atacado en aquel parage. ¡Dios haya tenido piedad de la gente de á bordo!...

—Tenéis razón, replicó el doctor, y la parte de botín aumentaba á medida que subía el infame en categoría.

Ya no quedaba en el librito de memorias más que algunos cálculos náuticos en las páginas finales y una tabla para reducir las monedas francesas, inglesas y españolas, á un valor común.

—¡El tunante sabía lo que se hacía! exclamó el doctor: no quería que le engañasen en el cambio de la moneda.

—Y ahora, dijo, Sr. Trelawney, veamos lo demás.

Esto se refería al papel lacrado, que estaba sellado con un dedal de coser, el mismo quizás que yo había visto en los bolsillos del capitán.

El doctor abrió esta especie de sobre con el mayor cuidado, y vió dentro el mapa manuscrito de una isla con latitud y longitud, puntos, sondajes, alturas indicadas, fondeaderos y bahías; en una palabra, todos los detalles necesarios para poder anclar allí con toda seguridad cualquier buque.

La isla podría tener unas nueve millas de largo por cinco de ancho; su forma era la de un gran dragón apoyado en sus patas traseras. Se veía, en primer lugar, dos puertos naturales, casi enteramente cerrados por tierra á ambos lados, y en el centro una colina designada con el nombre de «Larga Vista.»

El mapa parecía muy viejo, pero tenía fechas é indicaciones recientes. Una de ellas eran tres cruces de tinta roja, dos hacia el Norte de la isla y otra al Sudoeste, y al lado de esta última, de la misma tinta y con una escritura fina, bien diferente de la caligrafía infantil del Capitán, estas palabras:

«Aquí está lo principal del tesoro.»

En el reverso del mapa, la misma mano había trazado estas indicaciones suplementarias:

«Arbol grande, sobre la cresta de la Larga Vista, un punto al N. de NNE.

»Isla del Esqueleto, ESE. por E.

»Diez pies.

»La plata en barras, en el escondite del Norte. Para llegar allí se seguirá el valle del Este, á diez brazas al Sur de la roca negra que está indicada por una figura.

»Las armas y municiones fáciles de encontrar en la arena, punto Norte del cabo, que cierra el fondeadero Norte un punto al Este cuarto Norte.»

Ya no decía más.

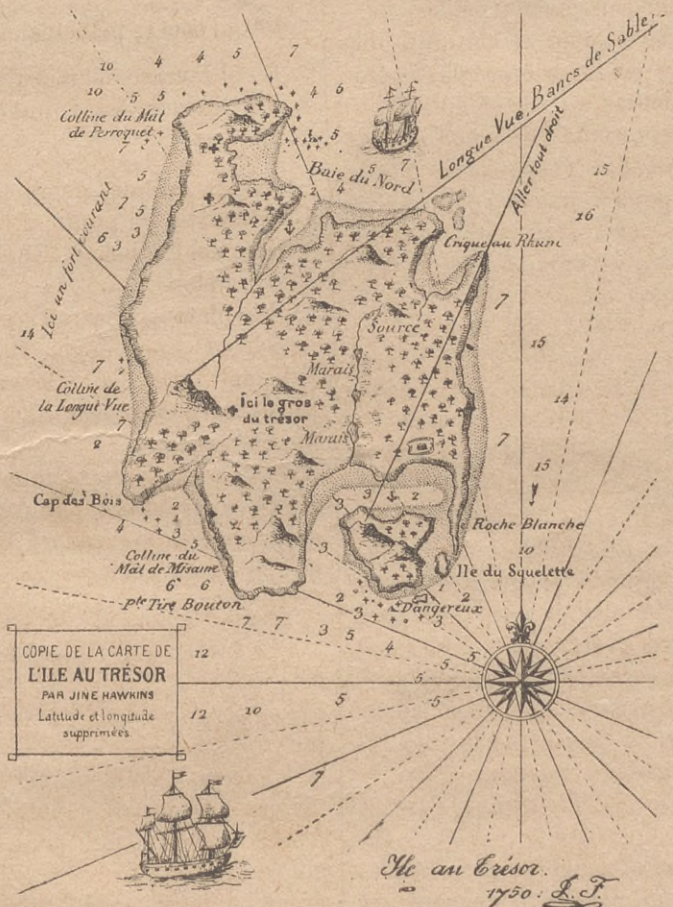
Por breves que fuesen aquellas indicaciones, y aunque perfectamente ininteligibles para mí, llenaron de alegría al doctor y á su amigo.

—Livesey, exclamó sir Trelawney, es preciso que desde mañana mismo abandonéis vuestra pobre profesión. Yo parto sin pérdida de tiempo para Bristol, y allí, en una ó dos semanas, fleto el buque más velero que haya en Inglaterra, con una marinería de lo mejor. Nos llevamos á Hawkins como grumete, y yo, como gran almirante, con Redruth, Joyce y Hunter, y después de una feliz navegación, encontramos la isla sin la menor dificultad, y dentro de ella el tesoro, un tesoro inmenso, por lo que se desprende de lo que hemos leído.

Mientras que sir Trelawney se entregaba á tan risueñas esperanzas, el rostro del doctor se puso serio.

—Olvidáis el punto más esencial, amigo, le dijo de repente; es que ese oro no

Biblioteca Nacional de España



Ile au Trésor.
1750. J. F.

Donné par le J. F. ce dessin à Mr W Bones. Second du Walrus
Savannah ce vingt Juillet 1754. W. B.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

nos pertenece, siendo la mayor parte el producto del robo y del asesinato.

—Tenéis razón, contestó Trelawney con su franqueza acostumbrada; ¿pero queréis por eso que quede abandonado é improductivo ese tesoro?

El doctor reflexionaba profundamente, pesando en sí mismo el pro y el contra de aquel asunto.

—No; yo no creo que tengamos derecho para hacer lo que decís, pues se puede hacer mucho bien con un tesoro como el que quizás encierre esa isla, y reparar en parte muchos crímenes é injusticias. ¡Hay tanta miseria que socorrer en el mundo! Voy á haceros una proposición, Trelawney; pero convengamos antes en mirar ese tesoro como un hallazgo ordinario de monedas antiguas, cuya mitad, según los términos de la ley, pertenece á aquel que le ha encontrado, y la otra mitad al Estado, es decir, al rey Jorge.

—Me parece muy en razón, dijo Trelawney, no sin lanzar un suspiro.

—En cuanto á esa mitad que la ley nos concede, prosiguió el doctor, convengamos, antes de repartirla entre nosotros, en separar una gran cantidad, la tercera parte, por ejemplo, para fundar un hospital de caridad para los marinos viejos ó enfermos. ¡Esta será la parte de los pobres!...

—Perfectamente, respondió Trelawney; no seré yo quien se la regatee.

—Pues bien, puestos ya de acuerdo sobre este punto capital, añadió el doctor más tranquilo, me embarco con vos, llevándome al pequeño Jim para formar parte de la expedición. Pero hay un hombre que me da miedo...

—¿Quién? Nombradle, caballero, dijo Trelawney.

—Vos, contestó el doctor; pues desgraciadamente no sabéis contener vuestra lengua, y la discreción es absolutamente indispensable para llevar á feliz éxito nuestra empresa.

Considerad, mi querido Trelawney, que ya somos muchos los que conocemos la existencia de ese tesoro, pues los miserables que atacaron la posada y los que quedaron á bordo de la balandra, lo conocen como nosotros, y querrán apoderarse de él á toda costa; por lo tanto, tenemos que hacerles perder la pista... y lo mejor será no quedarnos solos. Jim y yo os esperaremos aquí, y vos iréis con Joyce y Hunter al puerto de Bristol, y hasta tanto, ni una palabra sobre el objeto del viaje... ni la más pequeña indiscreción.

—Livesey, dijo gravemente Trelawney; siempre tenéis razón: os doy mi palabra de ser callado como un muerto.

VII

EL COCINERO DEL BUQUE

Los preparativos de la partida duraron más de lo que se esperaba, y tampoco pude yo permanecer todo el tiempo al lado del doctor.

Este tuvo que ir á Londres á buscar á un amigo suyo para que se encargase de su clientela, mientras que sir Trelawney permanecía en Bristol ocupándose con actividad del armamento del buque, y yo me quedé en el castillo con el viejo Redruth, casi prisionero, soñando con viajes, aventuras y desiertos encantadores.

Casi todos los días los pasaba estudiando el mapa de la isla, cuyos menores detalles tenía grabados en la memoria.

Sentado al lado del hogar hacía en mi imaginación mil expediciones por la isla escalando la colina «La Larga Vista» y contemplando desde su cumbre el panorama más rico y variado. Tan pronto veía la isla llena de salvajes, á quienes rechazábamos y hacíamos huir, tan pronto la veía llena de animales peligrosos, de quienes á nuestra vez huíamos espantados; pero jamás en mis sueños ví nada tan trágico como las aventuras que debíamos llevar á cabo.

Pasó algún tiempo, y al fin recibimos una carta dirigida al doctor Livesey, con estas palabras en el sobre:

Biblioteca Nacional de España

«Para que la abran, en ausencia del doctor, Tom Redruth ó el joven Hawkins.»

La abrimos, y he aquí su contenido:

«Hotel del Áncora Vieja. Bristol.

»*1.º Marzo 1761.*

»Mi querido Livesey.

»Como ignoro si estáis en vuestra casa ó en Londres, os envío ésta por duplicado.

»El buque está armado y equipado, y pronto á darse á la mar. Se llama *La Hispaniola*, de doscientas toneladas, tan ligero y bien construído, que un niño podría dirigirlo. Mi amigo Blandly ha sido el que me lo ha proporcionado, habiéndose puesto á mis órdenes en cuerpo y alma, sin contar con que todo el mundo en Bristol me secunda desde que han sabido cuál es el objeto de nuestro viaje, es decir, el tesoro.»

—¡Oh! ¡oh! exclamé interrumpiendo mi lectura; el doctor Livesey no quedará muy contento con esta noticia... Su amigo ha hablado, á pesar de su promesa.

—¿No estaba en su derecho? gruñó el guardabosque. ¡Sería lástima que el amo se privase de decir lo que quisiera por complacer al doctor Livesey!

Suspendí todo comentario, y continué mi lectura:

«Como ya os he dicho, Blandly ha sido quien ha encontrado *La Hispaniola*, y la hemos comprado por una miseria, á pesar de las murmuraciones de las gentes, que dicen que el barco era suyo y que me lo ha revendido; pero la verdad es que tiene las mejores condiciones.

»Hasta ahora todo marchaba perfectamente; los obreros encargados de hacer algunas reparaciones, trabajaban lentamente; pero por fin ya han acabado.

»La dotación del buque me ha dado mucha guerra, pues necesitaba por lo menos veinte hombres, por si encontrábamos en la isla á los salvajes y en la mar á esos malditos franceses, y apenas había reclutado media docena, cuando de repente me cae, como llovido del cielo, un hombre extraordinario, un marino viejo, con quien hice conocimiento por casualidad. Tenía una taberna en Bristol, á la que no concurrían más que marineros. Supe también que deseaba volver á embarcarse, porque su salud se resentía en tierra firme, y que buscaba un empleo de marinero en un buque cualquiera. Esto me lo contó un día que trabé conversación con él, paseándonos por la playa, y se me ocurrió ofrecerle la plaza de cocinero á bordo de nuestro buque *La Hispaniola*. Se llama Juan Silver, y es cojo, habiendo perdido la pierna al servicio de su país, bajo las órdenes del inmortal Hawke.

»¡Y pensar que á ese infeliz no le ha quedado ni una miserable pensión, querido Livesey! ¡En qué tiempo vivimos, Dios mío!...

»Prosigo, pues. Creí en un principio no haber encontrado más que un cocinero; pero me hallé con la tripulación entera, pues ayudado por él he encontrado cuanto nos hacía falta, un conjunto de lobos de mar de lo más extraño que pueda uno imaginarse, todos rudos marineros con rostros atezados, cuya energía da gusto contemplar.

»Juan Silver ha despedido á dos de los marineros que yo había reclutado, demostrándome claramente que son marinos de agua dulce, que no sirven para el caso.

»Estoy contentísimo; duermo como un lirón, como lo mismo que un ogro y no pienso más que en ver á mis viejos lobos de mar en la maniobra. ¡Embarcarme!... ¡Qué alegría! ¡Llévese el diablo el tesoro! ¡El placer de verme en el mar me enloquece! ¡Vamos, Livesey, venid pronto, y no perdáis un instante, si en algo me apreciáis!

»Que Jim Hawkins vaya á despedirse de su madre acompañado de Redruth, y que luego venga al momento á reunirse con nosotros en Bristol.

»Juan Trelawney.

»*P. D.* Olvidaba deciros que Blandly enviará un buque á buscaros si no hemos vuelto para fines de Agosto; también me ha buscado un contramaestre que no tiene precio, y Juan Silver, un oficial experimentado para que nos sirva de teniente, que se llama Mr. Arrow.

»Ya véis, querido amigo, que hemos montado *La Hispaniola* como un buque de guerra.

»También me olvidaba deciros que Juan

Biblioteca Nacional de España

Silver es un hombre muy formal, y que tiene cuenta corriente en casa de un banquero. Su mujer tiene que quedarse aquí para dirigir la taberna en su ausencia; pero yo creo comprender que, más que la salud, es la mujer la que le decide á navegar.

»Jim Hawkins puede ir á pasar una noche en casa de su madre.

»J. T.»

Ya puede imaginarse cuál no sería mi excitación al leer aquellas líneas, y la infinita alegría que se apoderó de mi corazón.

Pero en cambio el viejo Redruth no hacía más que gruñir y lamentarse, y como milord mandaba, no había más remedio que obedecer.

Al día siguiente por la mañana partimos para la posada de *El Almirante Benbow*, y encontré á mi madre tan fuerte y robusta. El Capitán, que tanto la había inquietado, había partido para el país en donde los malos son impotentes.

Milord Trelawney había hecho reparar nuestra casa, pintar de nuevo la muestra y comprado para nosotros algunos muebles, y entre ellos un hermoso y cómodo sillón, en donde se sentaba mi madre detrás del mostrador. Había tomado á su servicio á un muchacho del pueblo para que me reemplazara á su lado.

Cuando le ví en mi puesto, comprendí lo que iba á abandonar, pues como había soñado tanto con aventuras y episodios extraños, había olvidado un tanto el hogar paterno, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

Mucho martiricé al pobre muchacho, pues como no sabía servir, cometía mil torpezas, que yo le reprendía agriamente.

Pasé la noche en mi casa, y al día siguiente, después de comer, Redruth y yo emprendimos la vuelta al castillo.

Me despedí de mi madre con lágrimas en los ojos, de la bahía y de la pobre posada de *El Almirante Benbow*; pero mi último pensamiento fué para el Capitán. ¡Le había visto tantas veces pasearse por la plaza, con su tricornio, su anteojo de larga vista y su costurón en la cara!...

A los pocos momentos, y en una revuelta del camino, todo desapareció de mi vista.

Aquella misma noche tomamos la diligencia de Bristol, y como no había más asientos desocupados, Redruth y yo montamos en la imperial, y con el balanceo del coche me quedé dormido, hasta que Redruth, dándome un fuerte codazo, me despertó.

Abrí los ojos y vi que pasábamos por una hermosa calle, que tenía edificios muy elevados.

—¿En dónde estamos? le pregunté.

—En Bristol, me respondió.

Casi en el mismo instante se paró la diligencia y echamos pie á tierra.

El hotel donde se hospedaba sir Trelawney estaba en el mismo muelle, y desde allí podía vigilar el armamento de su buque.

Yo estaba loco de contento viendo tantos y tantos buques de todas las partes del mundo. En un lado los marineros baldeaban la cubierta; en otro los marineros, suspendidos sobre cuerdas que parecían patas de araña (tan finas eran) recogían las velas en las cofas; en fin, había una animación y un ruido sorprendentes; y aunque yo había pasado toda mi vida á la orilla del mar, me parecía que le veía por vez primera y que olía también por vez primera el alquitrán y la brea. Me llamaba igualmente la atención el aspecto de aquellos marinos envejecidos en el mar, con sus pendientes de oro, sus pobladas patillas y su andar vacilante.

De seguro que no me hubiera recreado tanto ver á un Rey ó á un Arzobispo con toda su pompa.

Mi alegría no tenía límites cuando pensaba que me iba á embarcar en un hermoso buque y á aventurarme en alta mar en pos de una isla desconocida, que encerraba inmensos tesoros.

En la puerta del hotel encontramos á milord Trelawney, vestido como un oficial de marina, con su uniforme galoneado.

Adelantó hacia nosotros, balanceándose como la gente de mar, y exclamó al vernos:

—¡Ya habéis llegado por fin! El doctor llegó ayer de Londres. Ya estamos todos reunidos.

—¿Cuándo partiremos, caballero?

—Mañana, respondió el nuevo Almirante.

Biblioteca Nacional de España

VIII

LA TABERNA DEL CATALEJO

Cuando concluímos de almorzar, sir Trelawney me encargó que fuese á ver á Juan Silver, para entregarle una carta de su parte, á la taberna del *Catalejo*, que encontraría fácilmente siguiendo la línea de los muelles.

Partí encantado de poder examinar á mi gusto los buques, los marineros y toda aquella multitud que ocupaba los docks, pues era la hora de mayor animación.

No tardé en ver la muestra de la taberna adonde me dirigía, y penetré en ella.

La sala era alegre y clara, á pesar del espeso humo de tabaco, gracias á dos grandes puertas abiertas sobre dos calles laterales.

Los parroquianos eran numerosos, y en su mayoría marineros. Hablaban y gritaban tanto, que, asustado, no me atreví á entrar y permanecí en el dintel de la puerta.

Al verme, dirigióse á mí un hombre que salía de una habitación próxima, y en el que reconocí al punto á Juan Silver. Tenía una pierna cortada á la altura de la cadera y llevaba una muleta, de la que se servía con una destreza maravillosa, saltando de un lado á otro como un pájaro.

Juan Silver era un hombre de alta estatura y de complexión robusta, con un rostro como un pastel, si no hermoso, inteligente y gracioso. Parecía estar siempre de buen humor, y se acercaba á uno y á otro de sus parroquianos dando un golpecito, á éste en el hombro, ó dirigiendo una frase cariñosa á otro.

La verdad es que cuando leí en la carta del Sr. Trelawney las noticias que daba sobre Juan Silver, me estremecí pensando si podría ser el *marino de una sola pierna* que había esperado tanto tiempo en la posada del *Almirante Benbow*. Pero á primera vista comprendí que me había equivocado.

Yo había visto al Capitán, Perro-Negro, y al ciego Pew, y sabía lo que eran los piratas.

¡Qué diferencia entre aquellos tunantes y el hombre risueño y afable que se adelantaba á recibirme!

Por fin me decidí á entrar, sobreponiéndome á mi timidez, crucé la sala y entregué al cojo mi misiva, diciéndole:

—¿El Sr. Silver?

—Sí, muchacho, ese es mi nombre, me respondió.

Y al reconocer la letra de sir Trelawney, me pareció que se estremecía.

—¡Oh!... ¡oh!... dijo en voz alta; me figuro que seréis el nuevo grumete... Me alegro conoceros.

Y me apretó cordialmente la mano.

En aquel mismo momento uno de los que estaban bebiendo se levantó y se marchó por la puerta que estaba más próxima al sitio que ocupaba; pero su precipitación en salir llamó mi atención, y tuve tiempo de reconocerle. Era aquel mismo hombre de tez bronceada y que le faltaban dos dedos en la mano, y el que había ido el primero á buscar al Capitán á la posada.

—¡Ah! exclamé con fuerza... ¡detenedle! ¡Es Perro-Negro!...

—Poco me importa quién sea, replicó Juan Silver; pero lo que siento es que no me ha pagado. Harry, corre tras él y procura alcanzarle...

Uno de los hombres sentados cerca de la puerta se levantó y echó á correr tras el fugitivo.

—Aunque fuese el mismo almirante Hawke en persona, le exigiría que me pagase, repuso Juan Silver.

Y soltando mi mano, que conservaba entre las suyas:

—¿Cómo decís que se llama?... ¿Perro... qué?...

—Perro-Negro, caballero. ¿Sir Trelawney nos os ha hablado de los piratas?... Pues precisamente éste es uno de ellos.

Biblioteca Nacional de España

—¿De veras? dijo Juan Silver. ¡Ah! ¡El tunante!... ¡Atreverse á venir á mi casa!... Bon, lárgate tú también en su busca. ¿Conque es uno de esos tiburones?... ¡Eh! Morgán, ¿era contigo con quien estaba? Ven... ven acá.

Aquel á quien llamaban Morgán era un marinero viejo, de cabellos grises y de rostro de color de caoba.

Se adelantó embarazado, mascullando una punta de cigarro.

—Morgán, es preciso que nos digas la verdad, replicó severamente Juan Silver. ¿Conocías tú antes á ese Negro... á ese Perro-Negro?

—No, bajo mi palabra no le conocía, respondió Morgán con respeto.

—¿Pero sabías cómo se llamaba?

—Tampoco.

—¿De veras, Morgán? Pues no es poca suerte para ti! Porque si le hubieras conocido, no te permitía volver á poner los pies aquí. ¿Qué te decía ese tunante?

—La verdad es que no recuerdo, respondió Morgán.

—¿Que no te acuerdas? ¡Imbécil! exclamó Juan Silver; ¿que no te acuerdas? ¿pero tú no sabes con quién hablabas? sin duda; vamos, recuerda; ¿te contaba sus viajes, ó te hablaba de sus capitanes y de los barcos en que había navegado?

—Hablábamos de los castigos en el fondo de la cala, dijo con aire estúpido Morgán.

—Que por cierto os convienen perfectamente á los dos; vamos, puedes retirarte.

Y mientras que Morgán se volvía á su puesto, Juan Silver me dijo al oído:

—Ese Morgán es un bravo chico; pero ¡qué estúpido!

—Y ahora que pienso en ello, replicó en voz alta, ese Perro-Negro... No, no conozco ese nombre, pero me parece que he visto á ese tiburón en alguna parte. Sí, recuerdo que ha venido dos ó tres veces con una especie de ciego...

—¡Precisamente! exclamé conmovido; ese ciego era también de la banda, y se llamaba Pew.

—Es verdad, añadió Juan Silver muy agitado; así se llamaba; si pudiéramos, al menos, atrapar á ese pillo de Perro-Negro, se alegraría mucho el capitán Trelawney. Ve, Bon, corre y traénoslo; si llega á pincharle, ¡cómo nos vamos á reir! ¡Ah! ¿Conque hablaba de la cala? Ya haremos que vaya á visitarla.

Mientras hablaba de esta manera, iba y venía por la sala saltando con la ayuda de su muleta, dando puñetazos sobre las mesas y demostrando una indignación tan bien fingida, que hubiera podido engañar hasta un juez de Bow-Street ó de Old'-Baily.

Mis sospechas se habían despertado al encontrar á Perro-Negro en la taberna, y no separaba mi vista de nuestro futuro cocinero; pero él era demasiado astuto para descubrirse, ó yo demasiado niño para comprender que representaba un papel de comedia.

Cuando los dos hombres que perseguían al fugitivo volvieron sin aliento, dijeron que le habían perdido de vista entre la multitud, y Juan Silver los acriminó de tal suerte y con tal acento de verdad, que me dejó convencido.

—Ya veis, amigo Hawkins, qué mala suerte tengo, me dijo volviéndose hacia mí. Lo que me sucede, ¿no es absurdo? ¿Qué va á pensar de mí el capitán Trelawney? ¡Tener en mi casa á ese condenado hijo de holandés bebiendo de mi mejor ron!... ¡advertirme vos de lo que pasa y verle deslizarse de entre mis manos!...

¡Es demasiado! Pero cuento con vos, Hawkins, para que aboguéis en mi favor con el capitán, pues aunque niño, tenéis tanto saber como un hombre; pero yo no sirvo para nada; si fuese joven y tuviese mis dos piernas, yo respondo que ese Perro-Negro no se me escaparía, y que no hubiera tardado en tener los dos brazaletes. Pero ¿qué vamos á hacer?

De repente exclamó, después de breves instantes de silencio:

—¿Y las copas de ron que se ha bebido ese pillo?

Y empezó á reir á carcajadas con risa tan contagiosa, que yo hice lo mismo.

—¡Qué vaca marina soy! dijo Juan Silver cuando pudo hablar; me parece que nos vamos á entender bien, Hawkins; á mí me debían haber enganchado para grumete, y no para cocinero. ¡Bah! Es preciso acabar. El deber antes que todo, ¿no es verdad? Vámonos á contárselo toda al capitán Trelawney, pues la cosa es más seria de lo que parece, y ni vos ni yo hemos brillado por nuestro ingenio. Pero ¡qué de-

Biblioteca Nacional de España

monios! en mi vida me he reído tanto como ahora.

Y se echó de nuevo á reir; y aunque yo no comprendía bien el motivo de aquella risa, tuve que hacerle coro por política y buena educación.

Mientras caminábamos me enseñaba los buques, me decía sus nombres, explicándome su arboladura, su velamen, y dándome minuciosos detalles sobre los trabajos del puerto de carga y descarga, y refiriéndome al mismo tiempo anécdotas marítimas con términos náuticos, que me hacía repetir para que los aprendiese.

En una palabra, me tenía cautivado, y no creía se pudiese encontrar un compañero de viaje más agradable.

Encontramos á milord Trelawney y al doctor bebiendo una botella de cerveza.

Juan Silver contó cuanto había pasado con mucha animación y exactitud.

—¿No era así, Hawkins? repetía de cuando en cuando.

Y yo no podía menos de rendir justicia á su veracidad.

El doctor y su amigo sintieron vivamente que Perro-Negro se hubiera escapado. Pero como no había remedio, tuvieron que consolarse.

Juan Silver cogió después su maleta y se marchó.

—¡Todo el mundo á bordo á las cuatro en punto! gritó Trelawney.

—Está bien, señor, respondió el cocinero.

—Generalmente, dijo el doctor, desconfío un poco de vuestros descubrimientos, milord; pero confieso que Juan Silver me gusta.

—¡Cuando yo os decía que era una perla!...

—Y ahora, en marcha, señores. ¿Jim puede embarcarse con nosotros?

—No veo en ello ningún inconveniente. Coge el sombrero, muchacho, y vamos á dar la última mano al buque.

IX

LA PÓLVORA Y LAS ARMAS

La *Hispaniola* estaba al ancla bastante lejos del puerto, y tuvimos que atravesar por medio de muchas embarcaciones, hasta que por fin llegamos á nuestro buque, donde nos acogió con un saludo militar el segundo Mr. Arrow, viejo marino bronceado por el mar y la inemperie, que llevaba pendientes y era horriblemente bizco.

Mr. Trelawney y él eran ya buenos amigos; pero me pareció que no sucedía lo mismo con el capitán.

Éste era un hombre inteligente, pero que siempre estaba rabiando (no tardaremos en conocer el motivo de su cólera), y apenas nos hubimos instalado en el salón, cuando entró un marinero y dijo:

—El capitán Smollet desea hablaros, milord Trelawney.

—Estoy á sus órdenes, respondió; que pase adelante.

El capitán entró y empezó por cerrar la puerta con cuidado.

—Y bien, capitán, ¿qué tenéis que decirme? Todo va bien, ¿no es verdad? ¿Y estamos ya listos para aparejar?

—Caballero, respondió el capitán, prefiero hablar claro, aun á riesgo de ofenderos. Debo confesaros con franqueza que no me gusta esta expedición, ni la tripulación, ni el segundo que me habéis dado. Esta es la verdad.

—¿También diréis quizá que no os gusta tampoco el buque? replicó Trelawney con acento irritado.

—No hablo del buque, cuyas condiciones marineras no conozco; pero hasta ahora me parece bien construído y obediente al timón.

—¿Es entonces el propietario el que os desagrada? preguntó Trelawney.

El doctor, mezclándose en la conversación:

—Vamos, dijo: ¿para qué envenenar de esa manera una discusión por cuestiones personales? El capitán, á mi juicio, ó ha

Biblioteca Nacional de España

dicho demasiado, ó demasiado poco, y nos debe una explicación de sus palabras. Decidnos, capitán: ¿es que emprendéis este viaje á la fuerza? ¿Y qué razón tenéis para ello?

—Voy á hablaros con franqueza. Yo he aceptado lo que nosotros llamamos una comisión oculta, es decir, que me he comprometido á tomar el mando de este buque para llevarlo adonde ordene este caballero, que es su propietario; pero me encuentro con que toda la tripulación está enterada del objeto de esta expedición, menos yo. Esto no es justo.

—No en verdad, dijo el doctor.

—Además, me entero por la tripulación, replicó el capitán, que se trata de ir á buscar un tesoro. Es harto espinoso eso de ir á buscar tesoros, y, la verdad, no es cosa que me gusta, lo confieso, máxime cuando estas expediciones son secretas, y está tan bien guardado el secreto que todo el mundo lo conoce, y hasta ni las cotorras lo ignoran.

—¿La cotorra de Juan Silver será sin duda? preguntó irónicamente Mr. Trelawney.

—Dispensadme; lo que quise decir es que se habla de ello como cosa corriente, y aseguro, caballeros, que ni uno ni otro tiene idea del peligro que vamos á correr, que es un peligro... de muerte.

—Soy de vuestra opinión, dijo el doctor; pero ya á sabiendas lo aceptamos. Pasemos ahora al segundo punto: decís que la tripulación no os gusta. ¿No está compuesta de buenos marineros?

—No me satisface, os lo aseguro; sin contar con que yo era el llamado para elegir los hombres que más me conviniesen.

—Con efecto, repuso el doctor; mi amigo Trelawney debía haberos consultado sobre el particular, pero no se la ha ocurrido; creedlo, capitán. Y vuestro segundo, Mr. Arrow, ¿qué tal os parece?

—Me parece que, aunque buen marino, gasta demasiadas familiaridades con la tripulación. Un segundo debe conservar su rango, ¡qué diablo! y no ponerse á beber con los marineros.

—¿Será borracho? exclamó con viveza Trelawney.

—No digo eso; pero sí afirmo que los trata de igual á igual.

—Acabemos, capitán: ¿qué es lo que deseáis en definitiva?

—¿Estáis decididos á partir?

—Sin duda ninguna, respondió Trelawney.

—Pues bien; puesto que me habéis escuchado con paciencia cuando relataba, ó, por mejor decir, hacía suposiciones sin prueba, dejadme daros un consejo.

Las armas y la pólvora quieren llevarlas á la santabárbara de popa. ¿Por qué no las han de poner en el arsenal? Además, los cuatro hombres adictos que lleváis á bordo los van á alojar con la tripulación. ¿Por qué no han de ocupar las literas que hay alrededor del salón?

—¿Tenéis algo más que decir? preguntó Trelawney.

—Sí por cierto, respondió el capitán; voy á referiros lo que he oído decir. Parece ser que tenéis el mapa de una isla en donde está trazado con cruces encarnadas dónde están ocultos los tesoros, y que dicha isla está situada en... (y nombró exactamente su longitud y latitud.)

—¡Yo no he dicho eso á nadie! exclamó Trelawney.

—Sin embargo, la tripulación lo sabe todo, dijo el capitán.

—¿Habréis sido vos, Livesey ó Jim quizás? añadió Trelawney.

—Poco importa quién haya sido, replicó el doctor; pero el caso es que se sabe.

A pesar de lo hablador que era milord, estoy seguro que él no había sido quien había indicado la posición de la isla.

—Ignoro en poder de quién está el mapa; pero exijo formalmente que no se le comunique ni á Mr. Arrow ni á mí, pues si no presentaré mi dimisión.

—Si no comprendo mal, dijo el doctor, queréis declinar toda responsabilidad sobre este particular, y deseáis que formemos una especie de ciudadela con nuestros criados personales, conservando el monopolio de todas las armas y municiones. En fin, para hablar con más claridad, lo que teméis es una sublevación, ¿verdad?

—Caballero, replicó el capitán; no déis á mis palabras otro sentido que el que verdaderamente tienen; yo no digo que temo cosa semejante, pues si estuviera convencido de ello, ni yo ni ningún capitán que se respete se lanzaría al

Biblioteca Nacional de España

mar; pero aunque creo que el segundo Mr. Arrow es un hombre honrado, no creo lo mismo de parte de la tripulación, que no conozco.

Pero yo soy responsable del buque y de la vida de todos los hombres que se hallan á bordo; y os ruego que me dejéis en libertad de tomar las precauciones que me parezcan convenientes, ó rescindir mi compromiso. Esto es cuanto tengo que deciros.

—Capitán Smollet, dijo el doctor riendo; ¿habéis oído alguna vez referir la fábula de *La montaña y el ratón*? Pues perdonadme, amigo; pero me la recordáis fielmente. Apuesto cualquier cosa que al entrar aquí no contabais con este desenlace.

—No, en verdad, replicó el capitán; creí, por el contrario, que habría una ruptura entre nosotros, porque M. Trelawney no estaría dispuesto á escucharme.

—Y teníais razón, pues si no hubiera sido por el doctor, os hubiera enviado á paseo; pero ya que os he escuchado, haré lo que deseáis; en la inteligencia de que no se ha aumentado en lo más mínimo la confianza que en vos tenía.

—Como queráis, caballero, dijo el capitán; me basta con haber cumplido con mi deber.

Y saludando con dignidad, salió de la cámara.

—Trelawney, dijo el doctor cuando nos quedamos solos: habéis sobrepujado todas mis previsiones. Creo, en verdad, que tenemos á bordo dos hombres honrados, que son el capitán y Juan Silver.

—No lo niego con respecto á este último, añadió Trelawney, pero protesto contra ese interminable hablador, cuya conducta, á mi juicio, no es la de un digno marino inglés.

—Ya veremos, ya veremos, dijo el doctor.

Y los dos subieron al puente.

Los marineros habían empezado ya á cambiar de sitio las armas y la pólvora al son de su acostumbrada canción.

El capitán en persona vigilaba la operación, acompañado del segundo.

Veamos ahora cómo estaba distribuído el buque en el interior.

Se habían establecido sus camarotes á proa, en lo que formaba primitivamente el tercio posterior del entrepuente, y aquella serie de camarotes no comunicaba con la popa más que por un puente enrejado por el lado de babor. Estos camarotes estuvieron en un principio destinados al capitán, al segundo, á Mr. Trelawney, al doctor, á Joyce y á Hunter, pero se decidió después que Redruth y yo ocupáramos los camarotes del capitán y del segundo, los cuales se acomodarían sobre el puente, transformado de esta suerte en puesto avanzado. Se colgaron allí dos hamacas, y el segundo demostró estar, no sólo conforme, sino muy satisfecho con estas medidas, pues no tenía gran confianza en la tripulación; pero fuese cual fuese su opinión sobre el particular, no disfrutaríamos largo tiempo del beneficio de su ilustración marítima, como veremos más adelante.

Estábamos aún cambiando las armas de un sitio á otro, cuando llegaron en una canoa Juan Silver y los marineros que faltaban.

El cocinero subió la escala con la agilidad de un mono, y preguntó en seguida:

—¡Eh! camaradas; ¿qué hacéis?

—Cambiamos de sitio la pólvora, respondió uno de los marineros.

—¡Diablo! Pues vamos á perder la marea, exclamó Juan Silver.

—El que manda aquí soy yo, amigo, dijo el capitán; id pronto á vuestra cocina á hacer la cena, que la tripulación tendrá gana de comer.

—Ya voy, mi capitán, ya voy, respondió el cocinero saludando con respeto.

—Este me parece que es un hombre honrado, capitán, afirmó el doctor.

—Mucho me alegraré, replicó el capitán; y dirigiéndose á los marineros:

—Cuidado, muchachos; cuidado con ese barril de pólvora, les dijo.

Y volviéndose luego hacia mí:

—Hola, grumetillo, añadió: ¿qué haces ahí embobado mirando esa culebrina? ¡Largo de ahí, y vete á pedir trabajo al cocinero!

Y oía que decía al retirarme yo:

—¡No quiero holgazanes en el buque que yo mande!

Yo era de la opinión de Mr. Trelawney con respecto al capitán, y le detestaba cordialmente.

Biblioteca Nacional de España

—¡No quiero holgazanes en mi buque!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

X

EL VIAJE

Toda la noche se pasó en el traslado de las municiones.

A cada instante llegaban botes trayendo amigos de Mr. Trelawney que venían á despedirse de él, y como á todos los convidaba, hubo jaleo terrible de destapar botellas y llenar vasos, y en mi vida he trabajado tanto como en aquella noche.

Un poco antes de ser de día, el contramaestre cogió su bocina y los marineros empezaron á levar anclas.

Yo estaba encantado con aquel movimiento tan nuevo é interesante para mí, el tono breve de las voces de mando, la nota aguda del pito, los hombres empujándose unos á otros para ocupar su puesto á la luz de las linternas, ó agitándose en la popa como sombras.

—Juan, dijo una voz; cántanos alguna cosa.

—La canción de siempre, añadió otro.

—Con mucho gusto, camaradas, respondió Juan Silver, que estaba allí apoyado en su muleta.

Y al punto entonó la canción que yo conocía tan bien:

Eran quince marineros
sobre el cofre del muerto.
Quince lobos, quince marineros...

Y la tripulación repetía á coro:

Jo-ho-ho.
¿Quién quiere la botella?

Al tercer ¡ho! el cabrestante se puso á girar y los hombres á correr, empujando las barras con una fuerza irresistible.

Hasta en aquel momento, en que mi curiosidad estaba tan vivamente excitada, aquella canción me recordaba la posada de *El Almirante Benbow*, pareciéndome que oía entre aquellas voces la del Capitán.

No tardó en levarse el ancla; las velas se hincharon al principio débilmente, la costa y los buques fueron perdiéndose á lo lejos, y apenas me había arrojado en mi hamaca para descansar nn rato, cuando la *Hispaniola* volaba ya hacia la Isla del Tesoro.

No referiré minuciosamente nuestro viaje, pues fué muy feliz. El *schooner* (1) era velero, la tripulación acostumbrada al mar, y el capitán conocía su profesión; sólo hablaré de dos ó tres acontecimientos que tuvieron lugar antes de avistar la isla.

El capitán tenía razón; su segundo no ejercía influencia ninguna sobre la tripulación, y ésta hacía de él lo que quería.

Pero esto no era nada.

Apenas hacía veinticuatro horas que navegábamos, cuando le vimos sobre el puente con señales evidentes de embriaguez, la mirada vaga, la nariz como un tomate, la marcha vacilante, y tartamudeando al hablar. Muchas veces tuvo el capitán que arrestarle.

De cuando en cuando parecía estar en mejores disposiciones, y pasaba dos ó tres días sin beber, cumpliendo con su deber lo mejor que podía.

No podíamos comprender cómo se procuraba los licores de que tanto abusaba, y por más que se le vigilaba, nada se descubría. Cuando se le interrogaba sobre el particular y estaba ebrio, se reía de uno en sus narices, y cuando estaba en sus momentos lúcidos aseguraba solemnemente que no bebía más que agua.

No solamente era completamente inútil como oficial, sino que su ejemplo perjudicaba á la marinería, y era evidente que, si seguía así, acabaría por matarse.

Nadie se extrañó al ver que había desaparecido en una noche muy oscura y con grandes golpes de mar, y nadie tampoco supo cómo había sido.

—Habrá ido al mar, dijo el capitán;

(1) Nombre que dan los holandeses á los buques de dos palos.

Biblioteca Nacional de España

me ahorra el disgusto de ponerle los grilletes, como estaba decidido á hacer.

Como no teníamos segundo, fué necesario ascender á uno de la tripulación. El contramaestre Job Andersen fué designado para ejercer las funciones de teniente, sin tomar el título. Mr. Trelawney, que había viajado mucho y tenía algunas nociones de náutica, podía, en caso necesario, tomar el cuarto, y efectivamente que este señor nos fué con frecuencia muy útil.

El segundo contramaestre, Israel Hands, era un marino viejo de mucha experiencia, en quien podía uno fiarse cuando había recibido una orden.

Juan Silver y él eran íntimos amigos.

Voy á decir algo del primero.

Llevaba siempre á bordo su muleta. colgada del cuello con una correa, para tener las manos libres, y corría de un lado para otro apoyando su muleta contra cualquier cosa, y haciendo la comida con la misma tranquilidad cual si estuviera en tierra firme.

Parecía imposible cómo podía andar por el buque cuando había mar gruesa, corriendo y saltando como el mejor marinero con sus dos piernas, no teniendo él más que una.

—Juan no es un hombre cualquiera, me decía un día el segundo contramaestre; habla como un libro cuando quiere, y es valiente como un león. Yo le he visto en una ocasión, atacado por cuatro hombres, matar á unos con las cabezas de los otros.

Toda la tripulación le respetaba y le obedecía, y le quería además, pues era muy obsequioso.

Conmigo estaba muy amable siempre que iba á la cocina, que por cierto la tenía limpia como el oro.

—Venid, Hawkins, me decía; venid á charlar un rato conmigo; mirad mi loro, le he bautizado con el nombre de *Capitán Flint*, en recuerdo de ese famoso pirata. ¿No es verdad, Capitán, decía hablando con el loro; no es verdad que vamos á tener una feliz navegación?

El loro se ponía á gritar:

—¡Monedas de ocho! ¡monedas de ocho! con tal fuerza, que Juan Silver tenía que echarle un pañuelo sobre la jaula para hacerle callar.

—¿Veis este pájaro, Hawkins? pues lo menos tiene doscientos años; porque los loros yo creo que no se mueren nunca. ¡Cuántas cosas habrá visto, cuántas tragedias! Porque habéis de saber que ha navegado con el famoso capitán England, el pirata. Ha estado en Madagascar, en Malabar, Providencia, Puerto Bello, etcétera. Ha asistido al salvamento de los galeones españoles, y allí aprendió á decir «¡monedas de ocho!» Se salvaron más de trescientas cincuenta mil. Presenció el abordaje del *Virrey de las Indias*, y juntos hemos recibido pólvora y balas; ¿no es verdad, Capitán?

—¡Atención!... ¡al abordaje! gritaba el loro.

—¡Oh! ¡Es un valiente! decía con orgullo el cocinero, enseñándole un terrón de azúcar; y jurando como un marinero, se acercaba el loro para coger el terrón.

—Calla, tunante, le decía Juan Silver; y ya véis, añadía con compunción, cómo se pega todo lo malo. Mi inocente pajarito ha tenido malas amistades, y en eso consiste todo; pero lo dice con la mayor ingenuidad.

El capitán y Mr. Trelawney continuaban enemistados, y el segundo no apreciaba ni el valor ni la inteligencia del primero. Este no hablaba como no se le dirigiese la palabra, y siempre fría y secamente, reconociendo que se había engañado al juzgar á la tripulación, puesto que trabajaban bien y su conducta era bastante satisfactoria.

En cuanto al buque, estaba encantado con él y decía con frecuencia que nunca había mandado un buque mejor ni más obediente al timón.

—Lo que no impide, añadía, que no hayamos entrado aún en el puerto, y que á mí me disguste soberanamente esta expedición.

Trelawney le volvía la espalda y se ponía á pasear sobre cubierta murmurando entre dientes:

—Este hombre acabará por irritarme.

Tuvimos malos tiempos, y en ellos demostró *La Hispaniola* las relevantes cualidades de que se hallaba dotada.

Todo el mundo á bordo parecía satisfecho, y en verdad que tripulación alguna se vió más halagada.

Con cualquier pretexto se doblaba la

Biblioteca Nacional de España

Helado de espanto, permanecí acurrucado en mi escondite.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ración de aguardiente, casi todos los días tenían *pudding*, y había siempre sobre cubierta un gran barril de manzanas á disposición de todo el mundo.

—Mal sistema, decía el capitán al doctor Livesey; si mimáis á la gente de proa, la convertiréis en tigres... Esta es mi opinión.

Pero el capitán se engañaba hasta cierto punto, pues gracias á aquel bienaventurado barril de manzanas, no perecimos todos víctimas de la traición más infame.

He aquí cómo se descubrió el complot.

Habíamos dejado detrás de nosotros la región de los vientos alisios para ir á buscar la brisa que debía llevarnos á la Isla (no puedo ahora entrar en detalles más explícitos), y esperábamos de un momento á otro la señal del vigía. Todo indicaba, en efecto, que tocábamos al término de nuestro viaje, y según todos los cálculos, debíamos encontrarnos al día siguiente, á mediodía, enfrente de la Isla.

Nuestra dirección era S. S. O.; llevábamos viento contrario, y la *Hispaniola* tenía tan fuertes balances, que casi metía su bauprés en la ola, levantándose por un lado y haciendo lo mismo por el otro, pero con tal habilidad, que no podíamos menos de admirar su hermosa y velera estructura.

Aquel día, después de puesto el sol y haber terminado mis quehaceres, me retiraba á acostarme, cuando se me ocurrió comerme una manzana. Subí sobre cubierta.

Los marineros de cuarto estaban todos en la popa procurando divisar la isla; el timonero miraba al cielo, silbando entre dientes, único ruido que se oía con el monótono son de las olas que se estrellaban en los costados del buque.

El barril estaba casi vacío, y apenas si quedaban en el fondo dos ó tres manzanas. Salté dentro para cogerlas, y como estaba cansado me senté en el fondo, y creo que me dormí arrullado por los balances; pero desperté sobresaltado porque álguien, al apoyarse en el borde, lo meneó rudamente.

Iba ya á darme á conocer, cuando reconocí la voz de Juan Silver, y eran tan terribles las palabras que pronunciaba, que que me agaché cuanto pude, quedándome inmóvil en mi escondite.

Helado de espanto y al mismo tiempo devorado de curiosidad, permanecí acurrucado, pero con la convicción de que me mataban si me descubría.

Sólo yo podía salvar en aquel momento á todos los hombres honrados que iban á bordo.

XI

LO QUE OÍ DESDE EL FONDO DEL BARRIL DE MANZANAS

Te repito que no, decía Juan Silver; era Flint quien nos mandaba. Yo era su contramaestre, y tenía mis dos piernas en aquella época; la perdí al mismo tiempo que Pew se quedaba ciego. El mismo cirujano nos curó á los dos, un muchacho que acababa de salir de la Universidad y que, á pesar del latín que sabía, le ahorcaron muy lindamente en Corso Castle... Pero volvamos á mi historia y á los hombres de Roberts, á quienes les sucedieron esos percances, porque siempre estaban cambiando el nombre de su barco; tan pronto la *Royal Fortuna* como otra cosa. Yo soy de la opinión de England, que decía que no se le debe quitar el nombre con que se le bautiza á un buque, y él por eso llamó siempre *Casandra* al suyo. Lo mismo decía el viejo Flint; su *Walrus*, y nada más que su *Walrus*, á quien yo he visto casi irse á pique bajo el peso del oro.

—¡Ah! dijo con el acento de la más viva admiración la voz de uno de los marineros más jóvenes de á bordo; ¡lo que sabía ese capitán Flint!...

—Yo al principio navegué con England, después con Flint, y se acabó; fuera de

Biblioteca Nacional de España

que ahora navego por mi propia cuenta. De mis campañas con England me quedan tan sólo mil libras esterlinas, y dos mil de las de Flint. Creo que es algo para un pobre marinero como yo, pero es preciso saber economizar. ¿Dónde están los hombres de England? ¡Quién lo sabe! ¿Y los de Flint? La mayor parte aquí, y bien contentos por cierto por poder comer *pudding*, pues la mayor parte estaban mendigando, y el primero Pew, que se gastó sus ganancias como los otros, dándose la vida de un lord; naturalmente, ese sistema les lleva á la miseria; y digo yo: ¿vale la pena de cruzar los mares por espacio de treinta años para llegar á ese resultado?

—¡Diablo! No por cierto, respondió el joven marinero.

—Pero ¿de qué saben aprovecharse los imbéciles? replicó Juan Silver; de nada... escúchame, muchacho; tú eres joven, es verdad, pero tienes tanto cacumen como un viejo gaviero; á la primera mirada lo conocí.

Ya puede comprenderse mi indignación al ver que se servía de los mismos términos con que me había atraído á mí para atraer al otro.

De buena gana le hubiera arrancado su lengua de víbora.

El tunante continuó, sin sospechar las reflexiones que me inspiraban sus palabras:

—Voy, pues, á referirte nuestra historia, la historia de los caballeros de fortuna. Es verdad que llevábamos una vida de perros, corriendo el riesgo á cada momento de ser ahorcados, es verdad; pero comíamos y bebíamos bien, y al fin de cada expedición nos encontrábamos con cien libras en el bolsillo. Desgraciadamente, la mayor parte derrochan este dinero hasta quedarse sin camisa, y se ven obligados á embarcarse de nuevo. Yo obro de otra manera; guardo todo lo que gano, un poco aquí, otro poco allá, y nunca mucho de una vez, para no despertar sospechas, y el resultado es que como ya tengo cincuenta años cumplidos, y una fortunita regular, me voy á despedir de los negocios, y se acabó. ¿Y cómo he empezado? Como simple marinero, lo mismo que eres tú ahora.

—Sí, dijo el otro; pero ese dinero de que habláis tenéis que despediros de él, porque no os atreveréis á presentaros en Bristol... después de esto.

—¿Pues en dónde crees tú que está ese dinero? preguntó Juan Silver.

—En casa de algún banquero de Bristol, respondió el joven marinero.

—¡Allí estaba! exclamó el cocinero, ó al menos estaba hasta que levamos el ancla. Pero mi vieja lo habrá sacado de allí á la hora en que te hablo, habrá traspasado la taberna y ya habrá emprendido el camino para reunirse conmigo.

—¿Y si se marchara con el dinero? añadió el novicio.

—¡Oh, oh, camarada! A Juan Silver no se le juegan esas pasadas, so pena de no estar mucho tiempo en este mundo. Tal como ves, he sido primer contramaestre de Flint, cuya tripulación se componía de chicos bien templados; pues, sin vanagloriarme, te aseguro que todos me obedecían como corderos, y hasta el mismo Flint sabía que conmigo no se jugaba.

—Os confieso, dijo el joven, que el asunto que tenemos entre manos no me agradaba mucho; pero ahora que he hablado con vos, es muy distinto. Venga esa mano.

—Eres un bravo muchacho, contestó el cocinero dándole un apretón de manos que hizo retemblar el barril, y has nacido para ser un caballero de fortuna.

Empezaba ya á comprender su lenguaje.

Caballero de fortuna significaba *pirata*, y la escena á que yo asistía era el esfuerzo supremo para corromper á uno de los últimos marineros que quedaban fieles á bordo, y me ratifiqué más en mis suposiciones cuando á un ligero silbido lanzado por Juan Silver, se presentó un tercer interlocutor.

—Dik ya es nuestro, añadió el cocinero.

—No lo he dudado ni un momento, respondió la voz del segundo contramaestre, Israel Hands. No es tonto ese Dik.

Y después de haber dado una vuelta á su taco de tabaco y lanzado un escupitinajo:

—Dime, Juan, replicó: ¿cuánto tiempo tendremos que esperar para empezar la danza? Por mi parte, ya estoy harto del capitán Smollet, y no deseo más que

Biblioteca Nacional de España

dormir en su camarote y gustar su vino.

—Israel, dijo Silver; tú no tienes ni pizca de entendimiento, pero sí buenas orejas para entender lo que te digo; escúchame, pues; seguirás siendo tan obediente y disciplinado como siempre, hasta que yo te diga: «Llegó el momento.»

—¿Quién dice lo contrario? dijo el segundo contramaestre; yo lo único que hago es preguntar cuándo será la cosa.

—¿Cuándo? ¡Con mil demonios te lo voy á decir! exclamó Silver; pues lo más tarde posible... ¡animal!

Tenemos un buen capitán, que conduce con habilidad el *schooner*, y un doctor y un milord que poseen un buen mapa en donde todo está indicado, y nosotros, en cambio, estamos á oscuras... ¡y queréis que nos privemos de sus conocimientos! Eso sería estúpido.

Quiero que esos señores busquen y encuentren el tesoro y nos lo traigan á bordo, y después ya veremos lo que hemos de hacer.

Si yo estuviese seguro de vosotros, dejaría al capitán que nos llevase á mitad del camino, y entonces...

—Bien, dijo el joven Dik; aquí todos somos marinos.

—¿Marinos del alcázar de popa, quieres decir? replicó Silver; sabemos manejar el timón, es verdad; ¿pero quién nos dirá el derrotero? No seréis vosotros, no; lo mejor es dejar al capitán Smollet que nos conduzca al menos hasta los vientos alisios, y después nos pasaremos sin él.

Pero como no me fío mucho de vuestra paciencia, acabaré con la gente de proa en la misma isla, en cuanto el dinero esté á bordo, y peor para vosotros.

¡Es lástima! Pero como sois unos imbéciles y no estáis contentos más que bebiendo, no se puede contar con vosotros.

—No te incomodes, Juan, dijo Israel con humildad.

—Motivo tengo para ello, pues he visto muchos buques en la costa, y bravos chicos también ahorcados en los muelles por haberse apresurado demasiado.

¿Me comprendéis? ¡Mil millones de bombas! tengo experiencia en éstos asuntos, ¡qué diablos! y si queréis escucharme, obedecerme ciegamente y tomar bien vuestras medidas, dentro de seis meses tendréis carruajes y caballos.

Pero no; os conozco, ¡vive Dios! ron hoy, y mañana la horca; este es vuestro negocio.

—Ya sabemos que predicáis como un monje, dijo Israel; pero no se trata sólo de charlar; otros he conocido que sabían maniobrar como vos, y, sin embargo, no estaban sermoneando como vos. Por el contrario, eran buenos compañeros y alegres como el que más.

—¿Y dónde están esos buenos compañeros? Pew era de éstos, y mendigaba para comer cuando ha muerto; Flint lo mismo, y el ron le ha matado en Savannah. ¡Valientes imbéciles!

—Pero, en fin, preguntó Dik, á quien esta discusión no divertía mucho: ¿qué haremos después que echemos el arpón á la gente de proa?

—Perfectamente, exclamó el cocinero; eso se llama hablar como un libro. Bien; ¿qué piensas tú sobre el particular? ¿Eres de la opinión de England, de abandonarlos en una isla desierta, ó del modo de obrar de Flint y de Billy Bones, que era desollarlos como puercos cebados?

Los muertos no muerden, decía Billy Bonnes; ¡qué tuno tan rudo!

Yo no soy de ese sistema; no me gusta la rudeza, sino, por el contrario, la amabilidad y la política. Todo el mundo lo reconoce; pero no se trata de reir; el deber ante todo, camarada. Yo opino por la muerte, pues no quiero que esos farsantes vengan después á mezclarse en mis negocios, como el diablo en la misa.

Mi opinión es esperar el momento favorable; pero llegado éste, estoy por la muerte.

—Juan, exclamó el segundo contramaestre; ¡eres un hombre como pocos!

—Espera verme manos á la obra, Israel, respondió Juan.

Yo no pido más que á uno, á Trelawney; pero ya veréis cómo le adobo en la salsa Robest.

Dik, añadió interrumpiéndose; levántate, muchacho, y dame una manzana; tengo seco el gaznate.

Fácilmente se comprenderá el espanto que se apoderó de todo mi ser; quise saltar fuera del barril y escapar, pero no tuve fuerzas para ello.

Vi levantarse al marinero y oí la voz de Hands, que decía:

Biblioteca Nacional de España

—¡Una manzana! ¡Vaya qué porquería! Deja las manzanas para los chicos y dános un vaso de rom.

—Dik, respondió Silver; tengo confianza en ti; toma la llave del barril del rom, llena unas botellas, y nos las traes.

A pesar del terror que me tenía paralizado, no pude menos de pensar que por este medio se procuraba Mr. Arrow los licores espirituosos que le habían dado la muerte.

Dik tardó bastante en volver, y durante su ausencia Israel habló en voz baja con el cocinero, y sólo oí estas palabras:

—Ninguno más quiere venirse con nosotros.

Quedaban aún algunos marineros fieles á bordo.

Cuando volvió Dik, cada uno cogió una botella y brindaron: «Por sus esperanzas. ¡Por la memoria del viejo Flint!» y Silver añadió: «¡Por el éxito feliz de nuestra empresa y para que podamos tener *pudding* mientras vivamos.»

De repente me invadió una claridad azulada que despedían los rayos de la luna llena, y que, plateando el palo de mesana, descendía hasta el centro de la vela mayor.

Estaba perdido.

Pero casi en el mismo instante el vigía gritó:

—¡Tierra!

XII

CONSEJO DE GUERRA

Hubo un gran tumulto sobre cubierta; todo el mundo se precipitaba fuera de los camarotes para conocer la exactitud de la noticia dada por el vigía, y yo me aproveché de aquella confusión para deslizarme fuera del barril costeando la vela de mesana, y llegando sin ser notado á reunirme con Hunter y el doctor Livesey.

Todo el mundo estaba vuelto hacia el costado de babor, y aunque se había levantado una neblina bastante espesa al mismo tiempo que la luna, podía distinguirse al SE. dos colinas separadas por una milla de distancia, y detrás de una de ellas una montaña, cuya cima estaba envuelta en la bruma.

Yo veía todo esto como en un sueño, pues estaba aún bajo la impresión del horrible espanto que acababa de experimentar.

Oí la voz del capitán Smollet dando órdenes; se apoyó dos puntos más cerca del viento, siguiendo desde entonces un derrotero que debía dejar la isla al Este.

—¿Alguno de vosotros, preguntó el capitán á la tripulación, conoce la tierra que está enfrente de nosotros?

—Yo, mi capitán, respondió al momento Juan Silver; y he desembarcado en ella para hacer agua en un buque mercante en que iba de cocinero.

—¿El fondeadero no está al Sur, detrás de un islote? preguntó el capitán.

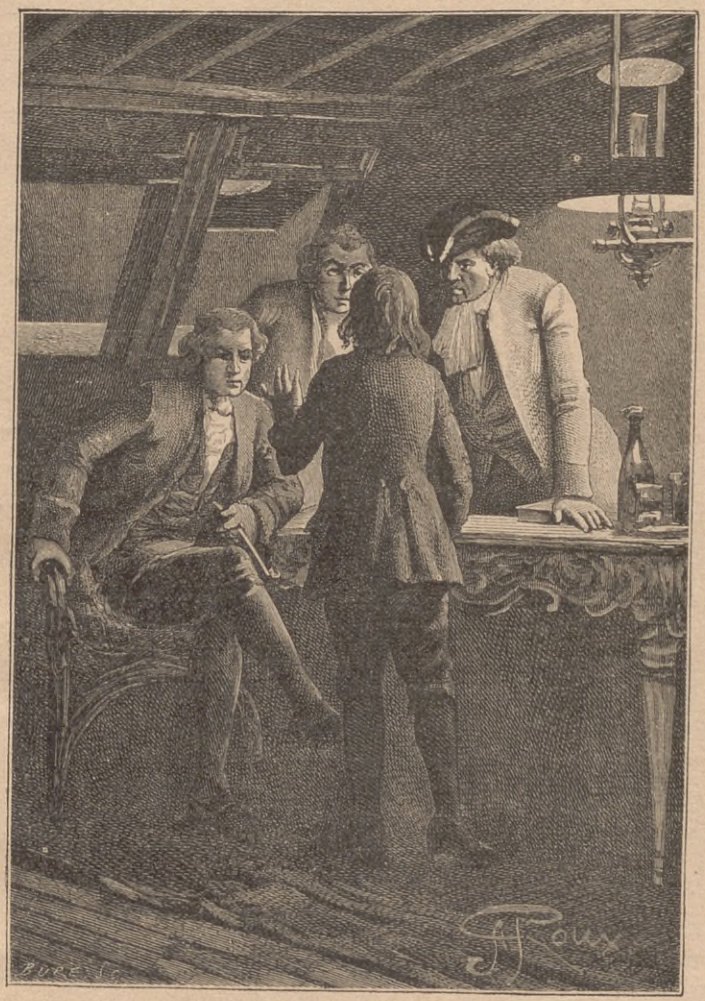
—Precisamente detrás del islote del *Esqueleto*, como le llaman, y que era, según creo, hace algún tiempo, una guarida de piratas. Un marinero que llevábamos á bordo conocía muy bien la isla, y señalaba y nombraba todos los sitios ó lugares. Esa colina, hacia el Norte, se llama *El palo de mesana*, y las otras dos, yendo hacia el Sur, *El palo mayor* y *El palo trinquete*. Están todas casi sobre una línea recta, y la de en medio es la más elevada. Pero se llama generalmente á la de en medio *El catalejo*, puesto que desde allí se decía observaban el mar los piratas cuando sus buques estaban en el fondeadero.

—Aquí tengo un mapa, añadió el capitán Smollet; mirad si reconocéis el sitio.

Los ojos de Juan Silver lanzaron un relámpago al coger el mapa; pero una mirada que eché sobre el papel me bastó para comprender que se iba á llevar chasco.

Aquel mapa no era el que habíamos encontrado en el cofre de Billy Bones; era una copia perfectamente hecha de los

Biblioteca Nacional de España



Sus ojos estaban fijos en mi rostro.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

nombres, sondajes y latitudes, pero suprimiendo las cruces encarnadas y las notas manuscritas.

A pesar de su contrariedad, Silver tuvo fuerza de voluntad suficiente para disimular.

—Sí, dijo: ¡está perfectamente dibujado! ¿Quién puede haber hecho este mapa? ¡De seguro que no han sido los piratas, que son unos ignorantes!... ¡Ah! Aquí está «el fondeadero del capitán Kid,» como le llamaba mi camarada... que tiene una gran corriente al Sur, luego al Norte y al Oeste, á lo largo de la costa. Razón habéis tenido, capitán, en apoyar sobre el viento y dejar la isla á babor, en el caso de que fuese vuestra intención de ir á fondear allí, pues no hay sitio mejor en estos parajes...

—Está bien, replicó el capitán; podéis retiraros. Si necesito de nuevo el concurso de vuestra experiencia, os mandaré llamar.

Yo estaba atónito al considerar la audacia con que confesaba Juan Silver conocer la isla, y aproximándose á mí y poniendo su mano en mi hombro:

—¡Esa isla, amigo, es un verdadero paraíso para un chico de tu edad! Podrás subirte á los árboles, bañarte, perseguir las cabras monteses y escalar montes y colinas... ¡Sólo en pensar en ello se me quitan treinta años de encima!... ¡Es tan hermoso ser joven y tener diez dedos en los pies!... Cuando saltes á tierra, no olvides venir antes á buscarme, y te llenaré los bolsillos para que te regales!...

Y después de pronunciar estas palabras y de haberme dado un golpecito en la espalda, bajó cojeando á su cocina.

El capitán Smollet, Trelawney y el doctor estaban hablando con el contramaestre, y á pesar de mi impaciencia por decirles lo que acababa de oir, no me atreví á abordarlos directamente, y mientras que buscaba un pretexto para aproximarme á ellos, el doctor Livesey me llamó para que le trajera la pipa.

Apenas me hube acercado á él, le dije en voz baja:

—Doctor, ¡tengo terribles noticias que daros! Os ruego que digáis al capitán y á Mr. Trelawney que bajen al salón, y con cualquier pretexto me enviáis á llamar...

La fisonomía del doctor se alteró un instante; pero reponiéndose en seguida:

—Gracias, Jim; es cuanto deseaba saber, dijo en voz alta, como si yo hubiese respondido á una pregunta hecha por él.

Y dando media vuelta, se reunió á sus dos amigos.

Hablaron un momento, y comprendí que el doctor les transmitía mi petición, á pesar de que ninguno de ellos diera la más pequeña muestra de inquietud ó asombro.

El capitán en seguida dió una orden á Job Andersen, y el pito del contramaestre llamó á todo el mundo sobre el puente.

—Hijos míos, dijo el capitán; la tierra que acaba de señalar el vigía es el fin de nuestro viaje, y como Mr. Trelawney es la suma generosidad, acaba de preguntarme si estaba contento de vosotros; y habiéndole respondido afirmativamente, hemos convenido que su señoría, el doctor y vuestro capitán beberían á la salud de la tripulación, y ésta á su vez tendría ración doble de grog para beber á la nuestra. Esta generosidad de milord bien merece una entusiasta aclamación.

La aclamación no se dejó esperar, y todos aquellos hombres parecían de tan buena fe, que nadie hubiera creído que eran capaces de haber armado tan negra traición contra nosotros.

—¡Viva el capitán Smollet! dijo Juan Silver; y los marineros repitieron el viva con el mayor entusiasmo.

Después de lo cual los tres caballeros bajaron al salón, dándome orden de que les siguiera.

Sobre la mesa, á cuyo alrededor se sentaron, había una botella de vino de España y un plato de pasas secas.

El doctor fumaba, teniendo su peluca puesta sobre las rodillas, lo que demostraba en él gran preocupación.

—Vamos, Hawkins: ¿qué es lo que tenéis que decirnos? replicó Mr. Trelawney. Os escuchamos.

Yo, entonces, referí brevemente lo que me había sucedido y la conversación que había sorprendido desde el fondo del barril.

Ninguno de los tres interlocutores me interrumpió ni con un gesto ni con una palabra; pero sus ojos estaban fijos en mi rostro, y cuando hube acabado:

—Jim, siéntate á mi lado, me dijo el doctor.

Y cogiendo un puñado de pasas y un

Biblioteca Nacional de España

vaso de vino, me hizo beber, al mismo tiempo que ellos brindaban gravemente por mi salud, por el servicio que acababa de prestarles y por el valor de que había dado prueba.

—Capitán, teníais razón, y yo no, dijo Mr. Trelawney; conozco que soy un animal: estoy á vuestras órdenes.

—No tanto como yo, caballero, replicó el capitán. Hasta el presente no había oído jamás hablar de una tripulación tramando un complot que no dejase entrever sus proyectos de una manera ó de otra. Pero esto que pasa me confunde...

—Pues la explicación es muy sencilla, dijo el doctor. Juan Silver es el que lo ha hecho todo, y teníais razón en decir que era un hombre notable...

—Lo que no le impedirá ir á balancearse sobre la gran verga, colgado del cuello, replicó el capitán; pero pasamos el tiempo en charlar, y valía más que analizáramos la situación en que nos encontramos: ¿no es verdad, sir Trelawney?

—Caballero, vos sois nuestro comandante y á vos os toca mandar y á nosotros obedecer, contestó éste humildemente.

—Empiezo, pues; tres puntos importantes se desprenden del relato de Jim. El primero es que precisa continuar adelante, pues si diese la orden de virar de bordo, los tunantes se me rebelarían en el acto. El segundo es que tenemos tiempo de que disponer, al menos hasta que hayan encontrado el tesoro, y el tercero es que nos quedan todavía algunos hombres fieles. Verdad es que, pronto ó tarde, tendremos que venir á las manos.

Propongo, pues, caer sobre los rebeldes cuando menos lo piensen, aprovechando un momento favorable. ¿Podemos contar con vuestros criados, Mr. Trelawney?

—Como conmigo mismo.

—Ellos son tres, y con nosotros cuatro, contando á Hawkins como á un hombre, somos siete, y en cuanto á los otros que han permanecido fieles...

—Deben ser los que contrató Trelawney antes de hablar con Juan Silver, hizo notar el doctor.

—¡Ah! dijo Trelawney. Hands estaba entre ellos.

—Yo también creí poder fiarme de Hands, dijo el capitán.

—¡Cuando pienso que esos miserables son ingleses, me dan ganas de volar el buque! exclamó Trelawney.

—En una palabra, señores; la situación no tiene nada de agradable, y me gustaría más acabar de una vez; pero sería una locura mientras no sepamos antes cuáles son nuestras fuerzas. Por lo tanto, pongámonos al pairo y acechemos el viento.

—Jim nos puede ser de gran utilidad, dijo el doctor, pues esos hombres no desconfían de él, y el chico es listo como pocos.

—Hawkins, poseéis toda mi confianza, añadió milord,

Por halagüeña que fuese aquella confianza, no la creía bien justificada, pues era demasiado joven y sin experiencia.

Y, sin embargo, por un singular concurso de circunstancias, yo iba á ser verdaderamente el salvador de todos aquellos hombres.

Mientras tanto, y por mucho con que contáramos, no éramos más que siete hombres, y entre ellos un niño, y los sediciosos diecinueve.

La partida no era igual.

XIII

CÓMO DESEMBARQUÉ

Cuando fué de día, subí al puente, y ya la isla no presentaba el aspecto del día anterior.

Aunque la brisa había caído, como habíamos hecho algunas millas la noche pasada, tuvimos que quedarnos al pairo á una media milla del sudeste de la costa oriental.

La tierra estaba cubierta de árboles espesos hasta perderse de vista, sobre cuyo

Biblioteca Nacional de España

tinte sombrío se destacaba la arena amarillenta de la playa.

El conjunto era monótono y triste.

Todas las alturas que le dominaban tenían aspectos extraños y se componían de rocas desnudas formando anfiteatro. El Catalejo, que tenía lo menos trescientos pies más de elevación que las otras, era también la más extraña, cortada á pico por todos lados y con una pequeña planicie, como el pedestal de una estatua.

La *Hispaniola* navegaba gallarda, dirigiendo su proa por medio de los arrecifes, y las olas hacían crujir el casco al estrellarse contra él las rompientes.

Yo me veía obligado á agarrarme á los cables para no caer, pues aunque buen marino cuando navegábamos por alta mar, no he podido acostumbrarme nunca, sin sentir terrible mareo, á aquel balanceo de babor á estribor y de popa á proa, sobre todo por la mañana, con el estómago vacío.

Quizás el aspecto desolado de la isla, con sus bosques melancólicos, sus rocas estériles y sus corrientes sobre las que se veía precipitarse el mar hirviendo de espuma con aquel ruido de tormenta, influyeron en la impresión de tristeza y malestar que me oprimía el pecho.

Sin embargo, á despecho del sol, que brillaba sobre nuestras cabezas, de los pájaros que gorjeaban en el aire y de la satisfacción que se experimenta al ver la tierra después de una larga travesía, yo me sentía con el corazón oprimido y pensaba con disgusto en la Isla del Tesoro.

Nos esperaba un día de mucho trabajo, pues como no había ni un soplo de viento, era preciso echar los botes al mar para remolcar el *schooner* á remo tres ó cuatro millas hasta entrar en la estrecha embocadura que conducía á la bahía del Esqueleto. Yo me ofrecí á ir en uno de los botes, aunque nada podía hacer allí. Hacía un calor abrumador, y los marineros murmuraban casi en voz alta, manejando los remos. El bote en que yo iba lo dirigía Andersen, que, en vez de mantener la disciplina, hacía caso á los demás en sus murmuraciones.

—Gracias, al menos, que esto no es cosa que se repita.

Esto me pareció de mal augurio, pues sólo la perspectiva de la Isla del Tesoro conmovía todos aquellos cerebros.

Mientras duró aquella penosa maniobra, Juan Silver permaneció en el primer bote haciendo de piloto; y sin duda conocía aquellos lugares perfectamente, pues no vaciló un momento durante la travesía.

Nos detuvimos en el sitio mismo en que el ancla estaba marcada en el mapa, á un tercio de milla próximamente de la costa, entre la tierra y la isla del Esqueleto. Allí el fondo del mar era de arena muy fina.

La caída del ancla puso en conmoción millares de pájaros, que se elevaron por los aires y que volvieron á bajar á los pocos momentos, quedando todo en silencio.

Esta pequeña rada estaba completamente rodeada de tierras, cubiertas éstas á su vez de árboles y malezas, que llegaban hasta la misma orilla, bañándolos las altas mareas, por ser una playa muy baja

Dos riachuelos cenagosos afluían á aquella especie de estanque, no sin esparcirse antes en su desembocadura sobre una vasta extensión de tierras blandas y húmedas; de suerte que la vegetación por esta parte de la costa debía ser malsana.

A la derecha se veía un fortín rodeado de una empalizada; pero esto no podía verse desde el *schooner* á causa de los árboles que le ocultaban, y si no hubiera estado señalado en el mapa, por el aspecto salvaje que presentaban aquellos lugares se hubiera podido creer que nosotros éramos los primeros que penetrábamos en aquella ensenada desde que la isla había surgido de la superficie del mar.

No se oía ruido alguno fuera de la resaca de las olas estrellándose sobre las rompientes á más de una milla de extensión. Se percibía un olor de agua estancada, de troncos y de hojas de árboles podridos.

El doctor exclamó de repente:

—Quizás en esta isla no se encuentre tesoro alguno; pero de seguro que se atrapan unas calenturas antes que piense uno en ellas.

Si la actitud de la tripulación era ya alarmante en los botes, se convirtió en amenazadora cuando volvieron á bordo del buque, apiñándose en grupos sobre cubierta, discutiendo y cuchicheando.

La orden más sencilla era acogida con miradas furiosas, y ejecutada de mala gana. Hasta los mismos marineros con

Biblioteca Nacional de España

quienes creíamos contar, parecían ya contagiados.

La rebelión se cernía sobre nuestras cabezas, próxima á estallar, á pesar de los esfuerzos que hacía Juan Silver predicando calma y prudencia, y agasajando con sonrisas y palabras melosas á todo el mundo, obedeciendo prontamente las órdenes y cantando todo su repertorio como para distraer á sus camaradas.

De todos los síntomas inquietantes de aquel triste día, la visible ansiedad de Juan Silver nos pareció el peor de todos.

Nos reunimos en la cámara los cuatro para deliberar.

—Si vuelvo á dar una orden cualquiera, se me echa encima toda la tripulación, dijo el capitán, pues ya se atreven á responderme de mala manera: si me doy por entendido, somos perdidos, pues empezarán á jugar las hachas y los puñales, y si me hago el desentendido, Juan Silver, que es listo, desconfiará, y estamos perdidos. Os confieso que no podemos contar más que con un solo hombre.

—¿Y quién es ese hombre? preguntó el doctor.

—El mismo Silver, puesto que desea, tanto ó más que nosotros, ver tranquilos á sus camaradas. Quizás baste solo un pretexto para reducirlos á la obediencia en esta ocasión, y yo propongo que se le proporcionemos.

Vamos, pues, á darles permiso para que salten á tierra.

Si se van todos, podemos defender el buque; si lo rehusan, nos encerraremos en el entrepuente, y ¡Dios nos ayudará!...

Decidióse poner en ejecución aquel plan, y se distribuyeron armas á todos los hombres que nos eran adictos, Joyce, Hunter y Redruth, que acogieron la noticia con menos sorpresa é inquietud de lo que yo hubiera creído; luego el capitán volvió á subir sobre cubierta, y dirigiéndose á la tripulación:

—Muchachos, les dijo; mucho hemos trabajado esta mañana, y todos estamos cansados y de mal humor. ¡Creo, Dios me perdone, que nos vendría muy bien dar una vueltecita por la isla!... Los botes os esperan... cogedlos, y quien quiera ir á tierra y pasar allí la tarde, que se vaya hasta la puesta del sol, en que se tirará un cañonazo para dar la señal de retirada.

Lo menos creían aquellos imbéciles que iban á encontrar el tesoro en cuanto saltaran á tierra, pues llenos de alegría empezaron á lanzar hurras entusiastas, que repercutían los ecos de los alrededores.

El capitán se apresuró á bajar á la cámara, dejando á Silver el cuidado de arreglarlo todo con entera libertad. No sólo era Silver el verdadero comandante, sino que la tripulación comenzaba ya á sufrir su autoridad con alguna impaciencia.

En una palabra, todos más ó menos estaban indisciplinados; pero los pocos que eran honrados en el fondo, aunque impertinentes y perezosos á primera vista, nunca hubiera coadyuvado á tomar un buque por asalto y matar á unos hombres que nada les habían hecho.

Por fin todo se arregló, quedando á bordo seis hombres y embarcándose trece, con Juan Silver á la cabeza.

En aquel momento fué cuando se me ocurrió la idea que contribuyó tanto á salvarnos á todos la vida.

Puesto que Silver dejaba en el *schooner* una guarnición de sus hombres, era imposible apoderarse de él y defenderle contra los que iban á tierra, y por lo tanto, como no me necesitaban, se me ocurrió irme también á la isla.

En cuanto lo pensé lo puse en ejecución.

Me encaramé en la borda, me dejé deslizar á lo largo de una amarra, y me acurruqué en la popa del bote más próximo en el momento en que iba á partir.

Nadie se fijó en mí, más que uno de los remeros, que me dijo:

—¿Eres tú, Jim? Baja la cabeza.

Pero Silver, desde el otro bote, preguntó si era yo.

Entonces comprendí mi imprudencia y mi tontería.

Por fortuna, de los dos botes que luchaban en velocidad para llegar á la orilla, fué el nuestro el que llegó el primero, con bastante diferencia.

Yo me agarré á la rama de un árbol, y dí un salto prodigioso para alcanzar la tierra firme, y me perdí entre las malezas antes de que Silver hubiera desembarcado.

Este empezó á gritar:

—¡Jim!... ¡Jim!...

Pero yo tuve buen cuidado de no responder, y saltando y corriendo por entre las malezas, me alejé todo lo que pude.

Biblioteca Nacional de España

XIV

PRIMER ASESINATO

Considerándome ya en salvo, me puse á contemplar con interés el extraño país adonde acababa de desembarcar.

Tuve al principio que atravesar una planicie cenagosa, cubierta de sauces y de árboles para mí desconocidos; luego llegué al borde de una gran explanada arenosa de más de una milla de extensión, donde se veían pinos y encinas verdes, y á lo lejos aparecía una de las colinas, cuyo perfil descarnado brillaba al sol.

La isla estaba deshabitada.

Mis compañeros de viaje se habían quedado detrás, y yo no tenía delante de mí más que árboles y animales salvajes. Todo para mí era nuevo, las flores, los pájaros, las serpientes. De repente ví una que levantó su cabeza por encima de la roca donde reposaba, y lanzó un silbido, acompañado de un ruido bastante parecido al de una peonza bailando.

Comprendí que me hallaba en presencia de un enemigo mortal, y que aquel ruido era el de la famosa serpiente de cascabel.

No tardé en llegar á un grupo enorme de esos árboles parecidos á las encinas, que crecen en la arena, entrelazando sus ramas con un follaje tan espeso como el de un matorral, y cubriendo una especie de duna, hasta la margen de un gran pantano cubierto de escaramujos, á través de los cuales se deslizaba perezosamente un riachuelo hasta perderse en el mar.

De repente se sintió entre las malezas un movimiento confuso; los pájaros volaron asustados, y yo me figuré que algunos de mis compañeros estaría por allí, y no me engañé, pues no tardé en oir una voz humana que se aproximaba rápidamente al sitio donde yo estaba.

Al pronto tuve miedo y me deslicé bajo el árbol más próximo, y cubierto con sus frondosas ramas, permanecí acurrucado, reteniendo el aliento y silencioso como una tumba.

Otra voz respondió á la primera, en la que había yo reconocido la de Juan Silver, y continuó hablando bastante tiempo, respondiéndole la segunda. Por las entonaciones de la voz comprendí que discutían con animación, por más que no entendía lo que decía.

Por fin los dos interlocutores se sentaron, sin duda, en el sitio en que se encontraban, pues los pájaros que revoloteaban en el aire descendieron poco á poco al pantano, tranquilizados con el silencio que reinaba.

Mi conciencia me remordía el que no intentase escuchar lo que hablaban aquellos tunantes, puesto que mi objeto, al irme con ellos, había sido el de vigilarlos y enterarme de sus planes; de suerte que, sobreponiénme al terror que me inspiraban, me fuí aproximando poco á poco, escudado por la sombra propicia que proyectaban aquellos grandes árboles que me rodeaban por todas partes, y guiado por el ruido de las voces, que llegaba distintamente á mis oídos.

Cuando ya estuve cerca, me arrastré sobre las rodillas silenciosamente hasta que llegué á un sitio en que, á través del follaje, pude ver á Juan Silver y á uno de los marineros, sentado uno al lado del otro y hablando con interés.

El sol caía á plomo sobre aquellos dos hombres. Juan Silver tenía la cabeza descubierta, y su mofletudo rostro rubio y colorado, empapado en sudor, se volvía hacia su compañero con aire casi suplicante.

—Camarada, le decía, es solamente porque te quiero de veras... si no fuera por eso, ¿crees que me hubiera tomado el trabajo de avisarte?... Todo se ha acabado, y tú no puedes remediarlo... Lo que te digo es para salvarte...; y si alguno de esos salvajes lo supiera, ¿qué sería de mí?... ¡Vamos, Tom, dímelo!...

—Juan Silver, respondió el otro (y ví

Biblioteca Nacional de España

que su rostro estaba encendido como un ascua, y que su voz ronca temblaba de emoción); Juan Silver, no sois un niño, sino un hombre honrado, ó al menos gozáis de esa reputación, tenéis dinero, no hay que dudarlo, y sois valiente... ¿Por qué os dejáis arrastrar por esos tunantes? Vamos, un poco de valor... yo preferiría perder mis dos brazos antes que hacer traición á mis deberes.

Oyóse en esto el ruido de un violento altercado.

Al grito de cólera que acababa de resonar por el lado del pantano, siguió otro de rabia, y un horrible alarido de dolor que repercutió por las rocas del Catalejo.

La bandada entera de pájaros que anidaban en el pantano huyó espantada y en desorden, oscureciendo el aire por algunos minutos...

Resonaba aún en mi oído aquel fúnebre grito, y ya el silencio se había restablecido y no se oía más que el lejano murmullo de las olas.

Tom se había levantado de un brinco, pero Juan Silver no se movió, permaneciendo en su sitio ligeramente apoyado sobre su muleta, observando á su compañero como una serpiente, pronta á lanzarse sobre su presa.

—Juan, exclamó el marinero alargando la mano.

—¡Quita allá!... replicó éste dando un salto hacia atrás con la ligereza de un verdadero gimnasta.

—¿Me tenéis miedo? ¡Vuestra conciencia os reprocha algo contra mí!... Pero, en nombre del cielo, decidme qué era ese grito.

—¿Ese grito? replicó Silver sonriendo, pero siempre alerta... Ese grito, repitió con sus ojillos echando chispas, es el grito de muerte de Alán.

Al oir aquellas palabras, Tom se estremeció.

—¡Alán! exclamó. ¡Dios le haya perdonado!... Era un bravo marino y un hombre honrado... En cuanto á vos, Juan Silver, ya no sois mi camarada. ¡Aunque deba morir como un perro, cumpliré con mi deber!... Habéis dado muerte á Alán, ¿no es verdad?... Pues bien; matadme á mí también, si podéis...; pero os prevengo que me defenderé.

El valiente muchacho permaneció un momento impasible, esperando la respuesta de Silver; pero al ver que nada le decía, dió media vuelta y se dirigió hacia la playa.

Pero el infeliz no fué muy lejos, pues cogiendo Juan Silver con la mano izquierda la gruesa rama de un árbol para conservar el equilibrio, empuñó con la derecha la muleta, y lanzando un grito de rabia, se la arrojó con destreza, como si fuese una flecha.

Aquella arma de nueva invención cayó sobre el pobre Tom con violencia inaudita, yendo á herirle en medio de la espina dorsal.

Levantó los brazos, exhaló un sordo gemido y cayó boca abajo.

¿Estaba atudido tan solo? ¿Tendría alguna lesión grave?... Nadie podrá saberlo jamás, pues no tuvo tiempo de volver en sí. Juan Silver, ágil como un mono, hasta sin muleta, llegó de un salto á su lado y le hundió su puñal en la espalda, resoplando furioso como un animal salvaje.

Ignoro si perdí el conocimiento por completo en medio del terror que me dominaba; pero lo que sí recuerdo es que los objetos se confundían ante mi vista dando vueltas y revueltas á mi alrededor, que mis oídos zumbaban y que no tenía conciencia de la realidad.

Cuando volví en mí, el monstruo se había levantado con la muleta bajo el brazo y con el sombrero puesto.

Tom yacía muerto á sus pies, y su asesino ni siquiera le miraba, ocupado en enjugar la sangre del puñal con un puñado de hierbas.

Todo estaba tranquilo á nuestro alrededor; el sol lanzaba sus ardientes rayos sobre la tierra, y nada indicaba que se hubiese cometido un asesinato, allí, ante mis ojos.

El asesino, sacando del bolsillo un pito, dió un fuerte silbido, que resonó en el espacio.

No pude comprender el sentido de aquella señal; pero mis terrores se redobladoron pensando que vendrían sus compañeros, y que después de haber asesinado cobardemente á dos honrados camaradas, no tardaría en llegarme á mí mi vez.

Me deslicé sin perder un momento por entre los matorrales, haciendo el menor ruido posible, y en cuanto salí fuera de la enramada eché á correr como si el diablo me diese alas, sin ocuparme de la direc-

Biblioteca Nacional de España

La serpiente levantó su cabeza por encima de la roca.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ción que tomaba, cuidando tan solo de que fuese en sentido contrario á la que traían los asesinos, y á medida que corría mi miedo tomaba tales proporciones, que llegó á ser una especie de frenesí.

Y en verdad que era imposible encontrarse en un trance más apurado que el mío.

¿Cómo iba á reunirme con aquellos demonios cuando sonara el cañonazo de señal?

¿No me retorcerían primero el cuello?

¿Mi ausencia no demostraba claramente mis alarmas, y por consecuencia mis sospechas?

Se acabó, me dije á mí mismo. ¡Adiós *La Hispaniola*, adiós el doctor y todos!...

No puedo elegir más que la muerte por hambre, á morir á manos de esos asesinos.

Seguía corriendo y haciendo estas amargas reflexiones hasta que llegué al pie de una de esas colinas en aquella parte de la isla en que las encinas no eran tan gigantescas y se asemejaban más á los árboles de un bosque.

El viento era más fresco y más puro que en la parte baja y cenagosa de la isla.

Pero allí una nueva alarma me detuvo inmóvil, con el corazón palpitante de ansiedad.

XV

EL HABITANTE DE LA ISLA

Un bloque de arenisca acababa de desprenderse del flanco de la colina y rebotaba en medio de los árboles.

Mis ojos se volvieron instintivamente hacia el punto del desprendimiento y me pareció ver un ser viviente deslizándose detrás del tronco de un pino.

¿Quién sería aquel ser? ¿Un oso, un orangután, ó un hombre?

No podía decirlo, y sólo pude notar que era negro y velludo.

Mi terror fué grande, pues me veía ya perdido teniendo detrás de mí á los asesinos y bandidos de la tripulación, y delante aquel ser misterioso...

No vacilé un momento; prefería verme cara á cara con Juan Silver que no con aquel habitante de los bosques...

Dí media vuelta y me dirigí á la playa, no sin mirar con recelo detrás de mí.

El ser misterioso, después de haber dado un gran rodeo, reapareció delante de mí y se adelantó á mi encuentro.

Me encontraba extenuado de fatiga; pero aun cuando hubiera estado descansado como cuando me levantaba de mi hamaca, no hubiera podido luchar con él en ligereza. Saltaba de árbol en árbol, aunque no tenía más que dos piernas... ¡como que era verdaderamente un hombre!

Recordé las historias de caníbales que había oído referir tantas veces, y cuando iba á gritar pidiendo auxilio, me contuve al pensar que tenía que habérmelas solo con un hombre, aun cuando este hombre fuese salvaje, porque de seguro no podía ser más feroz que Juan Silver; además, recordé que llevaba una pistola al cinto, y dando media vuelta, marché hacia el desconocido.

Este se había ocultado detrás de un tronco de árboles; pero sin duda observaba mis movimientos, puesto que al ver mi rápido avance, se presentó delante de mí y dió unos pasos hacia adelante.

Al pronto pareció vacilar, retrocedió, y, finalmente, con gran sorpresa mía, se arrojó á mis plantas, tendiendo hacia mí sus manos suplicantes.

Me detuve de repente.

—¿Quién sois? le pregunté.

—Ben Gunn, respondió, y su voz era ronca y gutural; soy el pobre Ben Gunn, que hace tres años no habla con ninguna criatura humana.

Noté entonces que era un blanco como yo, y que sus facciones eran muy agradables. Su cutis parecía abrasado por el sol; sus labios eran negros y sus ojos, de color claro, hacían un singular contraste con lo oscuro de su cutis.

Biblioteca Nacional de España

Jamás había visto un mendigo tan lleno de harapos, pues éstos se componían de una extraña amalgama de jirones de un traje de marinero, y de pedazos de velas recogidos por un sistema de broches heteróclitas, de botones de cobre, pedacitos de madera y fragmentos de red embreada.

La única parte sólida de su equipo era un viejo cinturon de cuero de ancha hebilla que le sujetaba los riñones.

—¡Tres años! exclamé. ¿Habéis naufragado en esta isla hace tanto tiempo?

—No, camarada, dijo, soy un pobre *marron* (cimarrón).

Yo conocía esta palabra, y sabía que era un horrible castigo que usaban los piratas, y consistía en desembarcar al culpable en una isla desierta, habilitarlo con cierta provisión de pólvora y balas, y abandonarlo allí para siempre.

—Marrón, sí, desde hace tres años, replicó; he vivido todo ese tiempo de carne de cabra, pulpas silvestres y ostras; ¡pero ya estoy fatigado y harto de todo eso!... De buena gana comería un pedazo de queso. ¿Le tendríais ahí por casualidad? ¿No? ¡Cuántas veces he soñado que me comía un hermoso trozo de queso... y después me despertaba... y nada...

—Si puedo alguna vez volver á bordo, os prometo que tendréis un queso entero.

Mientras hablábamos, tocaba mi chaqueta, acariciaba mis manos, admiraba mis botas, mostrando un placer infantil en volver á ver una criatura humana; pero al oir mis últimas palabras se estremeció, y levantando la cabeza con una especie de timidez salvaje.

—¿Y quién os lo impediría? preguntó.

-No seríais vos ciertamente.

—¡No por cierto!... Pero ¿cómo os llamáis, camarada?

—Jim, le dije.

—¡Jim!... ¡Jim!... repetía tan contento. ¡Ah, Jim! Si supierais que durante meses y años he vivido como un perro... y, sin embargo, no creeréis quizás al verme que he tenido una buena madre, ¿no es verdad?

—No, en verdad, respondí francamente.

—Pues sí, señor, la he tenido, y que valía en oro lo que pesaba... y yo era un muchacho muy juicioso y recitaba de corrido mis lecciones... ¡y á qué he venido á parar!... ¡por jugar á las pitas, en vez de ir á la escuela!... ¡Bien me lo había anunciado mi buena madre!... Desde que estoy aquí he reflexionado mucho, y no volveré á beber ron, que es lo que me ha perdido, os lo aseguro. Al contrario, llevaré otra clase de vida... la lección ha sido dura, pero me ha servido... de aquí en adelante mi vida será ejemplarísima... Quiero ser franco con vos Jim (al decir esto echó una mirada á su alrededor y dijo en voz baja): soy rico.

Debió notar en mi rostro cierto movimiento de incertidumbre, pues en seguida, acercándose más á mí, me dijo con tono impaciente:

—¡Sí, muy rico, muy rico!... os lo aseguro. ¿Y sabéis mi proyecto? Pues es el haceros también rico, Jim... Podéis bendecir vuestra suerte por haber sido el primero en encontrarme aquí. Sí, amigo mio.

Pero de repente cambió su fisonomía, nublóse su rostro, y cogiéndome de la mano con un aire de manifiesta inquietud, me dijo:

—Jim, decidme la verdad: el buque que os ha conducido aquí, ¿es el de Flint?

Como un relámpago vino á mi imaginación una idea: pensé que en aquel hombre, en aquel desgraciado, podíamos encontrar un aliado.

—No, le dije, no es buque de Flint, éste ha muerto; pero puesto que lo deseáis, voy á seros franco, y debo deciros que por nuestra desgracia llevamos á bordo varios de los hombres de la tripulación de Flint.

—Espero al menos que no se encontrará entre ellos el *hombre de una sola pierna*, me dijo con voz balbuciente.

—¿Juan Silver?

—Sí, Juan Silver; ese era su nombre.

—Por desgracia está... ¡Es el cocinero y el que ha reclutado la marinería!

El pobre diablo me apretó con violencia la mano que me tenía cogida.

—Si es Juan Silver el que os envía, soy hombre muerto, no tengo la menor duda; y después de un momento de silencio añadió:

—¿Dónde creéis estar?

Para convencerle mejor, en pocas palabras le hice la historia de nuestro viaje y la posición crítica en que nos encontrábamos.

Él me escuchó con profundo interés, y cuando hube acabado, me dijo:

—Ya veo que sois un buen muchacho,

Biblioteca Nacional de España

Tendió hacia mí sus manos suplicantes.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Jim, replicó, y veo también que estáis en grave aprieto..,; pues bien, fiáos en Ben Gunn, y él os librará de todo; pero dime una cosa, niño: ¿crees tú que ese milord se mostrará generoso con quien le ayude á salir del mal paso en que están metidos?

Le aseguré que era el más generoso de los hombres.

—Sí, pero yo me entiendo, replicó Ben Gunn; no quiero para mí un empleo de guardabosque, ni otra cosa por estilo... no, no me conviene... ¿pero crees tú que dará... diez mil libras esterlinas, por ejemplo... sobre este dinero que es ya mío, por decirlo así?

—Estoy seguro de ello, respondí; pues su intención ha sido siempre dar á cada uno su parte.

—¿Y me llevará también á bordo sin pagar el pasaje? replicó con aire diplomático.

—Podéis contar con ello; además, vos nos seréis útil para las maniobras cuando nos desembaracemos de esos piratas.

—Es verdad, dijo con satisfacción, como tranquilizado por este argumento. Voy ahora á contarte lo que me ha sucedido. Yo formaba parte de la tripulación de Flint, á bordo del *Walrus*, cuando vino aquí con seis hombres, seis de los más robustos de entre todos los marineros, para enterrar aquí su tesoro.

Permanecieron en tierra más de una semana; nosotros teníamos orden de esperarlos á bordo, cuando una mañana vuelve Flint, sólo en un bote, con la cabeza vendada con un pañuelo azul y el rostro cubierto de mortal palidez. Pero al fin volvía; pero los otros seis estaban muertos y enterrados...

¿Cómo había podido hacerlo? Nadie lo supo jamás.

¿Fué pelea, asesinato ó muerte súbita? Billy Bonnes era entonces su segundo, y Juan Silver iba de contramaestre.

Éstos le preguntaron por el tesoro.

—Podéis ir á buscarlo á tierra, si queréis, respondió; pero en cuanto al *Walrus*, va á desplegar sus velas y continuar sus expediciones, ¡con mil millones de diablos! Estas fueron sus palabras.

Tres años después, iba yo á bordo de otro buque cuando pasamos á la vista de esta isla.

—Camaradas, les dije á mis compañeros; el tesoro de Flint está ahí en esa isla: vamos á tierra á buscarle.

No le gustó esto mucho al capitán; pero no tuvo más remedio que acceder, y desembarcamos en la isla. Por espacio de doce días buscamos por todas partes el tesoro sin encontrar nada, y como mis camaradas estaban furiosos por el mal éxito de nuestras pesquisas, determinaron marcharse, dejándome solo. Ben Gunn, me dijeron; aquí tienes un fusil, un hacha y una piocha, con lo que podrás buscar el tesoro del capitán Flint, y ahora, adiós camarada, y buena suerte.

Y se embarcaron, dejándome abandonado.

Hace tres años que estoy aquí, y que no he probado el pan... Pero mírame, Jim... ¿es que me parezco á un marinero? ¿No? ¡Eh! ¡Como que ya no lo soy!...

Y me guiñó un ojo, dándome un pellizco en el brazo.

—Puedes repetir á milord mis propias palabras. Por espacio de tres años ha vivido en la isla de día y de noche, lo mismo en el buen tiempo que en el malo; ¡pensando en su anciana madre y preguntándose si vivirá todavía!... (asímismo lo dirás); pero pensando también en otra cosa... y ocupándose de otra cosa... Y entonces les darás un pellizco como éste...

Y me pellizcó de nuevo, mirándome con aire malicioso, y luego continuó:

—Ben Gunn es un muchacho valiente, que sabe distinguir; un verdadero caballero, de uno de esos caballeros de fortuna como se llaman, porque, la verdad, yo también lo he sido...

—En verdad que no comprendo ni una palabra de lo que decís; pero poco importa, pues ahora lo principal es cómo volver yo á bordo.

—No te preocupes por eso, me respondió; yo tengo una canoa hecha por mis propias manos allá abajo, al abrigo de la roca blanca... y cuando la noche esté bien oscura intentaremos hacer lo que deseas...

—Pero ¿qué es esto? exclamó de repente.

Aunque faltaban todavía dos horas lo menos para ponerse el sol, oyóse un cañonazo, que repercutieron los ecos de la isla.

—¡La batalla ha empezado! exclamé. ¡Seguidme!...

Olvidando todos mis terrores, eché á

Biblioteca Nacional de España

correr hacia el fondeadero, seguido del habitante de la isla.

—¡A la izquierda, á la izquierda, dirígete á la izquierda, camarada Jim! decía corriendo con ligereza bajo los árboles... Este es el sitio donde maté mi primera cabra; ya no han vuelto por aquí, tienen miedo á Ben Gunn... Este es el cementerio, esos montecillos de la derecha...

Así charlaba, sin esperar ni saber respuesta.

Después de un largo intervalo, oyóse una descarga de fusilería, siguióse un gran silencio, y al llegar al playa divisé de repente, á un cuarto de milla de distancia, la bandera inglesa flotando en los aires.

FIN DEL CUADERNO PRIMERO

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	PÁGINAS
PREFACIO	5
I.—Un viejo lobo de mar	7
II.—Perro Negro aparece, y desaparece en seguida	13
III.—La *marca negra*	16
IV.—El baúl del Capitán	21
V.—Muerte del ciego	25
VI.—Los papeles del Capitán	30
VII.—El cocinero del buque	37
VIII.—La taberna del Catalejo	40
IX.—La pólvora y las armas	42
X.—El viaje	47
XI.—Lo que oí desde el fondo del barril de manzanas	51
XII.—Consejo de guerra	54
XIII.—Cómo desembarqué	58
XIV.—Primer asesinato	61
XV.—El habitante de la isla	65

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ISLA DEL TESORO

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

R. L. Stevenson y A. Laurie

LA ISLA DEL TESORO

VERSIÓN ESPAÑOLA

BIBLIOTECA

CUADERNO SEGUNDO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

Biblioteca Nacional de España

Es propiedad del Editor.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS.

Biblioteca Nacional de España

XVI

RELACIÓN DEL DOCTOR

Ahora tomo yo la palabra para referir lo que Jim no había presenciado por encontrarse en la isla.

Eran cerca de la una y media, después del mediodía, y acababan de «picar las campanas,» como dicen los marinos, cuando los botes se alejaron de *La Hispaniola* para ir á tierra.

Nosotros nos reunimos en consejo en la cámara para deliberar, pues si hubiéramos tenido la más ligera brisa, habríamos caído sobre los seis rebeldes que habían permanecido á bordo, cortado el cable y largado velas; pero teníamos una calma chicha, y, para colmo de desgracia, Hunter acababa de decirnos que Jim Hawkins se había deslizado en una de las chalupas, yéndose á tierra con los marineros.

Ni por un momento sospechamos de su fidelidad; pero sí temblamos por su vida, pues entregado á aquellos miserables, le matarían sin remordimiento.

Subimos sobre cubierta; la brea se derretía entre las tablas por el calor tan fuerte que hacía, despidiendo un olor repugnante, que daba náuseas.

Los seis bribones estaban sentados sobre el trinquete, á la sombra de una vela, cuchicheando en voz baja.

En la playa se veían las dos chalupas amarradas á un árbol, á la embocadura de un riachuelo, guardadas cada una por un marinero, que silbaba una canción cuyas notas llegaban hasta nosotros.

Estábamos en extremo alarmados, y decidimos que Hunter y yo iríamos en busca de noticias en un botecillo pequeño.

Las chalupas se habían dirigido hacia la derecha, y nosotros hicimos rumbo hacia el fortín indicado en el mapa.

Este movimiento pareció inquietar á los dos hombres que guardaban las chalupas, y los vimos conferenciar entre sí; pero evidentemente su consigna era la de permanecer tranquilos en su puesto, pues que nada hicieron, continuando su ejercicio musical.

La costa presentaba un ligero talud, y nosotros dirigimos la canoa hacia aquel lado para evitar por ese medio que nos vieran desembarcar.

Al saltar á tierra apreté el paso, sin echar á correr, por supuesto; me puse un pañuelo de seda bajo mi sombrero, para evitar la acción directa de los rayos del sol y cogí mis pistolas.

A los cien pasos llegué al fortín, el cual estaba perfectamente levantado sobre una pequeña eminencia, bajo la que corría un arroyo, y se componía de un cuerpo de edificio cuadrado, formado con troncos de árboles y con troneras sobre los cuatro costados.

Podrían guarecerse allí lo menos cuarenta hombres, y defenderse si tenían municiones.

Todo alrededor había un espacio descubierto de bastante extensión para evitar un asalto de los sitiadores, y una fuerte empalizada de seis pies de alto, sin puerta ni solución de continuidad, formada por postes muy pesados para ser arrancados, y á bastante distancia unos de otros para

Biblioteca Nacional de España

que los sitiadores pudieran abrigarse detrás de ellos.

De modo que podía vérseles avanzar y cazarlos como ratones; y tan bien estaban arregladas las cosas, que un puñado de hombres podía defenderse desde allí contra un regimiento.

Pero lo que me encantaba era el arroyuelo, pues nada nos faltaba á bordo de *La Hispaniola* más que el agua, que empezaba á escasear.

Estaba pensando en los medios de que había de valerme para llevarla á bordo, cuando oímos un grito espantoso, como el de un hombre que asesinan.

Yo no era un novicio, pues había visto muchas veces la muerte bien de cerca, habiendo servido á las órdenes del duque de Cumberland, y tenido el honor de ser herido en Fontenoy, y, sin embargo, aquel grito me heló de espanto.

Pensé en el pobre Jim.

Sin perder un momento, volví á la playa y salté en el bote.

Hunter era un remero inteligente, y la embarcación parecía volar por las aguas; así es que en un instante me encontré á bordo del *schooner*.

Todo el mundo estaba en conmoción.

El pobre Trelawney estaba pálido como un difunto, pensando en el peligro á que nos veíamos expuestos.

Referí al capitán lo que había visto y el plan que había concebido, el cual adoptó al punto, y sólo quedaba ejecutarlo sin demora.

Empezamos, pues, por colocar al viejo Redruth en el corredor de los pañoles que conducía del salón á la popa, con un colchón apoyado contra la balaustrada, y cuatro mosquetes cargados al alcance de su mano.

Hunter arrastró el bote bajo la ventana de popa, y con ayuda de Joyce le cargué con pólvora, galletas, puerco salado, un barril de cognac y mi indispensable caja de medicina y cirugía.

Mientras duraron estos preparativos, el capitán y mi amigo permanecieron sobre cubierta; pero cuando llegó el momento preciso, Mr. Smollet se dirigió en voz alta al contramaestre Hunt y le dijo:

—Ya veis que somos dos, con un par de pistolas cada uno; si cualquiera de vosotros tiene la desgracia de hacer una señal cualquiera, es hombre muerto.

Los seis marineros, asustados al principio, consultaron entre sí, y después, de repente, se arrojaron por la escotilla de popa.

Sin duda esperaban sorprendernos por detrás; pero al ver los preparativos hechos por Redruth en la *coursive*, volvieron sobre sus pasos, y asomó una cabeza por la cubierta.

—¡Abajo, tunante! gritó el capitán, levantando su pistola.

La cabeza desapareció al momento, y por algún tiempo nos vimos desembarazados de aquellos seis guerreros, poco temibles en verdad.

Después de cargar el bote cuanto fué posible, Joyce y yo nos dejamos deslizar por la ventana de popa, y bogamos con vigor hacia la playa.

Este segundo viaje atrajo doblemente la atención de los dos hombres que guardaban las chalupas, y el que silbaba calló un momento, y cuando íbamos á doblar el promontorio que nos ocultaba á su vista, uno de ellos saltó á tierra y desapareció.

Por un instante tuve la idea de modificar mi plan y destruir las chalupas; pero reflexionando que quizás Silver estuviera por allí con su banda, no quise arriesgar el perderlo todo sin ganar nada.

Llegados al sitio donde antes habíamos desembarcado, nos pusimos á transportar las provisiones al fuerte, ó, para no darle un nombre tan pomposo, al *blockhaus*.

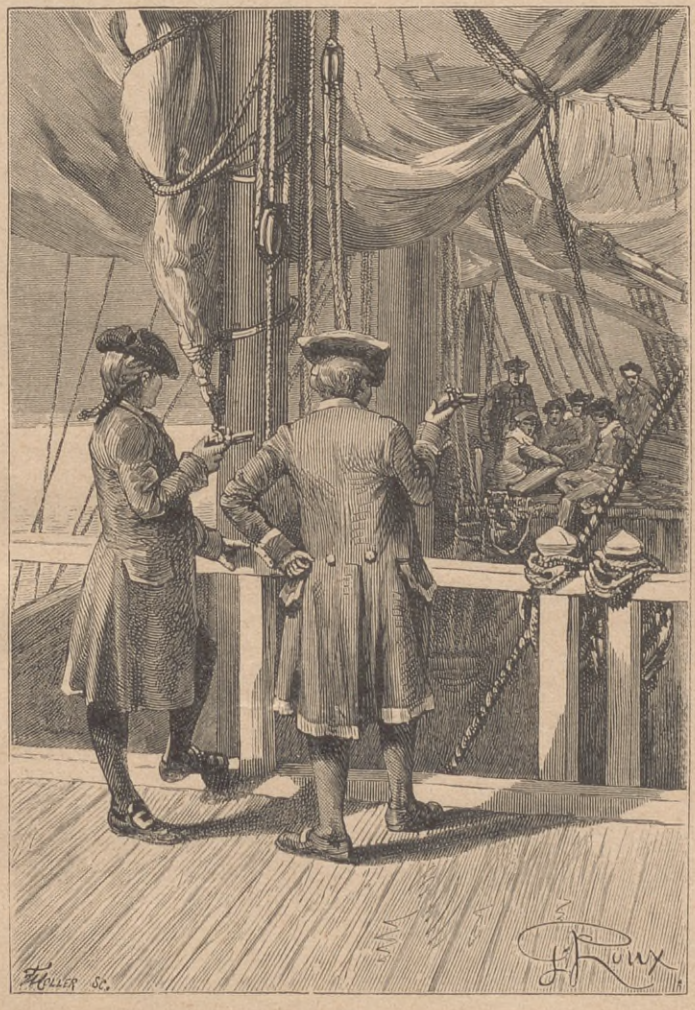
Nos contentamos, pues, en este primer viaje en arrojar nuestro cargamento por encima de la empalizada, y luego, dejando á Joyce al cuidado de este primer convoy (solo, en verdad, pero con seis mosquetes al alcance de su mano), nos apresuramos á volver al bote Hunt y yo.

Por tres veces consecutivas fuimos al bote, y de allí al *blockhaus*, y después que dejamos nuestro cargamento bien colocado y al abrigo de un golpe de mano, dejé allí á los dos criados y volví solo á la *Hispaniola*.

Mi proyecto era regresar con un nuevo cargamento, por aventurado que pareciera, pues había que pensar que si nuestros adversarios nos aventajaban en número, nosotros les superábamos en armas y municiones.

Ninguno de los rebeldes que se encon-

Biblioteca Nacional de España



—Ya véis que somos dos, con un par de pistolas cada uno.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

traban en tierra firme tenía mosquete, y antes de que llegasen al alcance de las pistolas, podíamos dejar media docena fuera de combate.

Mr. Trelawney me esperaba en la proa, completamente ya tranquilizado de su inquietud, y en cuanto subí á bordo volvimos á cargar el bote con el mayor ardor, consistiendo principalmente el cargamento en carne de cerdo salada, galleta y pólvora, y un mosquete y un puñal por cabeza.

Todo el resto de las provisiones, armas y municiones que guardaban á bordo, las arrojamos al agua, á dos brazas de profundidad.

La marea empezaba á bajar, y el *schooner* á virar lentamente sobre su ancla.

Oíanse gritos lejanos en la dirección donde estaban las chalupas, y aunque no temíamos por nuestros servidores Joyce y Hunt, que se encontraban al Este, comprendimos que teníamos que andar de prisa.

Redruth abandonó, pues, su pasillo entre los pañoles, y se reunió á su señor y á mí, que estábamos en el bote, para llevarnos á la escala de estribor á fin que se embarcase el capitán, pues hasta este mismo momento había estado haciendo centinela sobre el puente.

En el momento de bajar, dirigiéndose á los marineros de popa, con voz fuerte y clara les dijo:

—¡Eh! Muchachos, ¿me oís?

No obtuvo respuesta alguna.

—Abraham Gray, replicó; con vos hablo.

El mismo silencio.

—Vamos, muchachos, repitió de nuevo el capitán; nos tenéis aquí esperando... Cada minuto de espera pone en peligro la vida de estos señores...

Oyóse un sordo tumulto, un ruido lejano de lucha, y de repente salió por la escotilla Abraham Gray con una cuchillada en la mejilla, y corrió hacia su jefe, como un buen criado al llamamiento de su amo

—Aquí estoy, mi capitán, dijo.

Un momento después, los dos se reunieron con nosotros en el bote, y los remeros empezaron á bogar con afán.

Ya estábamos sanos y salvos fuera del *schooner*; pero todavía no habíamos llegado al abrigo del *blockhaus*.

XVII

ÚLTIMO VIAJE DEL BOTE

(Continuación del relato del Doctor.)

Nuestro bote iba visiblemente demasiado cargado. Éramos cinco hombres robustos, de más seis pies, y cuyo peso era excesivo de por sí para embarcación tan pequeña, sin contar la gran cantidad de carne de puerco que llevábamos, tres sacos de galletas y la pólvora. De suerte que á cada momento hacíamos agua, y á las cien yardas de distancia del buque tenía ya calados mis pantalones y los faldones de mi casaca.

El capitán repartió mejor el cargamento, y la situación mejoró alguna cosa; pero no nos atrevíamos ni á respirar por miedo de provocar un desastre.

Por otra parte, la marea empezaba á bajar, formándose una corriente bastante fuerte, que venía del Oeste de la bahía y se dirigía hacia el sitio por donde habíamos pasado aquella mañana. Las ondulaciones mismas del agua eran un verdadero peligro para conservar el equilibrio; pero lo peor de todo era que la corriente nos alejaba de nuestro camino, y nos llevaba detrás de aquel saliente de la costa, en línea recta hacia las chalupas de los rebeldes, que podían llegar de un momento á otro.

Yo gobernaba el timón, y en verdad que no sabía qué hacer.

Por fin dije al capitán, que había cogido los remos con Redruth:

—Yo no puedo gobernar hacia el *blockhaus*, pues la marea nos desvía: ¿no podríais orzar un poco hacia la izquierda?

—No, sin irnos á pique, me respondió; torced la barra á estribor hasta que veáis que ganamos la corriente.

Biblioteca Nacional de España

Hice cuanto pude, no cesando de virar hasta que pusimos la proa derecha al Este, es decir, al ángulo derecho con nuestra verdadera dirección.

—De este modo nunca llegaremos á tierra, repliqué.

—No podemos elegir, replicó el capitán; es necesario que permanezcamos más arriba del punto á que nos dirigimos, haciendo frente á la corriente; pues si nos arrastrase más allá... ¡quién sabe dónde iríamos á parar! Sin contar con que podríamos vernos atacados por las chalupas, mientras que siguiendo así, la corriente perderá su fuerza y podremos ir costeando.

—La corriente no es ya tan fuerte, caballero, me dijo Gray el marinero, que estaba colocado á popa; creo que podríais dejaros llevar de uno ó dos puntos.

—Gracias, muchacho, le respondí tranquilamente, pues cada uno de nosotros de por sí había determinado tratarle como amigo.

De repente el capitán, que iba vuelto hacia el *schooner*, remando hacia la costa, pareció conmovido con lo que veía.

—¡El cañón! dijo de repente con voz ligeramente alterada.

—Ya había pensado en ello, respondí, convencido de que pensaba en la posibilidad de que pudiesen bombardear el *blockhaus*; pero no tienen medio alguno para desembarcarle, y aun cuando lo tuvieran, no podrían jamás llevarlo á través de los bosques.

—Hablo de la pieza que va á proa, replicó el capitán.

Y en verdad que la habíamos olvidado por completo. Al volverme ví aquellos tunantes ocupados en quitarle su chaquetilla, como llamaban á la tela embreada que le cubría, y casi al mismo instante recordé que habíamos olvidado mojar la pólvora y las balas de aquella pieza de artillería, y que se encontraban en una santabárbara especial, pero cuya puerta podían derribar con un hachazo.

—Israel ha sido artillero cuando navegaba con Flint, dijo Gray con voz ronca.

Aun á riesgo de un siniestro, dirigí el bote hacia el desembarcadero que yo conocía; pero felizmente estábamos ya lo suficientemente separados del centro de la corriente para tomar esta dirección.

No obstante, como ahora presentábamos el flanco, y no la proa, á *La Hispaniola*, era más fácil echarnos á pique.

No solamente veía, sino que oía al tunante de Hands hacer rodar con el pie una bala sobre el puente.

—¿Quién es el que tiene aquí mejor puntería? preguntó el capitán.

—Mr. Trelawney, sin duda, respondí.

—Caballero, le dijo el capitán: ¿me haréis el obsequio de quitar de enmedio á ese miserable de Hands, ó á otro cualquiera?

Trelawney, tan tranquilo como si estuviese al acecho en el campo, examinó el fulminante de su arma.

—Atención, caballero, dijo el capitán, y que todo el mundo esté pronto para hacer contrapeso cuando salga el tiro.

Trelawney apuntó con su fusil, los remos permanecieron inmóviles, cada uno se inclinó para mantener el equilibrio, y todos los movimientos estuvieron tan bien coordinados, que no entró ni una gota de agua en el bote.

Mientras tanto los rebeldes habían hecho girar el cañón sobre su cureña.

Hands, que se encontraba al lado, era el más expuesto. Pero en el momento en que Trelawney hizo fuego, se bajó, y la bala pasó por encima de su cabeza, y fué á herir á uno de los otros cuatro marineros, que cayó al suelo.

El desgraciado lanzó un grito, al que respondieron, no solamente sus camaradas de á bordo, sino gran número de voces que partían de tierra.

Al dirigir la vista por este lado, vimos á los otros tunantes salir del bosque y precipitarse en las chalupas.

—¡Mirad las chalupas, capitán! exclamé.

—Dejadlas que se acerquen, respondió éste; malo es que arribemos al pantano; pero peor será si no tocamos tierra.

—Sólo una de las chalupas viene hacia nosotros, repliqué, y el resto de la tripulación corre hacia la playa para cortarnos la retirada.

—Ya les daremos que hacer, replicó el capitán... ¡no es á ellos á quienes temo, sino á las balas de cañón!... Un niño puede hacer buena puntería... Cuidado, Trelawney; cuando veáis bajar la mecha, daremos una parada de remo hacia atrás.

Continuábamos marchando con ligereza, á pesar del peso que llevábamos, sin

Biblioteca Nacional de España

Trelawney apuntó con su fusil.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

hacer demasiado agua, y sólo faltaban unas treinta ó cuarenta paradas de remos, y no tendríamos nada que temer, puesto que el pequeño promontorio de la costa nos ocultaría á sus miradas.

La marea baja, que nos había retardado tan terriblemente, nos servía para retardar á su vez la marcha de nuestros enemigos.

El único peligro que había era el del cañón.

—Si me atreviese, decía el capitán, daría la orden de parar y quitar del medio á otro de esos tunantes.

No había duda que nos iban á soltar un cañonazo.

Ninguno de ellos se ocupaba del herido, á quien se veía arrastrarse sobre la cubierta.

—¿Ya? gritó Trelawney.

—¡Adelante!... respondió el capitán como un eco.

Redruth y él lanzaron á un mismo tiempo los remos con un golpe tan fuerte, que la proa de nuestro bote se hundió en el agua. En el mismo instante sonó la detonación.

Este fué el primer disparo que oyó Jim.

¿Dónde fué á parar la bala? Nadie pudo decirlo; pero yo creo que pasó por encima de nuestras cabezas, y que la corriente de aire producida por su paso, contribuyó á nuestro desastre.

Sea lo que sea, el hecho es que el bote se hundió tranquilamente por la proa, dejándonos al capitán y á mí en pie, uno enfrente de otro.

En cuanto á nuestros compañeros, fueron completamente sumergidos, y reaparecieron soplando como focas.

Hasta entonces no había gran mal, puesto que ninguno estaba herido, y sólo teníamos que dar unos pasos para llegar á la playa; pero nuestras provisiones se habían mojado, y para colmo de desdicha le había pasado lo mismo á tres fusiles, de los cinco que llevábamos.

Yo había instintivamente elevado el mío por encima de mi cabeza, y el capitán había hecho lo mismo.

Para colmo de desgracia, oímos las voces de los rebeldes á través de los bosques que rodeaban la costa.

No solamente estábamos amenazados de vernos copados antes de llegar al *blockhaus*, sino que temíamos que Hunter y Joyce no pudieran mantenerse allí, pues aunque Hunter era fuerte y robusto, no le sucedía lo mismo á su compañero, que era más á propósito para limpiar las ropas de su amo que para empuñar un fusil.

Estas eran las reflexiones, mientras procurábamos ganar la playa, con el agua hasta las rodillas, abandonando el pobre bote con gran cantidad de víveres y municiones.

XVIII

CÓMO TERMINÓ EL PRIMER DÍA DE EXPEDICIÓN

(Continuación del relato del Doctor.)

Nos dirigíamos, pues, rápidamente hacia el *blockhaus*, oyendo cada vez más cerca la voz de aquellos miserables que se acercaban todo lo de prisa que les permitía el espeso bosque que tenían que atravesar.

Decididamente venían en son de guerra contra nosotros.

—Capitán, dije á Smollet: como Trelawney es el mejor tirador de entre todos nosotros, os ruego que le déis vuestro fusil, puesto que las municiones del suyo están mojadas.

Las armas se cambiaron, y Trelawney, siempre silencioso y tranquilo, se puso á examinar el arma que acababan de entregarle. Noté que Gray no estaba armado, y le dí mi puñal, ¡y con qué gusto se puso á blandir el arma!

A los pocos pasos llegamos á la linde del bosque, desembocando en la planicie donde se elevaba el *blockhaus*.

Cuando llegamos á la empalizada del lado Sur, se presentaron siete de los rebeldes, guiados por Job Andersen.

Detuviéronse sorprendidos ante nosotros, y antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que pasaba, partieron

Biblioteca Nacional de España

cuatro tiros, dos de nuestros servidores, los que estaban en el *blockhaus*, y los otros dos de Trelawney y mío, con tan buen acierto, que uno de los miserables cayó al suelo, y los otros huyeron, internándose en el bosque.

Después de haber cargado de nuevo nuestras armas, dimos la vuelta á la empalizada, para examinar al hombre que habíamos herido, el cual había caído muerto, atravesado el corazón por la bala.

Satisfechos del éxito, íbamos ya á retirarnos, cuando una detonación, que partía del bosque, hirió al pobre Redruth, que cayó á nuestros pies. Su amo y yo disparamos en la dirección de donde había partido el tiro; pero de seguro aquellas balas se perdieron entre los matorrales.

El capitán y Gray le habían ya levantado entre sus brazos; pero á primera vista comprendí que estaba perdido.

Le llevamos con el mayor cuidado al interior del *blockhaus*, sin que pronunciara ni una palabra. Alma noble y esforzada, había cumplido con su deber en el pasillo de los pañoles, obedeciendo ciegamente, y caía ahora herido de muerte, el primero entre nosotros.

Trelawney, de rodillas á su lado, lloraba como un niño, y cogiendo la mano de su anciano guardabosque, la besó.

—¿Me voy ya, doctor? preguntó el herido con voz débil.

—Váis al reposo eterno, bravo camarada, le respondí con la franqueza que reclamaba de mí.

—¡Qué lástima que no hubiera podido enviarles unas cuantas balas! murmuró con un suspiro.

—Decidme que me perdonáis, mi pobre Redruth, exclamó tristemente Trelawney.

—Eso sería faltaros al respeto, mi amo, protestó el viejo servidor...; pero puesto que lo deseáis... ¡*Amén*!...

Después de un momento de silencio, dijo que deseaba le leyesen alguna plegaria.

—Es la costumbre, caballero, añadió como para excusarse.

Luego expiró, sin haber pronunciado ninguna otra palabra más.

El capitán, cuyos bolsillos abultaban horriblemente, empezó á sacar de ellos todos los objetos que contenían: banderas inglesas, un rollo de cuerdas, un tintero, plumas, el libro de á bordo, paquetes de tabaco y otros pequeños objetos.

Luego, ayudado de Hunt, enderezó un tronco de un árbol que había caído al lado del *blockhaus*, y apoyándole contra éste, izó el pabellón inglés con sus propias manos.

Hecho esto, empezó á examinar las provisiones con la mayor tranquilidad, sin perder de vista la agonía del pobre Redruth, y en cuanto éste hubo lanzado el último suspiro, desplegó otra bandera y cubrió con ella respetuosamente el cadáver.

—No os aflijáis tanto, amigo, dijo á Trelawney, estrechándole la mano. Cuando un hombre muere cumpliendo con su obligación hacia el capitán y sus armadores, ¡no hay nada que decir!...

Y dirigiéndose á mí:

—¿Para qué época, señor doctor, esperáis el buque que ha de venir á socorrernos?

Le expliqué que era cuestión de meses, no de semanas ni de días, puesto que habíamos quedado convenidos con Blandly que, si no estábamos de vuelta para fin de Agosto, enviaría otro *schooner* á buscarnos; vos mismo, añadí, podéis hacer el cálculo, capitán.

—Pues bien, respondió éste, metiéndose los dedos entre sus enmarañados cabellos; sin desconfiar por esto de la Providencia, os digo, amigo mío, que estamos metidos en un mal paso...

—Es bien doloroso que hayamos perdido ese segundo cargamento, continuó el capitán, siguiendo su idea fija...; pues aunque de pólvora y balas tenemos suficientes, no es así de las raciones, que son pocas... muy pocas, doctor, y quizás no debamos sentir que haya una boca menos...

Y señalaba al pobre Redruth, cubierto con el pabellón.

En aquel mismo momento pasó silbando una bala por encima del *blockhaus*, y fué á perderse en los bosques.

—¡Hola, hola! dijo el capitán; esos tunantes se están divirtiendo, como si tuviesen mucha pólvora que desperdiciar...

Oyóse una segunda detonación, y cayendo la bala dentro del *blockhaus*, levantó una nube de polvo, aunque sin herir felizmente á nadie.

—Capitán, dijo Trelawney; el fuerte no

Biblioteca Nacional de España

se ve desde el mar; por consiguiente, debe ser vuestro pabellón el que les sirve de blanco; ¿no sería mejor bajarlo?

—¡Arriar el pabellón inglés! exclamó el capitán. No, caballero, yo no puedo hacer eso.

Y todos fuimos de su opinión, puesto que aquella bandera no era solamente un símbolo de honor y de deber, sino que servía también para demostrar á los revoltosos el poco caso que hacíamos de su bombardeo.

El fuego continuó toda la noche; las balas pasaban unas veces por encima de nuestras cabezas, otras veces al pie del *blockhaus*, y como tenían que apuntar tan alto, la bala había perdido su fuerza cuando caía, y se hundía apenas en la arena.

—Este tiroteo tiene la ventaja, hizo notar el capitán, de que habrá exterminado los parásitos de los bosques; y como la marea debe estar ahora baja, las provisiones de nuestro bote estarán al descubierto. ¿Quién quiere venir conmigo para recoger la carne de puerco salada?

Gray y Hunter fueron los primeros en ofrecerse, y armados hasta los dientes, atravesaron el bosque que nos separaba de la playa y llegaron al sitio donde había quedado el bote. Pero todo fué inútil. Los rebeldes habían tenido la misma idea que nosotros, y cuatro ó cinco, más audaces de lo que hubiéramos creído, ó protegidos por el cañón de Israel Hands, se disponían á recoger nuestras provisiones, que colocaban luego en una chalupa, que Juan Silver dirigía en persona.

Cada uno de aquellos hombres iba armado de un fusil, que habrían sacado, sin duda, de algún escondite, conocido tan sólo de ellos.

Mientras tanto, en el *blockhaus* el capitán escribía en su libro de á bordo lo siguiente:

«Alejandro Smollet, capitán del *schooner La Hispaniola*; David Livesey, médico; Abraham Gray, segundo carpintero; John Trelawney, propietario; Juan Hunter y Richard Joyce, criados del ídem y pasajeros. Los ya nombrados, únicos que han permanecido fieles á su deber, con provisiones para diez días escasos, han desembarcado hoy en la isla del Tesoro é izado el pabellón británico sobre el *blockhaus*. Tomás Redruth, guardabosque, pasajero, muerto de una bala de fusil por los rebeldes; Jim Hawkins, grumete...»

—Alguien nos llama, dijo Hunter, que hacía la centinela.

—Doctor... Mr. Trelawney... Capitán... ¿Estáis ahí?

Corrí á la puerta, y ví á Jim Hawkins, sano y salvo, que escalaba la empalizada del *blockhaus*.

XIX

LA GUARNICIÓN DEL «BLOCKHAUS»

(Jim continúa su interrumpida relación.)

Yo había visto, como ya he dicho, la bandera inglesa flotar en los aires por encima de los árboles del bosque, y apenas la vió también Ben Gunn, cuando poniéndome su mano sobre mi hombro, me dijo:

—Ahí están tus amigos, estoy seguro.

—¿No serán más bien los rebeldes? le respondí.

—¡Bah! exclamó: ¿cómo quieres que en una isla, adonde no vienen más que caballeros de fortuna, vaya Juan Silver á izar otra bandera que no sea una bandera negra? No; querido Jim, te repito que son tus amigos...; se habrán batido con los otros, y salido vencedores, yéndose á instalar al fuerte construído en otro tiempo por Flint. ¡Qué cabeza tenía el viejo pirata!... No tenía más amo que el ron, ni temía á nadie, á nadie quizás, más que á Juan Silver...

—Pues bien, sea lo que Dios quiera, exclamé; vamos allá...

—Yo no, camarada, replicó Ben Gunn; yo no... Tú eres un valiente, lo sé; pero después de todo no eres más que un niño... ¡y Ben Gunn no se mama el dedo!... Ni la promesa de un vaso de ron me haría ir... y no daré un paso mientras no vea al caballero de que me has hablado y me haya

Biblioteca Nacional de España

prometido lo que tú sabes... Pero, sobre todo, no olvides mis palabras.

«Necesita garantía (esto le has de decir), necesito garantías; y luego le pellizcarás así.»

Y por tercera vez me pellizcó el brazo con aire confidencial.

—Cuando se necesite á Ben Gunn, replicó, ya sabes dónde puedes encontrarle, amigo Jim: en el mismo sitio en que le has encontrado hoy, ¿eh? y el que venga á buscarme que traiga en la mano un trapo blanco y que venga solo... Ben Gunn tiene sus razones para obrar así.

—Si yo no comprendo mal, le dije, tenéis que proponer algo al doctor, ó á su amigo Trelawney, y deseáis que cualquiera de los dos vaya á veros al sitio en donde os encontré, ¿no es verdad?

—Olvidas la hora, replicó. Pues bien: entre la observación del medio día y el golpe de las seis.

—Muy bien; ¿puedo irme ya?

—No olvides nada, ¿eh? Garantías..., él tiene sus motivos..., motivos que él sólo conoce... Esto es lo principal; ¡no lo olvides!... Y si por casualidad encuentras á Juan Silver, no harás traición á Ben Gnnn, ¿no es verdad? ¡Ah! Si esos condenados piratas acampan en tierra, estamos frescos...

Un cañonazo le cortó la palabra, y la bala, silbando por encima de nuestras cabezas, fué á enterrarse á unos cien pasos del sitio donde nos encontrábamos.

Este fué el fin de la conferencia, y cada uno se fué por su lado.

Por espacio de una hora, las detonaciones se sucedieron sin interrupción. Cambiaba á cada instante de escondite, y, sin embargo, parecía que aquellos terribles proyectiles me perseguían por doquier.

Pero la verdad es que uno se acostumbra á todo.

Después de algún tiempo me dirigí, dando un rodeo, hacia el Este, y bajé con precaución por entre los árboles de la playa.

El sol acababa de ponerse; la brisa agitaba nuevamente la cima de los árboles, rizando la superficie de las olas. La marea, completamente baja, dejaba al descubierto un ancho espacio de arena. El viento había refrescado de tal suerte, que tiritaba de frío.

La Hispaniola continuaba anclada en el mismo sitio; pero en su tope ondeaba ya la bandera negra de los piratas. De repente oyóse una detonación, y una bala pasó silbando por los aires; era la última que disparaban en aquel día los miserables.

Permanecí escondido por algún tiempo, observando la agitación que sucedía al ataque. Sobre la playa había algunos hombres ocupados en destruir alguna cosa á fuerza de hachazos, que supe después era un bote.

A lo lejos, y cerca de la embocadura del río, brillaba un gran fuego entre los árboles. Entre este punto y el *schooner*, una chalupa iba y venía sin cesar, y aquellos hombres que había visto por la mañana tan sombríos y taciturnos, cantaban y reían ahora con alegría.

Evidentemente, el ron hacía el gasto.

Por fin me aventuré á aproximarme al *blockhaus*; mas observé que me había alejado bastante hacia la costa baja y arenosa que rodea el fondeadero al Este, y que reune á la marea baja la isla del Esqueleto.

Al volver á ponerme en marcha, noté á alguna distancia, entre las malezas, una roca blanca bastante elevada y de un aspecto extraño. Supuse al momento que aquélla debía ser la Roca Blanca, de la que me había hablado Ben Gunn y en donde éste tenía su canoa, que quizás pudiera servirnos el día de mañana.

Continué caminando por el linde del bosque, dando completamente la vuelta alrededor de la fortaleza, y tuve la dicha de ser cordialmente acogido por mis amigos.

En cuanto hube relatado lo que me había sucedido, me puse á examinar con interés todo lo que me rodeaba.

El *blockhaus* estaba construído con troncos de árboles, lo mismo el techo que las paredes y el piso.

Había un porche por encima de la puerta, y delante de este porche brotaba un manantial abundante, que iba á caer en un receptáculo de piedra, toscamente labrado.

En el edificio no se veía ni rastros de muebles, y sólo una gran chimenea de piedra y hierro, enmohecida.

Los flancos y los alrededores del montecillo habían suministrado los árboles con los que se había levantado la fortaleza, y aún se veían los troncos casi á flor de tierra; como resultado de esta amputación en

Biblioteca Nacional de España

masa, el suelo arenoso estaba cruzado de barrancos, formados por la acción de las lluvias, y sólo el lecho del arroyuelo formado por el manantial trazaba sobre la amarillenta arena una línea verde de musgo y de pequeñas plantas parásitas. No lejos de la empalizada se veían espesos bosques de pinos gigantescos por el interior de la isla, y de enanos verdes por el lado del mar.

La fría brisa de la noche, de que ya he hablado, penetraba por todas partes, cubriéndonos de una lluvia de arena fina. La chimenea se reducía á un agujero cuadrado, por donde se escapaba una débil porción del humo producido por un gran fuego de cocina; y como el resto permanecía en la habitación, nos hacía toser y llorar á un tiempo. Añádase á esto el cadáver del pobre Redruth, que yacía rígido é inmóvil esperando la inhumación, y se tendrá una idea del lúgubre aspecto que presentaba nuestra estancia.

La inacción nos hubiera conducido necesariamente á la más negra melancolía; pero el capitán Smollet no era hombre que nos abandonase en aquel trance, y empezó por dividirnos en dos secciones: el doctor, Gray y yo, en una; Trelawney, Hunter y Joyce en otra.

Después ordenó que, á despecho de la laxitud general, se enviasen dos hombres al bosque, y otros á cavar una sepultura para Redruth; al doctor se le designó como cocinero, y á mí me pusieron de centinela en la puerta.

En cuanto al capitán, iba y venía de uno á otro, animándonos y echando mano á todo cuando era necesario.

De cuando en cuando el doctor salía á la puerta á respirar el aire, pues el humo le ahogaba; siempre me decía alguna cosa.

—El capitán Smollet vale más que yo, me dijo una vez.

Y otra, mirándome en silencio, añadió:

—Vamos, sé franco, Jim: ese Ben Gunn, ¿es un hombre verdaderamente? me preguntó.

—No sé lo que queréis decir, caballero; pero no aseguraré que esté cuerdo por completo.

—¿Cómo quieres, replicó el doctor, que un hombre que ha pasado tres años en una isla desierta, pueda estar tan en su juicio como tú y como yo? Esto es imposible. ¿No me has dicho que tiene muchas ganas de comer queso?

—Sí, señor; es su más ardiente deseo.

—Pues bien, Jim; ya verás cómo es bueno pensar en todo. Tengo la costumbre de llevar siempre en campaña, metido en mi tabaquera, un pedazo de queso de Parma, queso italiano sumamente alimenticio, encerrado en pequeño volumen... Mi queso será para Ben Gunn.

Antes de cenar determinamos enterrar al pobre y desgraciado Tom. Después de haberlo depositado en la fosa, cubrimos ésta de arena y permanecimos algunos instantes con la cabeza descubierta alrededor de su tumba.

Nos ocupamos en seguida en recoger la leña seca de los alrededores de la empalizada; pero el capitán, al verla, nos dijo:

—Esto es poca cosa; será necesario ocuparse mañana en aumentarla.

Terminada la cena, los tres jefes se reunieron en consejo.

Lo que más les inquietaba era la falta de provisiones para sostener un largo sitio, y resolvieron, en consecuencia, exterminar cuantos hombres pudieran, para que los rebeldes tuvieran que tomar la resolución de huir en *La Hispaniola*.

De los diecinueve bandidos, sólo quedaban ya quince, y se determinó disminuir su número, como ya he dicho, sin exponernos por nuestro lado. Además, contábamos con dos poderosos aliados, que eran el ron y el clima.

Respecto al primero, empezaba á hacer efecto, pues aunque aquellos hombres se hallaban á media milla de distancia, les oíamos cantar y reir hasta altas horas de la noche.

Y respecto del segundo, el doctor afirmó que las emanaciones pútridas de los pantanos donde estaban acampados les producirían calenturas palúdicas, que los llevarían á la tumba en poco tiempo.

—Cuando se persuadan de ese grave inconveniente, determinarán embarcarse en el *schooner* é ir á cruzar los mares como piratas.

—¡Será el primer buque que yo haya perdido! dijo lacónicamente el capitán.

Aunque muerto de fatiga por tantos acontecimientos, tardé mucho tiempo en dormirme, y cuando me desperté todo el

Biblioteca Nacional de España

mundo estaba en pie, se habían desayunado y aumentado considerablemente la provisión de leña.

Al despertarme oí que decían:

—¡Una bandera blanca!

Y con el acento de la mayor sorpresa que añadían:

—¡Es Silver en persona!

Dí un brinco, y corrí á asomarme á una de las troneras.

XX

LA EMBAJADA DE JUAN SILVER

Enfrente del *blockhaus* ví dos hombres; uno de ellos agitaba en el aire un pañuelo blanco; el otro era Silver en persona, tranquilo como siempre.

Era todavía muy temprano, y hacía un frío de mil diablos. El cielo estaba puro y sin nubes, y el sol Levante empezaba á dorar la cima de los árboles; pero al pie del montecillo donde se hallaba Juan Silver y su compañero, permanecía aun sumergido en la sombra y como envuelto en loa vapores que exhalaban los pantanos.

Aquel frío glacial y aquellos vapores pestilenciales no abonaban como bueno el clima de aquella isla, sino que, por el contrario, dejaban ver que era húmedo, malsano y peligroso.

—Que nadie se deje ver, ordenó el capitán, pues temo sea un ardid para atraernos fuera.

—¿Quién vive? replicó. ¡Alto!... ó hago fuego.

—Bandera de parlamento, respondió Silver.

El capitán se volvió á nosotros, y nos dijo:

—La sección del doctor al Norte, Jim al Este, Gray al Oeste, la otra sección cargará las armas... Atención, muchachos, y ¡ojo alerta!...

Luego, dirigiéndose á los rebeldes:

—¿Qué queréis con vuestra bandera de parlamento? les preguntó.

El compañero de Silver respondió:

—El capitán Silver desea ir á hablaros para arreglar las condiciones de una tregua.

—¿Capitán Silver?... No le conozco... ¿Quién es ese oficial? replicó el capitán.

Y añadió aparte:

—¡Pues no ha ascendido poco el tunante!

Juan Silver respondió:

—Soy yo, capitán, á quien estas pobres gentes han elegido por jefe después de vuestra *deserción*, caballero, y estamos prontos á someternos si las condiciones que nos imponéis son admisibles. Lo que pido en primer lugar es que me déis vuestra palabra, capitán Smollet, de dejarme salir del fuerte sano y salvo y concederme dos minutos para alejarme antes de empezar las hostilidades.

—Amigo, yo no soy el que desea hablaros, replicó el capitán; por lo tanto, si tenéis algo que decirme, es asunto vuestro, y podéis venir si queréis. En cuanto á traición, será de vuestra parte, y os arrepentiréis de ella, os lo juro.

—No necesito más, exclamó alegremente Silver; una palabra vuestra me basta, y me vanaglorío de conocer á la gente de honor.

El hombre que le acompañaba intentó detener á Silver al oir la respuesta del capitán; pero Silver le tranquilizó, y avanzando hacia la empalizada arrojó para dentro su muleta, y apoyándose en los puños franqueó el obstáculo con un vigor y una agilidad sorprendentes.

A tal punto me interesaba lo que estaba pasando, que, olvidando mis deberes de centinela, abandoné la tronera y me adelanté silenciosamente hasta llegar detrás del capitán, que estaba sentado en el suelo con la barba en la mano, los ojos fijos sobre el manantial y tarareando una canción popular.

Silver tardó algún tiempo en escalar el flanco del montecillo, por la pendiente que presentaba y por los troncos de árboles de que el suelo estaba sembrado; pero continuaba en silencio su obra, y acabó por

Biblioteca Nacional de España

Los dos plenipotenciarios fumaron en silencio.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

llegar cerca del capitán, á quien saludó lo más cortésmente del mundo.

—¿Ya estáis aquí, amigo? dijo el capitán; sentáos, puesto que venís fatigado.

—¿No queréis que éntre, capitán? le dijo: aquí fuera hace mucho frío para sentarse en la arena.

—Silver, respondió el capitán; vuestra es la culpa si no estáis ahora sentado y bien abrigado al lado de los hornillos... Si sois el cocinero de mi buque, os concedo una libertad que no debiera, permitiéndoos sentaros en mi presencia...; pero si sois el capitán Silver, rebelde y pirata, ya sabéis que no merecéis más que la horca.

—No hablemos más de ello, capitán, replicó Silver sentándose en el suelo; pero será necesario que me ayuden á levantarme, y se acabó... Pero ¡qué bien estáis aquí!... ¡Ah! ¡Hola... Jim!... Doctor, os presento mis respetos... veo con placer que estáis como en vuestra propia casa.

—Si tenéis algo importante que decirnos, al asunto, dijo el capitán.

—Es muy justo, capitán; el deber ante todo... Pues bien, confieso que habéis tenido una gran idea, capitán, y que algunos de los míos ha tenido que sufrir sus consecuencias... y quizás sea esa la razón que me trae aquí á parlamentar...; pero os aseguro, capitán, que no sucederá dos veces... ¿Creíais que todos estábamos peneques?... ¡Ni por pienso!... mi cabeza estaba fuerte... y poco faltó para que cogiera á vuestro hombre con las manos en la masa... Pues os aseguro que mi hombre no había muerto, aun cuando llegué á su lado... no en verdad...

El capitán, aunque no entendía ni una palabra de lo que oía, permanecía indiferente.

—¿Y qué más? preguntó tranquilamente.

Yo empezaba á comprender, pues recordaba las palabras de Ben Gunn, y suponía al mismo tiempo que éste habría hecho á los piratas alguna visita nocturna y matado á alguno de ellos, cuando estaban bebiendo ron alrededor del fuego.

—Vamos á lo principal, replicó Silver; nosotros queremos el tesoro y lo tendremos: esta es la cuestión; y en cuanto á vosotros, os contentaréis con que os concedamos la vida, y para esto voy á poner una condición indispensable. ¿No es verdad, capitán, que obra en vuestro poder cierto mapa?...

—Es posible.

—Vamos, vamos, ya sé que lo tenéis... ¿Por qué no lo confesáis tácitamente?... Pues bien; yo necesito ese mapa... Por lo demás, ya sabéis que nunca os he querido mal...

—¿Conque lo creéis así?... ¡Bueno! En cuanto á vuestros proyectos, ya sabemos á qué atenernos; pero nos reímos de ellos, puesto que es imposible que los llevéis á cabo.

Y el capitán le miró tranquilamente, cargando su pipa.

—¡Si váis á creer todo lo que os diga Gray!... exclamó Silver.

—Gray no me ha dicho nada, ni nada le he preguntado, ni nada le preguntaré; pero os repito que sé á qué atenerme.

Estas palabras, dichas con duro acento, parecieron tranquilizar algo á Silver, que añadió con tono más insinuante:

—¡Sea!... No quiero mezclarme en esos asuntos, capitán... pero puesto que váis á fumar en pipa, os ruego que me permitáis haga otro tanto.

Y cargó y encendió su pipa.

Durante algunos minutos los dos plenipotencias fumaron en silencio, mirándose de soslayo y escupiendo de cuando en cuando.

Representaban una verdadera comedia.

—Pues bien, repuso Silver; en primer lugar, me entregaréis el mapa y os obligaréis también á no matarme ya más hombres, y yo por mi parte os daré á escoger, ó bien que volváis á bordo con nosotros una vez embarcado el tesoro, y os doy mi palabra de honor, y hasta por escrito, si lo deseáis, de desembarcaros sano y salvo en donde queráis, ó, si esto no os acomoda, pues no puedo en absoluto responder de mis hombres, que os guardan rencor, os quedáis aquí, repartimos por partes iguales las provisiones, y os doy mi palabra de honor, también por escrito, de enviaros á buscar por el primer barco que encuentre en mi camino... Esto se llama hablar... ¡eh!... ¡El diablo me lleve si podíais ni soñar siquiera con semejantes condiciones!... Y supongo, añadió elevando la voz, que todos los que están en el *blockhaus* me oyen, pues hablo para todos.

El capitán se levantó, y sacudiendo las

Biblioteca Nacional de España

cenizas de su pipa con la mano izquierda, añadió:

—¿Lo habéis dicho ya todo?

—Todo, respondió Silver; y si rehusáis esas condiciones, no esperéis de nosotros más que la guerra.

—Muy bien, dijo el capitán; escuchadme, pues, á vuestra vez. Si queréis venir aquí sin armas uno después de otro, me comprometo á poneros los grilletes, meteros en la cala de mi buque y llevaros así á Inglaterra para entregaros á los tribunales marítimos; si no queréis, tan cierto como me llamo Alejandro Smollet, y que el pabellón británico flota sobre nuestras cabezas, os llevarán los demonios... no encontraréis el tesoro, y como sois incapaces de dirigir el buque, ni siquiera sabéis batiros, vuestros proyectos se verán reducidos á la nada. Soy yo, vuestro capitán, quien os lo dice... y añado que esta es la última advertencia que os hago... y que os enviaré lindamente una bala á la cabeza si vuelvo á veros... ¡Y ahora, largo... y desembaracemos el puente!...

El rostro de Silver estaba lívido, y sus ojos parecían quererse salir de sus órbitas. Sacudió el fuego de su pipa y gritó:

—¡Ayudadme á levantarme de aquí!...

—No seré yo, dijo el capitán.

—¿Quién me da la mano para levantarme? añadió el cocinero.

Ninguno de nosotros se movió.

Profiriendo las más repugnantes blasfemias se arrastró sobre la arena hasta que llegó al porche, consiguiendo ponerse en pie con el auxilio de su muleta, y escupiendo en el arroyo, gritó:

—¡Antes de una hora no quedará en pie ni una piedra de vuestro *blockhaus*! ¡Oh! No os riáis, pues os juro que los que mueran serán los que menos lástima inspiren.

Y se alejó dando traspiés por la arena. Después de cuatro ó cinco esfuerzos infructuosos para franquear la empalizada, tuvo que llamar en su auxilio al compañero que llevaba la bandera parlamentaria, y ambos no tardaron en desaparecer entre los árboles.

XXI

EL ASALTO

Al entrar en el *blockhaus*, el capitán Smollet observó que ninguno de nosotros estaba en su puesto, excepto Gray, y su cólera fué terrible. Jamás le habíamos visto en aquel estado.

—¡Cada uno á su puesto! gritó con voz de trueno. Gray, añadió, os pondré en la orden del día en el libro de á bordo, por haber cumplido con vuestro deber... Milord Trelawney, ¡es posible!... y vos doctor, ¡decís haber llevado el uniforme! Si os habéis portado así en Fontenoy, mejor hubiera sido permanecer en vuestra casa.

Hubo un gran silencio.

Luego el capitán repuso con acento más suave:

—Hijos míos, he lanzado mi andanada en las obras muertas de Silver, tirando con bala rasa ex profeso... pero dentro de una hora, á más tardar, vendrán al abordaje... Nosotros somos inferiores en número, ya lo sabéis; pero combatimos bajo techado, y hace un momento hubiera añadido, y contamos con la disciplina... pero en fin, de todos modos en nosotros está el batirlos y dispersarlos.

Dió vuelta á la casamata, se aseguró que todo estaba en regla, cada uno en su puesto y con las armas cargadas.

A los dos extremos del edificio, Este y Oeste, no había más que dos troneras, otras dos por el lado del Sur y cinco por el del Norte. Teníamos unos veinte mosquetes.

La leña se había apiñado en cuatro pilas, una de éstas en cada uno de los cuatro costados del edificio, y sobre éstas los dos fusiles cargados y las municiones al alcance de los siete defensores.

—Apagad el fuego, dijo el capitán; ya no hace frío, y el humo molesta los ojos.

Sus órdenes fueron ejecutadas.

Biblioteca Nacional de España

—Jim no ha almorzado todavía, añadió el capitán. Jim, tomad un bocado y á vuestro puesto: vamos, muchachos, es preciso doblar la ración, que bien la váis á necesitar... ¡Hunter, un vaso de aguardiente para cada uno!...

Mientras que bebía el capitán, acabó de formular el plan de defensa.

—Doctor, os encargaréis de la puerta, le dijo: mucho ojo, pero sin exponeros, y tirad siempre á través del porche; Hunter irá al Este, y Joyce al Oeste... Mr. Trelawney, vos sois el mejor tirador; vos y Gray ocuparéis el costado Norte con sus cinco troneras, pues allí está el peligro... Jim, ni vos ni yo servimos para hacer buena puntería, y por lo tanto nos ocuparemos en volver á cargar las armas y prestar ayuda á quien la necesite...

Como había dicho muy bien el capitán, el frío iba disminuyendo, y apenas hubo salido el sol, empezó á iluminar con sus rayos las copas de los árboles, inundando luego la planicie y evaporando la neblina. La arena no tardó en estar abrasando, y la resina empezó á derretirse en los troncos de los árboles del *blockhaus*.

Nos quitamos los trajes, y en mangas de camisa y con éstas remangadas hasta el codo esperamos con la mayor impaciencia el ataque.

Pasó una hora.

—¡El diablo se los lleve! dijo capitán; esto es tan fastidioso como una calma chicha en el mar.

Casi en el mismo instante notóse el primer síntoma del asalto.

—¿Me haréis el favor de decirme, caballero, preguntó Joyce con su política habitual, si puedo tirar cuando vea alguno?

—¡Ya lo creo! replicó el capitán.

—Gracias, caballero, respondió con inalterable política.

Aquello fué un aviso, y todos nos colocamos en nuestros puestos con el ojo alerta y el fusil en la mano. El capitán permanecía en pie en medio de la sala, con los labios apretados y las cejas fruncidas.

Así pasaron algunos segundos; mas de repente Joyce bajó el gatillo de su arma y disparó. Apenas salió el tiro, fué contestado por una descarga, partiendo de todos los costados del recinto. Muchas de estas balas rebotaron en el *blockhaus*, pero ninguna de ellas penetró en el interior. Cuando se hubo disipado el humo, vimos que todo había vuelto á tomar su aspecto tranquilo y solitario. No se agitaba ni una rama de los árboles ni se veía brillar por ningún lado el acero de las armas, revelando la presencia del enemigo.

—¿Habéis acertado á vuestro hombre? preguntó el capitán.

—No lo creo, caballero, respondió Joyce.

—¡Este al menos dice la verdad!... murmuró el capitán. Vuelve á cargar tu fusil, Jim... ¿Cuántos son por vuestro lado, doctor?

—No puedo decirlo exactamente, respondió el doctor; por aquí han tirado tres tiros, dos á la vez y otro al Oeste.

—Tres, repitió el capitán: ¿y por vuestro lado, Mr. Trelawney?

—Por aquí ya era otra cosa; habían venido siete, según éste, ocho ó nueve, según Gray.

Del Este y del Oeste no habían tirado más que un solo tiro, por lo tanto era probable que el ataque sería por el Norte, y que por los otros lados no querían más que distraer nuestra atención. Pero esto no cambió en nada el plan del capitán.

—Si los rebeldes consiguen transponer la empalizada, decía el capitán, tomarán la primera tronera que encuentren sin gente, y nos matarán como chinches.

De repente una banda de piratas se lanzó fuera del buque por el lado del Norte, y corrió derecha á la empalizada. En el mismo instante empezó de nuevo el fuego sobre nosotros por todas partes, y una bala, viniendo por el porche, hizo saltar en mil pedazos el fusil del doctor.

Los rebeldes se habían lanzado como monos al asalto de la empalizada.

Trelawney y Gray tiraron cada uno por dos veces; tres hombres cayeron, uno con la cabeza hacia adentro, los otros dos fuera de la empalizada; pero uno de éstos se volvió á levantar al momento y echó á correr hacia el bosque.

Otros cuatro de los sitiadores consiguieron franquear la empalizada, y los restantes empezaron un nutrido fuego de fusilería contra el *blockhaus*.

Los cuatro que habían saltado dentro del cercado se lanzaron sin perder un instante hacia nosotros, lanzando gritos salvajes, que repetían los que habían quedado en el bosque para animarlos.

Biblioteca Nacional de España

Por nuestra parte no descansábamos; pero disparábamos con tal precipitación, que ningún tiro daba en el blanco.

En un instante los cuatro sitiadores habían escalado el montecillo y se echaban encima de nostros.

El primero que asomó su rostro sobre el agujero de enmedio fué Job Andersen.

—¡Al asalto, al asalto! gritó con voz de trueno.

En aquel momento uno de los bandidos cogió el fusil de Hunter por la culata, y le asestó con ella tan tremendo golpe en medio del pecho, que cayó al suelo privado de conocimiento. Otro de ellos, puñal en mano, caía sobre el doctor.

La posición había cambiado por completo: hacía un momento que tirábamos á cubierto sobre un enemigo al aire libre, ahora se habían trocado los papeles; pero felizmente el denso humo que nos rodeaba nos ponía, en parte, á cubierto de sus tiros; no se oían más que gritos confusos, disparos, gemidos de dolor, y luego la voz del capitán que decía:

—¡Fuera, hijos míos!... ¡Fuera todo el mundo!...

Yo cogí una faca de encima de la pila, y otro que la cogió al mismo tiempo que yo me hizo un rasguño en los dedos, pero ni siquiera me fijé en ello, pues tenía prisa para lanzarme fuera del fortín y salir al aire libre. En esto ví al doctor que perseguía á su agresor hasta el pie del montecillo, y que le metía una bala en la cabeza.

—¡Permaneced alrededor de la casa, hijos míos! gritaba el capitán.

Y aun en medio de aquel tumulto noté un cambio en la voz del capitán.

Obedecí maquinalmente, y me volví hacia el Este con mi puñal en la mano, y en un rincón de la casa me encontré con Andersen, que lanzó un grito salvaje, blandiendo su arma; pero al mismo tiempo, y rápido como un rayo, dí un salto de costado, antes que tocase el arma á mi cuerpo, mas perdí el equilibrio y rodé cabeza abajo toda la pendiente; tuve tiempo de ver antes cómo los rebeldes se lanzaban sobre la empalizada para acabar de una vez. Uno de ellos, con un gorro colorado á la cabeza, saltaba la pared con la faca entre los dientes, y otro mostraba su ennegrecido rostro un poco más lejos.

En un instante la victoria se decidió por nosotros.

Gray acababa de derribar á Andersen, antes de que el gigante hubiese tenido tiempo de volver á levantar el brazo, después de haber errado el golpe.

Otro de los rebeldes, herido de una bala en el momento que acababa de dispararnos un pistoletazo por una de las troneras, expiraba con el arma humeante aún en sus manos. El doctor había dado cuenta del tercero. En cuanto al último que quedaba dentro del recinto, juzgó á propósito ábandonar la empresa, dejando su puñal sobre el campo de batalla.

—¡Tirad, tirad, muchachos! gritó el doctor, y ponéos á cubierto al mismo tiempo.

Pero su orden no fué obedecida. El cuarto rebelde pudo volver á saltar de nuevo la empalizada y huir á los bosques con los demás.

Un instante después no quedaban más que los rebeldes muertos en el asalto.

El humo empezaba á disiparse, y vimos entonces cuán cara nos costaba aquella victoria.

Hunter permanecía privado de conocimiento en el suelo al lado de la tronera; Joyce yacía delante de la suya herido de una bala en la cabeza, y respirando apenas: en medio de la sala Trelawney sostenía al capitán, cubierto el rostro de mortal palidez.

—El capitán está herido, dijo Trelawney.

—¿Se han ido ya? preguntó Smollet.

—Los que han podido, respondió el doctor; pero quedan aquí cinco.

—¡Cinco! exclamó el capitán; todo va bien: ya no somos más que cuatro contra nueve, que es mejor que ser siete contra diecinueve como ayer... (1).

(1) No tardaron los rebeldes en verse reducidos á ocho solamente, pues el hombre herido por Trelawney á bordo del *schooner* murió aquella misma noche; pero no lo supimos hasta más adelante.

Biblioteca Nacional de España

Jim perdió el equilibrio y rodó cabeza abajo toda la pendiente.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XXII

CÓMO VOLVÍ AL MAR

Los rebeldes no volvieron á aparecer ni dieron señal alguna de vida; ya tenían que rascar, según la frase del capitán Smollet.

Tuvimos, pues, tiempo de curar á los heridos y de preparar la comida. Trelawney y yo fuimos los encargados de estos quehaceres; y como los heridos exhalaban gemidos dolorosos cuando el doctor examinaba las heridas, preferimos salirnos fuera á hacer la cura, á pesar del peligro que corríamos.

De los ocho hombres fuera de combate sólo respiraban todavía el capitán Smollet, Hunter y el pirata herido en la tronera, que expiró al reconocerle el doctor. Hunter no volvió en sí en toda la noche, á pesar de los prolijos cuidados que se le prodigaron, y exhaló el último suspiro sin haber pronunciado ni una palabra.

En cuanto al capitán, auque peligrosamente herido, no lo estaba, á Dios gracias, mortalmente, puesto que no tenía interesado ningún órgano esencial de la vida; una bala le había penetrado en el omoplato, y otra le había atravesado la pantorrilla.

El doctor afirmaba que podría salvarse; pero añadía que le era necesario el reposo más absoluto.

En cuanto á mí, sólo saqué una larga cortadura encima de los dedos, pero sin profundidad, sobre la cual aplicó el doctor una tira de tafetán engomado, dándome un tironcillo de orejas.

Después de comer, tuvieron consejo con él Trelawney y el capitán, y la deliberación fué larga, después de la cual el doctor cogió su sombrero, sus pistolas, metió el mapa en el bolsillo, y con el fusil á la espalda, bajó hasta la empalizada, la escaló con presteza y partió aceleradamente.

Yo estaba sentado con Gray en un extremo de la sala; y en cuanto vió salir al doctor, exclamó sorprendido:

—¡El diablo me lleve si el doctor no está loco!

—No temáis, le respondí: el doctor no es hombre que pierde con facilidad la cabeza.

—Pues entonces soy yo, camarada, quien la ha perdido, añadió Gray, pues no entiendo lo que eso quiere decir.

—¡Bah! repliqué, él lleva una idea... Quizás va á buscar á Ben Gunn.

Acerté de medio á medio, como me lo demostraron después los acontecimientos.

Mientras tanto no sé cómo se me ocurrió una idea singular: la de ir á dar un paseo por el bosque á la sombra de los árboles, oyendo el gorjeo de los pájaros y aspirando los aromas que se desprendían de los pinos, proyecto que maduraba en mi mente mientras baldeaba el piso de la sala, y que acabó por apoderarse de mi voluntad, dominándola.

En un momento en que me encontraba al lado de un saco de galleta, y observando que nadie se ocupaba de mí, me llené los bolsillos de aquella galleta y me preparé á la escapatoria soñada.

Seguramente que aquella empresa era de las más temerarias, á pesar de las precauciones que estaba decidido á adoptar, y calculé que aquellas provisiones que me llevaba me impedirían morirme de hambre por lo menos en veinticuatro horas.

Me apoderé también de un par de pistolas, que oculté debajo de mi chaqueta, de mi provisión de pólvora y de mi saquillo de balas.

Mi plan era el siguiente: se trataba de descender hacia el banco de arena que separaba el fondeadero de la pleamar al Este, de encontrar la Roca Blanca que ya había visto la víspera, y de asegurarme de si la piragua de que me había hablado Ben Gunn estaba aún allí oculta, ó no. Averiguarlo no era fácil, y como estaba seguro de que no me habían de dejar salir del *blockhaus*, resolví escaparme sin el consentimiento de nadie.

Esto era un hecho culpable; pero mis pocos años me impidieron resistir la tentación.

Biblioteca Nacional de España

Aprovechando el momento en que Trelawney y Gray estaban ocupados en vendar la herida del capitán, me deslicé cautelosamente hacia la empalizada, la franqueé y desaparecí en el bosque antes de que pudiera ser notada mi ausencia.

Mi segunda escapatoria era más imprudente aún que la primera, pues no dejaba más que dos hombres sanos para defender el fuerte, y, sin embargo, sirvió, no obstante, para nuestra salvación.

Me dirigí en línea recta hacia el costado oriental para evitar que me viesen los piratas, á pesar de que la tarde estaba ya muy avanzada; pero el sol no había desaparecido aún del horizonte y el calor era abrumador.

Mientras atravesaba el bosque oía el ruido lejano de las corrientes, y al mismo tiempo la agitación de las hojas y de las ramas más elevadas de los árboles me anunciaban que la brisa del mar era muy fuerte y fresca. El mar se extendía hasta el horizonte, y casi á mis pies venían á estrellarse las olas con estrépito, pues el oleaje era muy fuerte en toda la costa de la isla del Tesoro, y lo mismo de día que de noche se oía sin cesar el mugido de las olas, más ó menos debilitado por la distancia...

Seguí á lo largo de la costa, dirigiéndome hacia el Sur, y cuando creí haber avanzado ya lo suficiente, me dirigí con precaución hasta la línea más elevada de la lengua de tierra.

Detrás de mí estaba el mar, delante la bahía, que parecía tan tranquila como si fuese un lago de plomo, abrigada como estaba por la isla del Esqueleto, y reflejándose en aquel espejo *La Hispaniola*, inmóvil y con su bandera negra en el tope.

Una de las chalupas estaba amarrada á estribor, y en aquella chalupa se encontraba Silver. Dos hombres se inclinaban sobre los empalletados; encima de él, uno de ellos llevaba un gorro colorado, y era evidentemente el mismo tunante que había visto algunas horas antes transponiendo la empalizada. Parecían estar muy alegres; pero á la distancia de más de una milla que me separaba de ellos, no me era posible comprender lo que decían. De repente oí unos gritos horrorosos, que, aunque me asustaron al principio, comprendí en seguida que los proferia *el capitán Flint*, el loro de Silver, pues divisé á aquel pajarraco sobre el puño de su amo.

La chalupa se alejó, y no tardó en llegar al barco, adonde subieron aquellos dos hombres, penetrando por la escalera del salón.

Precisamente en aquel momento el sol desaparecía detrás del Catalejo; una niebla espesa se elevaba sobre el pantano; la noche se echaba encima.

No tenía tiempo que perder si quería encontrar aquella misma tarde la lancha de Ben Gunn.

La Roca Blanca, muy visible por encima de las malezas, se encontraba á unos trescientos pies hacia la extremidad de la punta, á la que tardé bastante en llegar arrastrándome para no ser visto y ocultándome á cada momento entre los arbustos, de suerte que era casi de noche cuando llegué allí.

Bajo la misma roca distinguí entonces una especie de nicho tapizado de hierba, resguardado por espesas malezas y formando como una choza con pieles de cabra, cual las que usan los bohemios errantes en Inglaterra.

Levanté con cuidado una de las pieles, y me encontré con la piragua de Ben Gunn.

Ésta era de madera fortísima, informe y rugosa, y forrada por dentro, así puede decirse, con pieles de cabra con el pelo hacia dentro, y tan pequeña, que apenas era suficiente para mí, no comprendiendo cómo un hombre podía servirse de ella; el banco para sentarse á remar era lo más bajo que se puede imaginar, y tenía un apoyo para los pies y un doble *pagai* indio, á guisa de propulsor.

Para dar una idea de lo que era aquella piragua, sólo diré que se parecía exactamente á las primitivas piraguas que construían los antiguos bretones, y cuya principal cualidad era su extremada ligereza.

Al verla se me ocurrió esta idea singular. ¿Por qué no había de ir, protegido por las sombras de la noche, en mi piragua, hasta *La Hispaniola*, para cortar sus amarras y dejar marchar al *schooner* para que embarrancase donde quisiese?... Estaba persuadido de que los rebeldes, después de su derrota, no podían pensar ya más que en levar anclas y zarpar; me agradaba mucho podérselo impedir y no me pa-

Biblioteca Nacional de España

recía, en verdad, muy difícil la empresa.

Me senté en el suelo para reflexionar y comerme una galleta mientras se hacía de noche, y ésta parecía que iba á favorecer mis proyectos, pues la niebla era cada vez más densa y la oscuridad no tardó en ser sumamente profunda.

Cuando me decidí á cargarme á hombros la canoa de Ben Gunn y dirigirme con ella á tientas hacia el mar, no se distinguían en la playa más que dos puntos visibles: la inmensa hoguera al borde del pantano, alrededor de la cual los piratas, vencidos, ahogaban en ron su humillación, y una lucecita pálida que atravesaba con dificultad la niebla, indicando la posición del buque anclado.

El *schooner* había gradualmente virado de bordo con la baja marea, hallándose su popa por mi lado; los únicos faroles encendidos á bordo eran los de la cámara, y lo que yo veía no era más que el reflejo, sobre la superficie de las olas, de la luz que salía por la ventana de popa.

La marea estaba tan baja, que tuve que andar mucho tiempo por la arena húmeda, metido hasta el tobillo; por fin penetré en el mar y puse mi piragua encima de las ondas, con la quilla hacia abajo.

XXIII

EN LA BAJA MAREA

La piragua de Ben Gunn, como pude apreciar despues, era muy superior á su aspecto, de una ligereza admirable y perfectamente adaptada á un navegante de mi estatura y de mi peso; pero era la embarcación más caprichosa y fantástica para dirigirla, pues tenía la tendencia de irse de costado, y en la maniobra en que estaba admirable era en girar sobre sí misma, y Ben Gunn decía que era difícil orientarse con ella cuando no se conocían sus costumbres.

Estas, en verdad, eran muy singulares.

Daba vueltas en todas direcciones, menos adonde yo quería dirigirme. La mayor parte de las veces, en lugar de ir avante, retrocedía, y en lugar de ir á estribor, se volvía á babor, y de seguro, sin la ayuda del reflujo, no hubiera podido nunca llegar al *schooner*. Felizmente la corriente me arrastró hacia allí, y manejando mi *pagai* á guisa de timón, era casi imposible que no pudiera acercarme á *La Hispaniola*.

Al principio la veía como un punto negro en la oscuridad que reinaba; poco después distinguí el casco y la arboladura, y por fin la corriente me llevó tan cerca, que la vi perfectamente, y pude, al pasar, trincarme á uno de sus costados y coger la amarra.

Éste estaba tan tirante como la cuerda de un arco, y hacía que *La Hispaniola* pudiera girar con facilidad sobre su ancla, aproándose al viento.

Las rompientes de las olas se estrellaban alrededor del casco. Un golpe dado con acierto en el cable con mi cuchillo, era lo suficiente para que *La Hispaniola* se fuese al largo con la marea.

Nada más sencillo en la apariencia; pero de repente me acordé que el cable, con la tensión que tenía, al ser roto por mi cuchillo, podría arrollarme y hacerme zozobrar. Había, sin duda, diez probabilidades contra una de que, tanto la piragua como yo, con la primera sacudida, voláramos por el aire si hubiera cometido la imprudencia de cortar la amarra de *La Hispaniola*.

Esta reflexión me detuvo, y si la suerte no llega á favorecerme de la manera que lo hizo, decididamente abandono mi proyecto.

La brisa saltó hacia el Sudoeste, mientras que yo había estado meditando lo que haría, y dando el viento contra la mura de *La Hispaniola*, la hizo retroceder contra la corriente.

Sentí un júbilo inmenso; el cable que tenía agarrado empezó á aflojarse y llegó á hundirse en el agua durante uno ó dos segundos.

Biblioteca Nacional de España

Me decidí; saqué mi faca, la abrí con los dientes y me puse á aserrar el cable hasta que no quedó más que uno de los ramales; después me detuve, esperando, para concluir de cortar, que el viento hiciera retroceder de nuevo al barco y que el cable volviera á perder su tensión.

Durante este tiempo oí voces en el salón; pero, á decir verdad, me ensimismé tanto en mi tarea, que no me inquietaron. Como ya no tenía que hacer, me puse á escuchar con atención; conocí que uno de los que hablaban era Hans, el segundo contramaestre, que había sido artillero con el capitán Flint, y la otra voz era la de nuestro camarada, el del gorro colorado.

Los dos estaban borrachos y seguían bebiendo, pues mientras yo me puse á escuchar siguieron su conversación con voz avinada, y abriendo una de las puertas de popa, tiraron al mar un objeto que me pareció ser una botella vacía.

No solamente estaban borrachos, sino furiosos; los juramentos y las injurias se sucedían sin cesar, y hubo momentos en que creí que iban á venir á las manos; se apaciguaban un momento, y entonces, las dos voces unidas, murmuraban sordas amenazas, hasta que una nueva crisis, más violenta, volvía á reproducir la pelea.

En tierra se veía el resplandor luminoso, entre los árboles, de la gran hoguera encendida por los piratas. Uno de ellos entonaba con voz monótona una balada de marinero, con un trémolo al final de cada copla que servía de estribillo.

En fin, volvió á soplar la brisa, retrocedió el *schooner*, sentí que el cable se aflojaba, y con mi faca corté las últimas fibras del ramal de la amarra que sujetaba el ancla.

El viento tenía poca acción sobre la piragua, así es que la marea la empujó contra *La Hispaniola*; pero al mismo tiempo el *schooner* viró lentamente hacia atrás, empujado por la acción de la corriente.

Púseme á remar con mi *pagai* con todas mis fuerzas para separarme y no ser aplastado por el buque; pero viendo que era imposible el apartar completamente la piragua, me eché á un lado y dejé que pasara aquella mole, logrando al poco tiempo que me adelantara, y me así á un cabo que colgaba de la mura de babor.

Vi que la cuerda resistía, con lo cual comprendí que estaba sólidamente amarrada, y entonces la curiosidad me venció y tuve deseos de ver por mis propios ojos lo que ocurría en el salón; me suspendí de la cuerda, y poco á poco fui ascendiendo sin peligro hasta la altura de la porta de popa, pudiendo ver perfectamente lo que sucedía dentro del salón.

En aquel momento el *schooner* y mi piragua se deslizaban con rapidez por la bahía, llegando casi al nivel del sitio donde seguía encendida la hoguera.

El *schooner* cabeceaba, como dicen los marineros, y las olas se rompían con estrépito contra su casco, formando una especie de hervidero.

Estaba admirado, y no me podía explicar cómo los individuos que guardaban el buque no habían dado la voz de alarma; pero pronto lo comprendí, cuando pude distinguir, apoyándome sobre las puntas de mis pies para poder ver sin dificultad, lo que ocurría en la cámara, no sin tener antes la precaución de no soltar la cuerda que me unía á mi pequeño esquife. Entonces pude ver que Hands y su compañero luchaban con gran fuerza y hacían por estrangularse mutuamente.

Me dejé caer encima del banco de la piragua, y lo hice tan á tiempo, que si tardo un minuto más, se me escapa la piragua. Durante algunos minutos quedé como desvanecido, fascinado con lo que había presenciado; la imagen violácea de aquellos dos hombres peleando, no se apartaba de mi imaginación. Poco á poco se fué desvaneciendo la visión; en la playa los marineros habían suspendido por un momento sus danzas, y todos reunidos alrededor de la hoguera entonaban su canción familiar:

Eran quince marineros
sobre el cofre del muerto;
quince lobos, quince marineros...

De repente la piragua dió un capuzón, lo que me hizo volver en mí, derivó y cambió de rumbo con una rapidez vertiginosa. Las olas, más pequeñas que antes, se rompían con un ruido parecido á una cascada, llenando el espacio, de unas á otras, de fosforescencias.

La Hispaniola parecía vacilar de la

Biblioteca Nacional de España

quilla á los topes, llevada siempre por la corriente hacia el Sur.

A pesar de la oscuridad, pude ver que no me equivocaba; la corriente nos había hecho perder la dirección y la hacía caminar, lo mismo que á mi piragua, hacia alta mar.

En aquellos momentos se oyeron gritos á bordo del *schooner*; llegó hasta mí el ruido de pasos precipitados, y comprendí que los dos borrachos, dando tregua á su pelea, veían claro el peligro en que se encontraban.

Yo me arrojé al fondo de mi esquife, esperando la muerte de un momento á otro; tanto el *schooner* como mi esquife, por la variación de la corriente, iban á estrellarse contra los arrecifes.

Cerré los ojos para esperar así la muerte; el esquife seguía su curso vertiginoso, y las olas y la espuma que formaban éstas al romperse, me tenían calado hasta los huesos; una especie de estupor se apoderó de todo mi ser, y permanecí sumido en un sueño profundo, mecido por las olas.

Soñé con mi madre y con nuestra pobre y querida posada de *El Almirante Benbow*.

XXIV

EL VIAJE DE LA PIRAGUA

Ya era bien de día cuando me desperté y me encontré en mi canoa, mecido por las olas, á la extremidad Sudoeste de la isla; el sol había ya salido y traspasado el horizonte; pero el monte el Catalejo me impedía distinguirlo. A un tiro de fusil se veía, hacia mi derecha, el cabo Trinquete, y un poco más lejos el cabo Mesana, con sus colinas negras, peladas, y sus promontorios de roca.

Mi primera idea fué empuñar mi *pagai* y servirme de él para volver á tierra; pero no tardé en desechar este pensamiento; delante de mí veía sólo rocas, y las olas, con siniestro furor, se rompían contra ellas, formando montes de espuma que, pulverizándose en el aire, caían con ruido en forma de pesada lluvia. El ruido que formaban me advirtió del peligro, y me veía precipitado sobre las rocas, despedazado ó haciendo inútiles esfuerzos para salvarme del furor de las olas.

Mi piragua unas veces parecía sumergirse en las profundidades y otras veces elevarse al cielo empujada por la violencia de las olas. Veía multitud de monstruos marinos reunidos en grupos de treinta y cuarenta, cuyos mugidos llegaban hasta mí; después supe que eran vacas marinas inofensivas; pero su aspecto y las dificultades que se me presentaron para poder llegar á la playa me quitaron el deseo de desembarcar por aquel lado; tal era mi terror, que prefería morir de hambre en alta mar á intentar el desembarco.

Tenía perfectamente grabado en mi imaginación el plano de la isla, y recordaba que el cabo Trinquete, donde la costa formaba un golfo en la baja mar, dejaba en seco una porción de tierra, formada por un banco de arena amarilla.

Más al Norte debía encontrarse otro Cabo, designado con el nombre de cabo del Bosque, por los grandes pinos que le cubrían y bajaban hasta cerca de la playa.

Como conocía bien todos estos detalles, sabía asimismo que desde el punto donde me encontraba había una corriente hasta el cabo del Bosque.

La mar era gruesa y tendida, pero, por fortuna, la brisa soplaba del Sur, de modo que no había lucha entre el viento y la corriente, y por esta parte las olas, si bien se elevaban á considerable altura, volvían á bajar sin formar rompiente; si no hubiera sido por eso, de seguro habría perecido.

Mi piragua flotaba, y como antes he dicho, unas veces me veía remontado hacia el cielo por gigantes olas, y otras parecía que iba á sepultarme en la profundidad de los abismos. Apenas me atrevía á mirar por encima de la obra muerta de mi esquife. Por fin me animé, y sentado pude

Biblioteca Nacional de España

ensayar á maniobrar con el *pagai*; pero el más ligero cambio de peso puede producir extrañas diferencias en la manera de ser de una piragua.

Apenas había modificado mi posición, cuando el esquife, abandonando su dulce balanceo, empezó á descender como una flecha sobre la pendiente líquida, volviéndose á levantar y á hundirse de nuevo en las olas sucesivas.

Aterrado y lleno de espanto me coloqué en seguida en mi primera actitud, y al momento la piragua volvió á recuperar su dulce balanceo entre las olas.

Imposible de poderla guiar. ¿Qué esperanza tenía de llegar á tierra?

Un nuevo espanto se apoderó de todo mi ser, y no obstante no perdí la cabeza; y teniendo cuidado de evitar todo movimiento brusco, empecé por vaciar el agua de la piragua con mi gorro, pensando cómo se arreglaba mi esquife para navegar tan tranquilamente con una mar tan gruesa.

Noté entonces que cada ola, en vez de ser una montaña lisa, como parece desde tierra ó desde el puente de un buque, es una verdadera montaña terrestre, con sus picos, sus planicies y sus valles. La piragua, abandonada á sí misma, enfilaba su camino, por decirlo así, evitando las pendientes rápidas, los picos y los precipicios.

—Es evidente, me dije, que tengo que permanecer acostado para que guarde la piragua el equilibrio; pero si puedo sacar fuera mi *pagai* y de cuando en cuando dar un golpe de remo con el mayor cuidado hacia tierra, estoy salvado.

En cuanto lo pensé lo puse en ejecución; me apoyé sobre un codo, y en una postura incomodísima dí dos ó tres golpes de remo hacia tierra con éxito satisfactorio, y cuando me aproximé al cabo de los Bosques, tenía ya ganados unos cien metros al Este; estaba cerca de la costa y veía la fresca y verde cima de los árboles balanceándose, agitados por la brisa.

Ya era tiempo, pues la sed empezó á torturarme.

El ardor de un sol abrasador secaba mi garganta, y la vista de aquellos árboles tan cerca de mí, me atraía irresistiblemente.

La corriente me llevó lejos de la punta del Cabo, y al desembarcar en la bahía próxima, distinguí un objeto que cambió bruscamente el curso de sus ideas.

Delante de mí, y á menos de una milla de distancia, veía á *La Hispaniola;* y como me dirigía hacia ella como una flecha, sin poderlo evitar, comprendía que sería destrozado; pero mi desesperación era tan grande y tal el ansia que tenía de apagar la sed, que no supe si alegrarme ó no con aquella perspectiva.

De repente noté que *La Hispaniola* llevaba su vela de mesana con dos foques hinchados por el viento y que se dirigía hacia el Nordeste, suponiendo yo que la tripulación querría dar la vuelta á la isla para volver al fondeadero; pero no era así, puesto que volvióse hacia el Oeste, y entonces supuse que me vió y quería darme caza. Por fin, se detuvo instantáneamente, permaneciendo indecisa, con sus velas caídas encima de los palos.

—¡Animales! pensé: ¡apuesto cualquier cosa á que están borrachos perdidos!...

Y pensé lo que hubiera hecho con ellos el rígido capitán Smollet.

El *schooner*, dando una vuelta alrededor de sí mismo, volvió á coger el viento, hinchándose de nuevo sus velas y bogando así dos ó tres minutos, hasta que volvió á pararse de nuevo como la primera vez. Yendo y viniendo de Norte á Sur, de Este á Oeste, comprendí que *La Hispaniola* errabá á la ventura, y que nadie manejaba el timón.

¿En dónde estaría la tripulación? O estaban todos borrachos, ó no había nadie á bordo.

—Si yo pudiera abordarle, me dije á mí mismo, quizás consiguiera llevárselo á su capitán.

La corriente arrastraba al *schooner* y á la piragua en la misma dirección; la marcha del primero, como ya he dicho, tenía intermitencias tales, que le impedían alejarse de mí, y si hubiera podido manejar mi *pagai*, tenía la seguridad de alcanzarle; pero temí en un principio las consecuencias de los movimientos que pudiera hacer para guiar mi piragua. Después de mil precauciones, conseguí remar un poco con mi *pagai*, dirigiendo mi embarcación hacia *La Hispaniola;* poco á poco fuí acercándome, á pesar de las olas que que cruzaban mi frágil barquichuelo, em-

Biblioteca Nacional de España

papándome los vestidos y llenando mis ojos de espuma, hasta que llegué á ver brillar el dorado del timón, y, á pesar de todo, no distinguía á nadie en el puente. ¿Habrían abandonado el buque, ó permanecían en las cámaras borrachos perdidos?

Esta idea me halagó, pues los podía encerrar, y conducir después el buque adonde yo quisiera.

Por espacio de mucho tiempo continuó en la peor posición para mí, inmóvil y con la proa vuelta hacia el Sur, y empezando á derivar, se volvió hacia el Oeste; sus velas se hincharon á medias y le llevaron derecho á impulso del viento: el resultado de todo esto fué que empezó á huir delante de mí cuando estaba á punto de alcanzarle.

Por fin creí llegado el tan deseado momento.

La brisa había caído hacía algunos instantes; la corriente hacía dar vueltas á *La Hispaniola* alrededor de sí misma, y me presentaba su popa con su borda abierta cuan grande era, y la lámpara encendida encima de la mesa, á pesar de ser de día. La vela mayor caía á lo largo del mástil como una bandera, y fuera del lento movimiento que le imprimía la corriente, el buque parecía anclado.

Redoblé los esfuerzos para alcanzarle, y apenas me separaban de él cien metros, cuando un soplo de viento hinchó sus velas y partió ligero como una golondrina.

Mi primer movimiento fué de desesperación, el segundo de alegría. *La Hispaniola* viró y me presentó su flanco; volvió á virar, y vino hacia mí franqueando la mitad, luego dos tercios, luego las tres cuartas partes de de la distancia que nos separaba; por fin iba ya á alcanzarme...

De repente medí la extensión del peligro, y apenas si tuve tiempo para escapar á él. Me hallaba en aquel momento sobre la cresta de una ola, cuando el *schooner* hundió su proa en la más próxima y su bauprés se colocó casi por encima de mi cabeza.

Me puse de pie y rechacé hacia atrás mi piragua, dándole un empuje con mis pies. Con una mano cogí el cordaje del botalón, mientras que mis piernas, colgando en el vacío, buscaron y encontraron por fin un apoyo en las barras del bauprés, y mientras permanecía agarrado á la proa, casi sin aliento, oí un golpe sordo que me hizo comprender que el *schooner* había echado á pique mi piragua.

Me encontraba en *La Hispaniola* sin retirada posible.

XXV

ARRÍO LA BANDERA NEGRA

Apenas conseguí encaramarme en el bauprés, cuando el gran foque se hinchó de viento, produciendo un golpe seco como el de una detonación, y nos arrastró hacia el Norte.

El *schooner* se estremeció hasta la quilla por efecto de la conmoción, pero un instante después las otras velas cogieron viento y el foque cayó, por lo que estuve á pique de ser precipitado en el mar.

Me apresuré, pues, á dejar aquella peligrosa posición, y arrastrándome por el bauprés, fuí á caer de cabeza contra el alcázar de proa.

El puente parecía desierto, y de seguro que nadie le había baldeado desde el día de la insurrección, pues estaba sucio hasta lo inverosímil.

De repente *La Hispaniola* llegó cara al viento, los foques crujieron ruidosamente detrás de mí, el timón batió contra la popa, el buque se estremeció y dió un chapuzón formidable; al mismo tiempo el botalón del ala de la vela mayor se volvió hacia adentro, la vela gimió sobre sus poleas, y me dejó ver la popa.

Entonces ví á los dos individuos que daban la guardia, uno de ellos, el del gorro colorado, acostado boca arriba, tieso é inmóvil, con los brazos extendidos en

Biblioteca Nacional de España

cruz, enseñaba todos sus dientes á través de sus labios, entreabiertos por una especie de gesto siniestro; el otro, Israel Hands, apoyado contra el empalletado, con la cabeza baja y los brazos pendientes á lo largo de su cuerpo, tenía la lívida palidez de un cadáver.

Por espacio de algunos minutos el *schooner* continuó saltando y corriendo de costado como un caballo vicioso, con las velas infladas por el viento, tan pronto á babor como á estribor, con el botalón yendo y viniendo, hasta que el palo mayor gimió con el esfuerzo, pues las olas eran más inclementes con aquel pesado buque, que tenía más resistencia, que con mi frágil é informe piragua, desaparecida para siempre.

A cada balance del *schooner*, el sujeto del gorro colorado se deslizaba de un lado á otro, y ni su actitud ni su horrible gesto enseñando los dientes, cambió en lo más mínimo con aquel movimiento.

Hands parecia replegarse sobre sí mismo á cada uno de aquellos movimientos, inclinándose hacia el puente, de suerte que su rostro iba gradualmente siendo invisible para mí, hasta el punto que no llegué á ver más que una oreja y el extremo de sus patillas. Todo el puente á su alrededor estaba lleno de manchas de sangre negruzcas, por lo que calculé que se hirieron los dos en medio del furor de su borrachera.

Mientras que yo veía aquel espantoso espectáculo, sobrevino un movimiento de calma, y como el *schooner* se detuvo, Israel Hands se volvió de lado, lanzó un sordo gemido, se incorporó y volvió á tomar la actitud en que yo le ví al principio.

Aquel gemido, que indicaba un sufrimiento y una fatiga mortal, me llegaron al corazón; pero al recordar la conversación que escuché desde el barril de manzanas, mi piedad se desvaneció.

Me dirigí, pues, hacia la popa, y deteniéndome junto al palo mayor:

—Ya estoy aquí de vuelta, Sr. Hands, le dije con ironía.

Volvió lentamente hacia mí sus ojos amortiguados, y sólo dijo esta palabra:

—¡Aguardiente!...

Comprendí que no tenía tiempo que perder, y lanzándome á la popa, descendí al salón de la cámara.

El desorden allí era completo; todos los cofres y cajones cerrados con llave, habían sido forzados, con objeto sin duda de buscar el mapa; el piso estaba lleno del lodo que trajeron con los zapatos aquellos tunantes después de su estancia en los pantanos. La ensambladura, dorada y pintada de blanco, conservaba huellas de manos sucias que se habían apoyado en ella en diferentes sitios. Infinidad de botellas vacías rodaban por el suelo, y la lámpara colgada del techo despedía una luz tenue sobre aquel desorden.

Bajé á la bodega, y ví que habían desaparecido todos los barriles con una infinidad de botellas; de seguro que todos los insurrectos estuvieron borrachos desde el principio de la sublevación. Después de mucho buscar, encontré una vasija con aguardiente para Hands, y para mí galleta, frutas conservadas, un racimo de pasas y un pedazo de queso. Subí en seguida á cubierta, coloqué mis provisiones cerca del timón y lejos del alcance de las manos del herido, y me dirigí hacia el tonel de agua para aplacar mi sed; luego me volví hacia Hands y le entregué la botella de aguardiente.

Apuró una cuarta parte lo menos sin respirar, y dijo:

—¡Diablo!... ¡Bien lo necesitaba!...

Yo me acurruqué en un rincón y empecé á comer.

—¿Estáis gravemente herido? le pregunté.

Dejó oir un gruñido, ó más bien un ronco ladrido.

—¡Bah! respondió, si el doctor estuviese aquí, pronto estaría curado; pero tengo mala suerte, esto es lo peor... En cuanto á ese maldito tiburón, dijo señalando al hombre del gorro colorado, está muerto, y bien muerto. Pero ¿de dónde diablos salís, Hawkins?

—Sr. Hands, le respondí, he venido á bordo para tomar posesión del buque, y hasta nueva orden tenéis que considerarme como á vuestro capitán.

Me arrojó una mirada sombría, pero no dijo nada. Sus mejillas no estaban ya tan pálidas, pero parecía aún muy débil, y cada vez que el *schooner* daba una sacudida, le hacía rodar por el puente como antes.

—A propósito, Sr. Hands; os declaro

Biblioteca Nacional de España

que no puedo consentir aquí esta bandera negra, y que, con vuestro permiso, voy á arriarla, pues más vale no tener ninguna, que ésta.

Y poniendo por obra lo que decía, arrié la bandera, la tiré al mar, y echando al aire mi gorro, grité con entusiasmo:

—¡Muera la bandera del capitán Silver!...

Hands me miró con aire irónico, con su cabeza siempre inclinada sobre el pecho.

—Me parece, capitán Hawkins, me parece que vuestra idea es volver á tierra, ¿no es cierto? ¿Queréis que hablemos un ratito?

—Con mucho gusto, Sr. Hands, le respondí; hablemos cuanto queráis.

Y me puse á comer con gran apetito.

—Este tunante y yo, replicó señalando al cadáver con un leve movimiento de cabeza, ese miserable irlandés que se llamó O'Brian, junto conmigo, queríamos llevar el barco al fondeadero; pero ahora está muerto y no sé quién se va á encargar de la maniobra, pues lo que es tú, chiquillo, como yo no te diga cómo lo has de hacer... En fin, mira lo que te propongo; tú me darás aguardiente y comida y un pañuelo de seda para vendar mi herida, y yo en pago te indicaré la manera de hacerlo. ¿Estamos?...

—Antes tengo que deciros una cosa, repliqué yo, y es que no quiero que volvamos al fondeadero del capitán Kid, sino que quiero penetrar en la pequeña rada del Norte y embarrancar allí tranquilamente el buque.

—¡Excelente idea! contestó. ¡Qué diablos, yo no soy tan malo como parezco, y sé confesarme vencido cuando es necesario! Tú aquí eres el amo... vaya por la pequeña rada del Norte... y aunque me dijeses que fuéramos al muelle de los Mercados, iría tan tranquilo.

Esto era hacer de necesidad virtud, y tomar las cosas por el mejor lado; de suerte que el tratado se concluyó al momento. En tres minutos, y con las indicaciones de Hands, dí dirección á *La Hispaniola* y bogamos tranquilamente á lo largo de la costa, viento en popa. Quería doblar la punta Norte antes del medio día, llegar á la rada antes de la marea alta y embarrancar el *schooner* con toda seguridad sobre una playa arenosa, esperando que la resaca le dejase en seco y poder nosotros saltar á tierra.

Cuando estuvo todo en regla, amarré la barra del timón con una cuerda y fuí á mi maleta por el pañuelo de seda que me dió mi madre al partir; se lo llevé al herido y le ayudé á vendarse la herida que tenía en el muslo; luego le dí la botella con el aguardiente y un poco de galleta. A poco se encontró más aliviado, se incorporó y se puso á hablar con voz más fuerte y entera.

La brisa nos favorecía por completo, haciendo deslizar el *schooner* sobre las olas como un pájaro; la costa huía á nuestra derecha y el paisaje se modificaba por momentos. No tardamos en costear una playa baja y arenosa, sembrada de pinos enanos, y luego la dejamos atrás para doblar la punta que termina la isla hacia el Norte.

La verdad es que yo estaba contento con mi nueva dignidad y el hermoso tiempo que disfrutábamos. Tenía agua en abundancia y comida á discreción. ¿Qué más podía ambicionar? Mi conciencia, atormentada en un principio con mi deserción, se calmó considerando la maravillosa conquista que había llevado á cabo, y mi dicha hubiera sido completa si los ojos del contramaestre, que me seguían por todas partes y su sonrisa irónica, no me hubieran alarmado.

Aquella sonrisa era una mezcla de sufrimiento y debilidad como la de un anciano enfermo, y al mismo tiempo de irónica perfidia cuando comprendía que yo no podía observarle, entregado á mi trabajo.

Biblioteca Nacional de España

XXVI

ISRAEL HANDS

La brisa, que parecía adivinar nuestros deseos, cambió al Oeste, y pudimos fácilmente doblar el cabo Nordeste de la isla, á la entrada de la bahía del Norte; pero una vez allí, y como no teníamos ancla alguna, y no se podía embarrancar el buque hasta que la marea estuviese muy alta, no podíamos hacer nada más que cruzarnos de brazos.

El contramaestre me dijo lo que tenía que hacer para estar al pairo, y después de dos ó tres ensayos infructuosos, conseguí mi deseo.

Tranquilos ya y desocupados, nos pusimos á comer de nuevo.

—Capitán, me dijo Hands; ¿por qué no arrojamos al mar al camarada O'Brian?... Yo no soy melindroso, pero maldito si me gusta tenerle siempre delante...

—Yo solo no puedo, le respondí estremeciéndome; dejadle donde está.

—¡Ah! exclamó. *La Hispaniola* es un buque maldito; ¡cuántos han muerto ya desde que nos embarcamos... en Bristol!... ¡Pobres gentes!... ¡Se me parte el corazón!...

Y permaneció algunos instantes como absorto en estas reflexiones; luego, levantando los ojos:

—¿Queréis hacerme un favor, Jim? replicó: ir al salón y traerme una botella de vino... pues este aguardiente es demasiado fuerte para mi pobre cabeza...

Esta petición fué formulada con un tono tan almibarado, que no parecía natural; y además, aquello de preferir el vino al aguardiente en un borracho como Hands, era de todo punto inverosímil. Evidentemente quería alejarme por algunos minutos con un pretexto cualquiera; pero ¿qué designio tenía? Imposible adivinarlo.

Tan pronto levantaba los ojos al cielo, como echaba una mirada sobre el cadáver de O'Brian, como sonreía con aire embarazado; de seguro meditaba alguna acción infame.

Accedí al punto á su petición, á pesar de las sospechas que se apoderaron de mi ánimo, y le dije:

—Con efecto: el vino os probará mejor que el aguardiente: ¿le queréis tinto, ó blanco?

—Lo mismo me da, camarada, replicó.

—Pues bien; voy á traeros una botella de Oporto, que creo os gustará.

En seguida salvé la escalera que daba al salón, haciendo el mayor ruido posible, y luégo, quitándome los zapatos, corrí á lo largo del pasillo de los pañoles hasta la escala de proa y me puse á mirar por la ventanilla.

Estaba seguro de que Hands no podía imaginarse verme por allí; pero todas las precauciones me parecían pocas.

Mis sospechas no tardaron en verse justificadas.

Hands se había incorporado, arrastrándose sobre las rodillas, á pesar del dolor que sufría en su pierna herida al hacer cualquier movimiento; pero, á pesar de todo, se arrastró así, cruzando la cubierta, y sacó de entre un rollo de cuerdas una larga faca, manchada de sangre hasta la empuñadura. La examinó con cuidado, probando su punta en uno de sus dedos, y luego, ocultándola nuevamente en su chaqueta, volvió á su sitio.

Ya sabía á qué atenerme.

Israel Hands podía moverse, tenía un arma, se había ocultado de mí para ir por ella; por consiguiente, aquélla me estaba destinada.

Veamos ahora cuál sería su proyecto: ¿contaría arrastrarse á través de la isla desde la bahía del Norte hasta el campamento de los rebeldes, ó tiraría un cañonazo para advertir á sus camaradas que fuesen á ayudarle?

Sólo un punto era claro y evidente. Nada tenía que temer de él mientras el *schooner* no estuviese en seguridad. Tanto uno como otro queríamos que *La Hispaniola* embarrancase en una playa muy resguardada, para que, llegado el mo-

Biblioteca Nacional de España

Me apoyé con todas mis fuerzas en la barra.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

mento, se la pudiera poner á flote; y mientras no se llevase á término este plan, yo le era necesario.

Mientras reflexionaba acerca de todo esto, busqué la botella, me puse los zapatos y volví á subir á la cubierta con la mayor ligereza.

Hands estaba medio acostado en el sitio en que yo le había dejado, con los ojos cerrados, como si la luz del día le ofendiese á causa de su malestar; pero al verme cogió la botella, la destapó con destreza, bebió casi la mitad de su contenido, diciendo:

—¡Porque se realicen mis deseos!...

Después permaneció silencioso algún tiempo, y sacando de su bolsillo un zurullo de tabaco, me rogó que le cortase un pedazo.

—Nada más que un pedacito, me dijo, porque no tengo aquí mi cuchillo ni fuerzas para nada. ¡Ah, Jim!... ¡Esto se concluye!... córtame un gran taco..., quizás sea el último...; me voy á hacer el gran viaje... sin remedio.

—Con mucho gusto, le dije; y cogiendo el pedazo que le alargaba, se lo metió en la boca y permaneció silencioso.

Después de un cuarto de hora me hizo notar que la marea era muy alta.

—Seguid mis instrucciones, capitán Hawkins, replicó con una sonrisa indefinible, y os garantizo que el *schooner* quedará en seguridad.

Teníamos apenas que recorrer dos millas, pero eran éstas de navegación difícil; en primer lugar, porque la entrada de aquel fondeadero era muy estrecha, puesto que se abría de Oeste á Este, y era, pues, preciso maniobrar con extraordinaria precisión para evitar cualquier accidente.

Salí airoso de mi empresa, guiado por las instrucciones de Hands, que parecía un gran piloto, pues la empresa se hallaba erizada de dificultades.

Apenas habíamos franqueado la entrada, cuando nos vimos rodeados de tierra por todas partes.

La bahía del Norte, cercada de rocas no muy elevadas, era mucho más larga y estrecha que las otras.

Enfrente de nosotros, y á la extremidad Sur, se veía el casco de un buque naufragado, una gran fragata, que yacía en aquel sitio quién sabe cuánto tiempo, pues estaba cubierta de algas marinas, y en la cubierta las malezas habían echado raíces.

Espectáculo melancólico, pero que demostraba al menos la seguridad que ofrecía el fondeadero.

—Vamos, dijo Hands; atención, pues este sitio es peligroso; si embarrancamos aquí en esta arena tan fina...

—Y si nos sucediera una desgracia, ¿qué haríamos para ponernos á flote de nuevo?

—¡Oh! nada... ó poca cosa...; si embarrancamos en la orilla derecha, cuando baja la marea se lleva una amarra á la otra orilla, siguiendo la costa; si no tiene uno chalupa ninguna, se pasa la amarra alrededor de un tronco de árbol, sujetándola bien; se la lleva de nuevo á bordo, se la ata al cabestrante y ya no hay más que hacer que esperar la subida de la marea. Cuando ésta llega, todo el mundo tira de la amarra y se concluyó, ya está hecho...; pero cesemos de charlar... este es el momento crítico... Barra á estribor... ¡fuerte!... á babor ahora... poco á poco... ¡ya!... ¡se acabó!...

Yo ejecutaba sus órdenes al pie de la letra, y sin tomarme apenas tiempo para respirar.

De repente gritó:

—Y ahora, muchacho, á la barra... ¡firme!...

Me apoyé con todas mis fuerzas en la barra; *La Hispaniola* viró rápidamente y corría en derechura hacia la ribera baja...

El interés dramático de estas maniobras me hizo olvidar por un momento la vigilancia que ejercía sobre Hands; y estaba tan distraída mi imaginación, esperando de un instante á otro que el *schooner* virase, que había olvidado por completo el peligro suspendido sobre mi cabeza, y me incliné á estribor para mirar las ondulaciones del agua sobre la popa.

Un instante más, y muero sin haber tenido tiempo para defenderme siquiera; si no hubiera sido por una inquietud instintiva, que me hizo volver la cabeza sin saber por qué, y ví á Hands que venía hacia mí con el puñal en la mano... Ya había recorrido la mitad del camino...

Dos gritos se escaparon á la vez de nuestros pechos cuando nuestras miradas se cruzaron; grito de terror por mi parte; rugido de furor por la suya.

Biblioteca Nacional de España

Al mismo tiempo se arrojó sobre mí; pero yo dí un salto de costado hacia la proa. Al hacer aquel movimiento solté repentinamente la barra, que volvió á caer hacia babor, y tal vez debí á esta circunstancia la vida, pues el pesado madero hirió al tunante en la mitad del pecho, y quedó aturdido del golpe.

Antes de que volviera en sí ya había salido yo del sitio donde por poco no me coge como en una trampa, y eché á correr hasta el palo mayor, pues tenía toda la cubierta por mía, y allí, sacando una pistola del bolsillo, apunté al canalla, que se dirigía hacia mí, é hice fuego...; pero el tiro no salió.

El agua del mar había mojado la pólvora, y aquella arma no servía para nada...

¡Ah! Cómo maldecía entonces mi negligencia, puesto que tan fácil me hubiera sido renovar la pólvora de mis pistolas, y ahora no me restaba ya más que morir...

Parecía mentira que aquel malvado pudiese moverse con tanta agilidad y viveza estando herido.

Daba miedo el verle con su pelo gris en desorden, su rostro rojo de furor y de impaciencia y sus ojos inyectados en sangre.

Comprendí que era inútil servirme de la otra pistola, que estaría en el mismo estado que la primera.

No me quedaba más que el recurso que empleé: coloqué las palmas de las manos en el palo mayor, que era de gran espesor, y esperé con la mayor ansiedad.

Viendo mi táctica se detuvo, pasándose algunos instantes.

Era un juego que yo conocía por haberlo jugado muchas veces con chiquillos de mi edad en las rocas de Black-Hill, y contaba con salir vencedor, puesto que mi adversario era un viejo marinero, herido en una pierna.

Cobré valor al hacer estas reflexiones, puesto que veía la casi seguridad de prolongar la lucha, y salir sano y salvo.

Mientras tanto *La Hispaniola* tocó el banco de arena, vaciló sobre su quilla y se detuvo de repente, cayendo sobre el flanco de babor (el puente hacía con el horizonte un ángulo de cuarenta y cinco grados): toda una montaña de agua rebasó los empalletados, barriendo cuanto encontró delante de sí y formando una especie de balsa en el fondo.

De repente Hands y yo perdimos el equilibrio y fuimos á rodar junto al cadáver del gorro colorado, hasta el embornal, y caímos tan juntos, que mi cabeza dió contra el pie del contramaestre, con una violencia tal, que por poco no se me caen los dientes; sin embargo, me levanté el primero, pues Hands luchaba para deshacerse del cadáver.

La posición que tenía el buque hacía difícil la huida, y Hands tenía más que alargar el brazo para cogerme.

Con la rapidez del relámpago me arrojé á los cordeles de mesana y trepé por ellos sin perder un minuto, no deteniéndome hasta que llegué á la gran verga.

La rapidez de mi acción me salvó la vida, pues el puñal de Hands, lanzado con mano furiosa, fué á clavarse en los obenques, á un pie de distancia debajo de mi cabeza.

Al mirar hacia abajo, ví al tunante que me consideraba con la boca abierta, sorprendido y furioso, después de lo cual recogió su arma.

Esto me dió un momento de respiro, que aproveché para cambiar la pólvora de una de mis pistolas, y ponerme en disposición de volver á cargar la otra.

Hands comprendió entonces que estaba perdido si me concedía tiempo para concluir mi operación, y cogiendo el puñal con los dientes se izó con trabajo sobre los obenques, y empezó á subirlos con gran dificultad, lanzando hondos gemidos.

Pero mientras se arrastraba con tanto trabajo á causa de la herida de su pierna, yo tuve tiempo de acabar tranquilamente mis preparativos, y apenas había hecho un tercio de su ascensión, cuando le dije, presentándole una pistola en cada mano:

—Si dáis un paso más, señor Hands, os levanto la tapa de los sesos.

Hands se detuvo.

Por la expresión feroz de su fisonomía comprendí que trataba de reflexionar; pero parecía costarle tanto trabajo, que no pude menos de echarme á reir.

Por fin, tragando saliva dos ó tres veces seguidas antes de hablar, se quitó el puñal de la boca, pero no varió de posición.

—Jim, me dijo; lo mejor es que hagamos un pacto, pues aunque es muy duro para mí capitular con un chiquillo... ¡qué vamos á hacer!... no tengo otro remedio.

Biblioteca Nacional de España

—Si dais un paso más, os levanto la tapa de los sesos.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Yo estaba orgulloso con lo que oía, cuando de repente, arrojando su mano derecha hacia atrás, se detuvo.

Alguna cosa silbó como una flecha, hendiendo el aire. Sentí un golpe, luego un dolor agudo y me encontré clavado al palo mayor por el hombro...

En medio del dolor tan fuerte que sentí y de la sorpresa del momento, no sé cómo sucedió, pero mis pistolas se dispararon y cayeron al puente.

Pero no cayeron solas.

El malvado soltó los obenques que tenía cogidos con las dos manos, y cayó al mar.

XXVII

PIEZAS DE Á OCHO

La caída del *schooner* sobre su flanco izquierdo había hecho inclinar los mástiles de tal suerte, que, en vez de estar perpendiculares á la superficie del mar, hacían con ella un ángulo agudo. De suerte que el puesto elevado en que estaba colocado en la gran verga se hallaba directamente encima del agua.

Hands, que no había subido tan alto como yo, había caído entre el buque y la vertical de mi cuerpo.

Le ví sobrenadar un momento en medio de un torbellino de espuma ensangrentada, y luego hundirse para siempre, y cuando las aguas volvieron á quedarse tranquilas, le ví sobre la arena fina de la playa, en la sombra proyectada por el flanco del buque.

Uno ó dos pescados pasaron sobre su cuerpo, y el suave movimiento de las aguas pareció devolverle la apariencia de la vida, como si hubiese intentado incorporarse.

Pero estaba muerto, y bien muerto, y no tardaría en ser pasto de los peces en el mismo sitio adonde quiso arrojarme á mí.

En cuanto hube adquirido aquella certeza, me sentí acometido de un terror y un malestar inexplicables. El puñal con que Hands me había clavado al palo mayor, ardía en mi herida como un hierro candente, y no obstante no era el dolor físico el que me hacía tiritar, sino el pensar que si mis fuerzas me faltaban, caería desde lo alto de la verga encima de aquella agua verdosa y tranquila al lado del cadáver...

Aquella visión me sobrecogió en unos términos, que cerré los ojos para resistir al vértigo, agarrándome á las vergas con tal fuerza, que mis uñas penetraron en las palmas de mis manos; pero poco á poco me repuse, mi pecho latió más tranquilo, y me puse á reflexionar en lo que tenía que hacer.

Mi primera idea fué arrancarme el puñal de la herida; pero estaba tan profundamente clavado y el esfuerzo me costó un dolor tan vivo, que lo dejé, estremeciéndome violentamente.

Este movimiento me salvó, pues el puñal, que sólo había traspasado mi cutis por encima del hombro, al estremecimiento que sentí se desprendió, y me encontré libre. La sangre corría en abundancia, es verdad; pero ya sólo me retenía clavado al palo mayor mi camisa y la chaqueta, que desgarré con un solo esfuerzo.

Bajé entonces á cubierta por los obenques de estribor, pues por nada del mundo quería tocar los que hacía poco tocaron las manos de Hands.

Mi primer cuidado fué vendar como pude mi herida, que me hacía sufrir mucho, y restañar la sangre que corría, á pesar de que la herida no tenía gravedad ninguna, ni me impedía manejar los brazos.

Viéndome dueño del *schooner*, lo primero que hice fué desembarazarme del cadáver de O'Brian. Ya he dicho cómo, habiendo caído sobre el parapeto de babor, permanecía en una actitud horrible, parecida á una horrible *marionet* de tamaño natural; y como mis trágicas aventuras me habían familiarizado con el espanto que me causaban los muertos, cogí el

Biblioteca Nacional de España

cuerpo por la cintura, y haciendo un gran esfuerzo, le dejé caer al agua, donde se sumergió, produciendo un ruido siniestro, á dos pasos del cadáver de Hands.

Con esto quedé completamente solo á bordo.

La marea empezaba á descender de nuevo, y el sol estaba ya tan bajo en el horizonte, que los pinos de la costa extendían su sombra hasta la cubierta del *schooner*. Se levantaba la brisa de la noche, y el cordaje gemía y las velas palpitaban, lo que podía ser un peligro para el buque, por lo cual me apresuré á bajar los foques; pero la vela de mesana era más difícil de manejar, pues su botalón había seguido el movimiento del *schooner* en el momento en que se inclinaba sobre el flanco, y tenía dentro del agua dos ó tres pies de tela; pero como la tensión de la vela bajo la acción de la brisa era ya muy fuerte, no me atreví á entablar la lucha, y sacando mi cuchillo corté los dresas y jarcias, y cayendo á la vez una gran parte de la vela, formó en la superficie del agua una masa flotante por el efecto del aire comprimido que contenía, y por más que tiré con todas mis fuerzas, me fué imposible subirla de nuevo á bordo, por lo que determiné dejar el resto á la gracia de Dios.

El fondeadero estaba ya sumergido en en la oscuridad; los últimos rayos del sol poniente brillaban como rubíes en las flores y malezas del buque naufragado; el frío empezaba á hacerse sentir; la marea huía rápidamente hacia adentro, y el *schooner* se hundía cada vez más en la arena.

Empuñando con las dos manos la amarra, que seguía colgando desde que la había cortado, me dejé deslizar suavemente y toqué el fondo con el pie, y como la arena era fina y suave, pude caminar hasta la orilla con agua hasta media pierna.

De este modo abandoné *La Hispaniola*, acostada sobre el flanco y con una vela de mesana medio sumergida á su lado.

El sol hacía poco que desapareció, y la brisa soplaba débilmente entre los pinos.

Estaba muy contento, pues había libertado al *schooner* de manos de los rebeldes, y sólo deseaba reunirme con mis compañeros para contarles mis aventuras.

Si bien es verdad que podía esperar á que me recriminasen por mi escapatoria, en cambio creo que quedarían contentos, incluso el capitán Smollet, pues no volvía con las manos vacías.

Emprendí, pues, mi camino hacia el *blockhaus* haciendo estas reflexiones y recordando que el riachuelo que desembocaba al Este en el fondeadero del capitán Hid venía de la colina de los dos picos sobre mi izquierda, me dirigí de ese lado á fin de poder franquearlo más fácilmente cerca de su nacimiento.

El bosque no era muy espeso, y no tardé en llegar al riachuelo y atravesarle con el agua hasta las rodillas.

Encontréme cerca del sitio donde había visto á Ben Gunn por vez primera, y anduve ya con más precaución.

Era ya noche cerrada cuando salí del valle que separaba los dos picos, y ví en aquel momento, reflejándose en el cielo, una luz, que suponía proyectada por el fuego que habría encendido mi hombre para preparar su comida, asombrándome que no temiese atraer con aquella imprudencia la atención siempre vigilante de Silver.

La oscuridad era cada vez más profunda y apenas podía ya saber dónde iba, pues la doble colina detrás de mí y el Catalejo á mi derecha se desvanecían cada vez más en las tinieblas. Las estrellas apenas resplandecían, y tropezaba á cada paso entre las malezas.

De repente, la luna, elevándose lentamente por encima de la colina llamada el Catalejo, siguiendo á través de los árboles, parecía querer iluminar mi camino; desde entonces ya me fué fácil avanzar en mi camino, y corriendo hasta perder el aliento, llegué por fin al bosque que rodeaba al *blockhaus*.

Allí acorté el paso y avancé con precaución, pues no quería exponerme á que mis amigos me enviasen una bala tomándome por un enemigo.

La luna daba ahora de lleno sobre los claros y rodales del bosque, y me sorprendió ver de repente á través de los árboles una luz enteramente diferente, ardiente y roja como la de una hoguera. ¿De dónde provenía aquella luz? Lo ignoraba, y era preciso que llegase al pie mismo de la planicie donde se elevaba el *blockhaus* para que lo comprendiese.

Entonces ví al otro lado del edificio, y en el intervalo que le separaba de la em-

Biblioteca Nacional de España

palizada, una inmensa hoguera al aire libre, y de la cual partían aquellos reflejos.

Me detuve sorprendido é inquieto, pues nosotros nunca habíamos encendido un fuego semejante, puesto que no queríamos desperdiciar leña, y además era una orden del capitán...

¿Habría pasado algo extraño en mi ausencia?

Todo estaba en silencio, y no se oía más ruido que el murmullo de la brisa.

Esto me tranquilizó, y dando vuelta á la empalizada por el costado del Este, teniendo cuidado de mantenerme á la sombra, y encontrando un sitio por donde podía franquearla sin ser visto á causa de la oscuridad profunda que me rodeaba, penetré en el recinto.

A fin de no olvidar ninguna precaución, me arrastré con las manos y las rodillas para subir la pendiente, y de este modo llegué al *blockhaus*.

Un ruido que me era familiar me tranquilizó por completo, y aunque otras veces me había parecido desagradable, en aquel momento sonó gratamente en mis oídos. Era el formidable ronquido de dos hombres durmiendo.

Jamás el grito del vigía en el mar *All right!*: «Todo va bien,» me tranquilizó más.

—¡Vaya un modo de hacer centinela! me dije; si Silver y sus hombres se encontrasen en mi lugar, ¡buen despertar tendrían esos durmientes!... ¡Lo que es tener enfermo ó herido al capitán!...

Y me recriminé amargamente de haberlos abandonado cuando eran tan pocos para defenderse.

Cuando llegué á la puerta me detuve en el dintel; el interior estaba sombrío y no podía distinguirse nada; sólo se oían los ronquidos, cada vez más fuertes, y una especie de roce, seguido de un golpe seco, que me era imposible el comprender.

No tardé en penetrar en la sala, y me decía riendo en voz baja que sería muy gracioso que entrase sin que nadie me viese, me acostase tranquilamente en mi sitio, y luego, al día siguiente, ver la cara que ponían cuando me reconociesen.

En esto tropecé con la pierna de uno de aquellos hombres, que se volvió refunfuñando sin despertarse.

Pero de repente una voz aguda resonó en la oscuridad.

—¡Piezas de á ocho!... gritaba. ¡Piezas de á ocho!... ¡Piezas de á ocho!...

Y esto repetido cien veces, sin tregua ni descanso.

¡El loro de Silver, el *capitán Flint*, era el que acababa de oir, repitiendo su frase favorita con su voz aguda y estridente!...

Todos aquellos hombres se levantaron sobresaltados, y estaban de pie antes de que yo hubiese vuelto de mi sorpresa.

—¿Quién vive? preguntó la voz estentórea de Silver.

Me volví para echar á correr; pero tropecé violentamente contra uno, que me rechazó con fuerza, y fuí á caer en los brazos de otro, que me apretó entre los suyos con violencia.

—¡Trae luz, Dick! gritó Silver.

Uno de los hombres salió, y volvió casi al punto con un tizón encendido.

XXVIII

EN MANOS DEL ENEMIGO

La antorcha iluminó el interior del *blockhaus*, y dejó confirmados, por desgracia, mis temores.

Los piratas estaban posesionados del fuerte y de sus provisiones de boca y guerra. Toneles de aguardiente, carne de puerco salada, sacos de galletas, todo estaba allí como antes de mi partida; pero lo que me heló de espanto fué el no ver los prisioneros, pues calculé al momento que mis amigos habrían perecido, sin quedar ninguno. ¡Qué remordimiento para mí no haber muerto á su lado!... Allí no había más que seis hombres; cinco de ellos se habían despertado con el rostro rojo é hinchado por el pesado sueño de la embriaguez; el

Biblioteca Nacional de España

sexto, que permanecía acostado, se incorporó tan solo sobre el codo. Su rostro estaba lívido, y su cabeza sujeta con una venda manchada de sangre, que me recordó al hombre herido en el asalto, y que huyó al bosque.

El loro había cesado de gritar y continuaba sobre el hombro de su amo.

Me parecía que Silver estaba más pálido y serio que de costumbre, y llevaba el mismo traje que cuando fué á parlamentar con nosotros; pero ahora estaba cubierto de lodo y manchas.

—¡Toma! ¡Pues si es Jim Hawkins, que viene á hacernos una visita!... dijo al reconocerme. ¡Que el diablo me lleve si le esperaba!... Te agradezco mucho tu amabilidad...

Y se sentó sobre el tonel de aguardiente y se puso á cargar su pipa.

—Dame la antorcha para encender, Dick, replicó.

Y cuando tuvo encendida la pipa:

—Está bien, gracias; y vosotros, señores, dijo dirigiéndose á los demás bandidos, no tenéis que molestaros por el señor Hawkins, pues de seguro os excusará... ¿Pero eres tú, amigo, en cuerpo y alma? ¡Qué sorpresa tan grande para tu viejo amigo!... Ya sabía yo que eras listo; pero, en verdad, te confieso que estoy sorprendido...

Yo no decía una palabra, y permanecía inmóvil, con la espalda vuelta á la pared, en el mismo sitio en que me habían colocado, mirando á Silver de frente y sin mostrar debilidad alguna, á pesar de la congoja que me oprimía el corazón.

Silver echó dos ó tres bocanadas, y repuso luego con la mayor calma:

—Puesto que estás aquí, Jim, aprovecharé este momento para hablarte con toda franqueza. Siempre te he tenido cariño, muchacho, pues eres mi mismo retrato, cuando yo era joven y guapo, y mi deseo ha sido siempre verte con nosotros, á fin de que participes de nuestras ganancias y puedas morir siendo un caballero; y ya que has venido, muchacho, repito, no quiero perder esta ocasión de hablarte. El capitán Smollet es un marino en toda regla, aunque algo duro con respecto á disciplina..., «El deber ante todo,» dice y no sale de ahí... Si quieres creerme, permanece lejos de esas aguas... que son para ti peligrosas... El doctor también está contra ti... Ese desertor... dice; en una palabra, chico, tú no puedes volver con ellos, porque ya no te quieren... y como no intentes formar un tercer partido, solo contigo, no te queda más partido que engancharte en la banda del capitán Silver.

En todo esto que me decía, había al menos la buena noticia de que mis amigos vivían aún; y aunque, según Silver, su irritación contra mí parecía ser muy grande, sin embargo, se me había quitado un peso grande de encima al saber que vivían.

—No tengo necesidad de hacerte comprender que estás en nuestro poder, Jim, dijo Silver, y ya sabes que me repugnan las amenazas. Vamos á ver, si mi proposición te conviene, no tienes más que decirlo; si no, responde con claridad... Creo que es hablar en plata.

—¿Queréis que os responda? respondí con voz temblorosa, pues á través de las palabras irónicas de Juan Silver comprendía que planteaba sobre mi cabeza una amenaza de muerte, y mi corazón latía dolorosamente en mi pecho.

—Muchacho, piénsalo bien, añadió Silver, nadie te apremia; las horas no nos parecerán nunca largas á tu lado.

—Pues bien; antes de tomar una resolución, tengo el derecho de saber: primero, por qué estáis aquí; y segundo, dónde están mis amigos.

—¡Ah!... ¡Ah! refunfuñó uno de los piratas: ¡quién podrá decirlo!...

—¡Calla el pico! gritó Silver, interrumpiéndole con tono furioso.

Luego, dirigiéndose á mí en tono amistoso:

—Estoy á la disposición del Sr. Hawkins para darle ciertas explicaciones, dijo... Sabed, pues, Sr. Hawkins, que ayer por la mañana, á primera hora, el doctor Livesey se nos presentó bajo bandera parlamentaria, y me dijo: «Capitán Silver, os han hecho traición: el buque ha desaparecido.»

Verdad es que habíamos bebido un poco más de ron de lo regular...; en una palabra, que habíamos olvidado por completo el buque... Volvimos la cabeza... y ¡qué diablos! el *schooner* no estaba en el fondeadero...

En seguida el doctor propone un arreglo...

Biblioteca Nacional de España

Yo no decia una palabra, y permanecia inmóvil.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

En cuanto á ellos, han escapado y no sabemos dónde están.

Silver se detuvo, y después de echar al aire dos ó tres bocanadas de humo, prosiguió:

—Pero no vayas á creer que tú estás admitido en el tratado, Jim... Mira las últimas palabras que pronunciamos:

—¿Cuántos sois los que tenéis que evacuar el *blockhaus*? le pregunté.

—Somos cuatro hombres sanos y un herido, me respondió el doctor; y en cuanto al grumete, yo no sé lo que ha sido de él, ni me importa saberlo, pues nos tiene ya hartos con sus escapatorias.

Estas son sus propias palabras.

—¿Eso es todo? pregunté.

—Todo lo que tengo que decirte, hijo mío.

—Y ahora, ¿queréis que elija?

—Seguramente.

—Pues bien, exclamé; ¡no soy tan tonto que no adivine, sobre poco más ó menos, lo que me espera!... He visto la muerte muy cerca en estos días para que la tema... Pero hay una ó dos cosas que me gustaría deciros, repliqué animándome.

La primera, es que vuestra posición no tiene nada de halagüeña, puesto que no tenéis ni buque ni tesoro; que estáis reducidos solo á cinco hombres, y que habéis perdido por completo la partida...; y si queréis saber quién os la hecho perder, os diré que yo... Sí, yo... yo...: oculto en el barril de las manzanas, la noche que avistamos esta isla, escuché la conversación que sostuvísteis con Dick y el otro camarada, Israel Hands, que está ahora en el fondo del mar, y lo puse al momento en conocimiento del capitán y del doctor!... En cuanto al *schooner*, yo también he sido quien ha cortado su amarra, y quien ha matado también á los hombres que lo tripulaban, y quien lo ha llevado á un sitio adonde no iréis á buscarlo ni unos ni otros... Yo lo he dirigido todo desde el principio hasta el fin... Matadme, si queréis... ó dejadme con vida, lo mismo me da...; ahora ya no añadiré una palabra más; si me conserváis la vida, yo á mi vez haré lo posible para salvar la vuestra cuando os condenen por piratería. A vosotros os toca el elegir... Si me salváis la vida, quizás pueda impedir que os ahorquen.

Me detuve casi sin aliento; ninguno de aquellos hombres se había meneado, y sentados á mi alrededor me miraban con aire estúpido.

Yo repuse:

—Sr. Silver, vos sois el mejor de todos, y si las cosas acaban mal para mí, espero que diréis al doctor cómo he acogido vuestra proposición.

—Podéis estar tranquilo, me respondió aquel hombre singular, con un tono que me dejó indeciso sobre mi verdadero pensamiento.

¿Se burlaba de mí, ó, por el contrario, se hallaba favorablemente impresionado por mi valor? No hubiera podido decirlo.

Un marinero de rostro de color de caoba, llamado Morgán, que yo había visto en Bristol en la taberna de Silver, juzgó á propósito intervenir.

—¡El es también quien ha reconocido á Perro-Negro! exclamó.

—Sin contar con que fué él quien cogió el mapa del cofre de Billy Bones, añadió Silver; pero lo que es esta vez, no se nos escapará.

—¡Pues voy á enviarle al otro mundo sin más tardar! añadió Morgán sacando su cuchillo.

Y se lanzó sobre mí; pero Silver le detuvo.

—¡Hola, hola, camarada! le dijo rudamente: todavía no eres capitán, y te aconsejo que, si no quieres que te envíe donde he enviado á otros que valían más que tú, tengas cuidado, Tom Morgán, y no te propases.

El pirata se detuvo refunfuñando.

Oyóse un sordo murmullo entre los piratas, y uno de ellos dijo:

—¡Tom tiene razón! dijo uno.

—¡Yo también estoy harto! replicó otro.

—¿Quién de esos señores quiere entendérselas conmigo? preguntó Juan Silver; que lo diga, y pronto... que le arreglaré su cuenta...

Ninguno se movió ni dijo una palabra.

Silver se puso á fumar tranquilamente su pipa.

—¡Ah, camaradas!... replicó; parece ser que no os gusta habéroslas conmigo... ¿eh? pero debéis comprender que si soy vuestro capitán, es porque valgo mil veces más que vosotros... ¡Mil rayos! puesto que no sabéis batiros como caballeros de fortuna, cuando la ocasión se os presenta, yo os

Biblioteca Nacional de España

forzaré á obedecer... y lo primero que váis á hacer es dejar tranquilo á este chico, que es más bravo que vosotros... y quien se atreva á levantar la mano sobre él... se las entenderá conmigo.

Hubo un largo silencio.

Yo continuaba en el mismo sitio, tranquilo en apariencia; pero mi corazón latía con violencia.

Silver, con los brazos cruzados y la pipa en la boca, parecía absorto en sus reflexiones; pero no perdía de vista ninguno de los movimientos de la banda indisciplinada.

Poco á poco fueron agrupándose aquellos piratas en el fondo de la sala, y se pusieron á cuchichear; pero no me pareció que se trataba de mí, pues á la luz de las antorchas ví que sus miradas se fijaban en Silver.

—¿Qué estáis ahí murmurando? dijo Silver; si tenéis alguna queja, venid á dármela...

—Escuchadme, capitán, repuso uno de aquellos piratas; pues la verdad es que la tripulación está disgustada... porque... no la gusta que la traten mal... tiene sus derechos como cualquier otra... y según las reglas que vos mismo habéis establecido, tenemos el derecho de reunirnos y deliberar... que es lo que vamos á hacer ahí fuera, capitán... salvo vuestro respeto.

Al acabar su discurso, el orador saludó á Juan Silver con una mezcla de humildad y bravura, y salió de la sala. Los otros le siguieron, y pasar por delante de su capitán, le saludaban, presentándole sus excusas.

Silver y yo quedamos solos.

—Escúchame, Jim Hawkins, me dijo en voz baja: estás en peligro de muerte, y lo que es peor aún, en peligro de ser puesto en tortura. La verdad es que me van á despojar de mi cargo; pero yo no quiero abandonarte, suceda lo que suceda... Verdad es que no pensaba así antes de que hablases; pero ahora es distinto... y me he dicho: «si salvo á Jim Hawkins, éste á su vez me salvará á mí... hazte su partidario, y quizás te impida el que te ahorquen...» Esto es lo que me he dicho.

Yo empezaba á comprender.

—¿Queréis decir que no hay esperanza? pregunté.

—¡Qué demonios! respondió; si el buque se ha marchado, no hay remedio... y cuando lo he visto con mis propios ojos... en fin, ¡qué vamos á hacer!... En cuanto á esos animales, haré cuanto pueda por librarte de sus garras, amigo Jim. Pero te has de comprometer á que cuando llegue el momento procures impedir que baile en el extremo de una cuerda...

Me quedé estupefacto con esta petición.

¿Cómo era posible que alimentase esperanza alguna el viejo pirata, cuando era él quien todo lo había hecho?

—Lo que pueda, lo haré, respondí por fin.

—Estamos conformes, y es asunto concluido... ¡mil diablos! Ya veremos si Juan Silver sabe ó no jugar su última carta.

Y fué dando brinquitos hasta donde estaba la antorcha para encender la pipa.

—Pon atención á lo que voy á decirte, Jim, dijo volviendo á mi lado; yo no soy un bruto, ¿verdad? y por lo tanto desde hoy me pongo al lado de milord Trelawney. Tú sabes seguramente en dónde está el *schooner*; ¿pero cómo ha sido eso?... lo ignoro... Sin duda Hands y O'Brian han vuelto la casaca... nunca me han perecido muy seguros...; pero no se trata ahora de eso. Yo no te pregunto nada, ni te diré tampoco nada de mis asuntos. Comprendo que la partida está perdida; pero no puedo menos de hacer justicia á quien se lo merece... ¡Ah, Jim! Si los dos nos hubiéramos entendido, ¡cuántas cosas hubiéramos podido hacer tú y yo!...

Y sacando un cubilete lleno de ron, me dijo:

—¿Quieres, chiquillo?

Yo rehusé.

—Pues yo sí que tomaré un trago, porque lo necesitaré dentro de poco...; pero dime, Jim: ¿por qué diablos me habrá dado el doctor el mapa?

Al oir esto, mi rostro expresó tan profunda sorpresa, que Silver juzgó inútil interrogarme más.

—¿También te asombra eso? dijo. Sin embargo, es la exacta verdad... de seguro que hay aquí algo que yo no comprendo.

Sacudió su gruesa y despeinada cabeza antes de apurar el vaso de ron, como hombre que no espera nada bueno de semejante concesión.

Biblioteca Nacional de España

XXIX

OTRA VEZ LA «MARCA NEGRA»

El consejo de los piratas había ya durado cierto tiempo, cuando uno de ellos volvió á entrar, y repitiendo el saludo de antes, que á mis ojos tenía algo de irónico, le pidió á Silver que le prestase la antorcha por un momento; y como este accediese, el emisario se la llevó, dejándonos en la oscuridad.

—Tocamos al desenlace, Jim, me dijo Silver con un tono de familiaridad amistosa.

Se me ocurrió mirar por una tronera y ví que se les había apagado el fuego de la hoguera, y por eso habían enviado á buscar la antorcha. Uno de ellos tenía la luz en la mano, otro estaba arrodillado, y brillaba en su mano un puñal. Los demás se inclinaban hacia adelante, siguiendo con interés la operación.

Vi entonces que tenía, además de su puñal, un libro en la mano, y me preguntaba cómo podía encontrarse allí aquel libro, cuando el pirata que estaba de rodillas se levantó y se dirigió á la puerta seguido de los demás.

—¡Ya vuelven! dije á Silver.

Me coloqué de nuevo contra la pared, pues no me parecía bien que se enterasen de que los estaba espiando.

—¡Qué importa, muchacho! me respondió tranquilamente Silver... Todavía tengo cuerdas en mi arco.

Los cinco piratas se presentaron en el dintel de la puerta muy pegaditos unos contra otros, y empujaron delante al que había estado arrodillado, que dió unos pasos como confuso y embarazado.

—Adelante, muchacho, le dijo Silver; ¿temes que te coma? Yo sé guardar las formas, y no voy á atropellar á un delegado...

Animado de esta suerte, el pirata entregó á Silver una cosa en su propia mano, y luego se replegó vivamente hacia sus camaradas.

Silver miró lo que acababa de entregarle.

—¡*La marca negra*!... Me lo temía, dijo. ¿En dónde habéis pescado ese papel?... pero veamos, ¡oh! ¡no me engaño!... ¡Esto trae la desgracia!... ¡Esto lo habéis cortado de una Biblia!... ¿Quién es el idiota que ha desgarrado una Biblia?

—¿Qué os decía yo allí? repuso Morgán; nos va á sucede algo malo... os lo he advertido...

—¡Valiente negocio habéis hecho!... replicó Silver; ¿y quién tenía la Biblia?...

—Dick, dijo uno de ellos.

—¿Dick?... Pues bien; Dick puede hacer su testamento. ¡Pobre muchacho!... Todo le saldrá mal...

Entonces el hombre que había salido tomó la palabra.

—Basta de broma, Juan Silver, dijo; esta tripulación os envía la *marca negra* en pleno consejo, como debe hacerse. Mirad primero lo que tiene escrito por el revés, como debe hacerse también, y entonces podréis hablar.

—Muchas gracias, Jorge, replicó Silver, pues conocéis las reglas y esto me agrada... veamos lo que hay aquí escrito... ¡Ah!... *Depuesto*... muy bien escrito... parece letra de imprenta... ¿Sois vos, Jorge, quien lo ha escrito?... Váis á ser un personaje... y no me asombraría que os eligiesen capitán... Mientras tanto, hacedme el obsequio de darme fuego, porque se me ha apagado la pipa.

—Vamos, vamos, dijo Jorge: basta de bromas: vuestro papel ha terminado, y ya no os queda más que bajar de ese tonel y venir á votar con nosotros.

—¡Vaya! ¡Y yo que creía que conocíais el reglamento! dijo Silver con desdén; es preciso que os lo enseñe... Sabed, pues, que soy aún vuestro capitán hasta tanto que, después de haberme presentado vuestras quejas, yo os haya respondido, y mientras esto no suceda, vuestra *marca negra* no vale un pepino... Después ya veremos.

—¡Oh! No tengáis cuidado, ya sabemos

Biblioteca Nacional de España

lo que queremos; en primer lugar, habéis hecho fracasar nuestro negocio, no podéis negarlo... Luego habéis dejado escapar al enemigo que se encontraba aquí cogido como en una trampa... ¿por qué se ha querido ir esa gente? No lo sabemos: además, nos habéis impedido también que los atacáramos en su retirada. ¡Oh! Conocemos vuestro juego, Juan Silver: habéis querido tener una salida por si las cosas se volvían del revés, lo que no permitiremos jamás, y además, nuestra última queja es... ese muchacho, ¡qué diablo!

—¿Eso es todo? preguntó fríamente Silver.

—Es bastante, me parece, replicó Jorge, pues nos ahorcarán á todos lindamente por vuestras bestialidades.

—Voy ahora á responderos punto por punto. Decís que he hecho fracasar nuestro negocio: ¿estáis seguros de que he sido yo? Todos sabíais cuál era mi plan, y si lo hubierais seguido, estaríamos todos á bordo de *La Hispaniola* con los bolsillos llenos de oro. ¿Quién no ha querido escucharme y ha forzado á vuestro capitán á forzar la consigna, rehusando esperar para empezar la danza... que me parece nos va á llevar á todos á la horca sencillamente?... Pero ¿de quién es la falta, hablando en plata? ¡De Andersen, de Hands y de vosotros! ¡Y vosotros, que sois los que sobrevivís, tenéis aún la imprudencia, es decir, tú, Jorge Merry, de querer ser nuestro capitán. ¡Demonio! Esto pasa de raya...

Silver se detuvo, y yo comprendí que el discurso había hecho sensación.

—Esto es con respecto á la primera queja, replicó el acusado, enjugando con el reverso de su mano su frente bañada en sudor, pues hablaba con vehemencia extraordinaria. Sois unos imbéciles, y ni servís para marineros ni para caballeros de fortuna... No servís para nada...

—Continúa, Juan, dijo Morgán; pasemos á la segunda queja.

—¡Ah! ¡Las otras quejas!... Decís, y tenéis razón, que he hecho fracasar el negocio... ¡Ya lo creo! ¡Y si supieráis hasta qué punto está perdido!... En verdad que estamos más próximos á la horca de lo que creéis... ¿No habéis visto á los ahorcados balanceándose sobre las cadenas á lo largo del Támesis, con los cuervos graznando sobre sus cabezas?... Pues uno de esos será Juan Silver y otros además... A ese extremo hemos llegado por esos idiotas como Andersen y comparsa, que se han metido en lo que no les importa..; y en cuanto al número cuatro... á ese chico... ¡diablo! está en rehenes, y no es cosa de despreciar, en los tiempos que corren, tenerle en rehenes... No soy tan tonto que desperdicie nuestra última esperanza realizable... ¡Ah! ¿Conque queréis matar á ese chico? No por cierto: le defenderé en bien vuestro y el mío... Vamos ahora al número tres: ¿no es poca suerte que venga un médico todos los días, sobre todo para ti, Bill, que tienes rota la cabeza, y para ti, Jorge Merry, que tiemblas de fiebre, y que no hace seis horas que tenías los ojos amarillos como un limón... ¿Habéis olvidado también, cobardes, que no tardará en llegar otro buque á esta isla? Y decidme, animales: ¿no estaréis contentos entonces de tener en rehenes al chiquillo?... Queda el número dos. ¿Por qué he hecho tratos con las gentes del *block-aus*? Bien lo sabéis, ¡mil millones de truenos! bien lo sabéis, puesto que si no hubiéramos muerto de hambre á los dos ó tres días... Pero esto no es nada, y queréis saber el principal motivo que me ha determinado á pactar con ellos... pues mirad.

Y arrojó al suelo un papel que yo reconocí al punto.

Era el mapa amarillento, con sus tres cruces rojas, que yo había encontrado en el cofre del capitán.

¿Por qué se había deshecho de documento tan importante el doctor?

Pero si para mí era un enigma, los rebeldes no pensaron en pedir explicación alguna, sino que se abalanzaron sobre el papel, como los gatos sobre los ratones, pasándolo de mano en mano, y riendo y hablando como locos, como si realmente tuviesen ya entre sus manos el tesoro.

—Sí, dijo uno de ellos; conozco los garabatos de Flint, con su firma y un punto en medio, que es como firmaba siempre.

—Esto es muy bonito, añadió Jorge; pero ¿cómo hemos de salir de aquí si no tenemos buque?

Silver replicó con cólera:

—¿Cómo haremos? ¿Y por qué no habéis pensado, antes de obrar, que íbamos á

Biblioteca Nacional de España

perder el *schooner* por mezclaros en mis asuntos?

—Tiene razón, dijo el viejo Morgán.

—¡Ya lo creo que la tengo! replicó Silver. Vosotros habéis perdido el *schooner*... yo he encontrado el tesoro... ¿Quién es el menos estúpido? ¡Pero basta ya con tantas majaderías!... Yo os presento mi dimisión y podéis escoger por capitán á quien os dé la gana... He dicho...

—¡A Silver!... gritaron aquellos hombres: ¡á Silver!... ¡Viva Silver!...

—¡Hola, hola! replicó el cocinero. Bien, muchachos; en cuanto á ti, mi pobre Jorge, otra vez tendrás más suerte... Y puedes estar contento de que yo no sea rencoroso... En cuanto á la *marca negra*, camaradas, ya véis para qué sirve, ¿no es verdad? Dick ha echado á perder su Biblia y su buena fortuna. ¡Ese es el resultado!..

—¿Es que el libro no servirá para prestar juramento? preguntó Dick inquieto, evidentemente, por la imprudencia que había cometido.

—¿Una Biblia desgarrada? respondió Silver: no en verdad, no sirve para nada. Toma, Jim, me dijo dándome la *marca negra*, y consérvala como una curiosidad.

Era un pedazo de papel cortado en redondo, del diámetro de un escudo de cinco *schilling*, cortado de la última página de un libro. Uno de sus costados, groseramente ennegrecido con carbón, permitía aún leer dos ó tres líneas impresas que llamaron vivamente mi atención: «Fuera están los perros y los asesinos». Sobre el otro lado, que había permanecido blanco, se leía escrito, siempre con carbón, la palabra *Depuesto* en mayúsculas.

Todavía conservo ese curioso trofeo, pero no queda ni resto de escritura: sólo una pequeña línea como la que uno pudiera hacer con la uña.

Así terminó aquel incidente, que revistió en un principio tan graves proporciones.

Todos los piratas bebieron su correspondiente trago de ron, y nos acostamos todos á dormir hasta el día siguiente.

La única venganza de Silver contra Jorge Merry fué ponerle de centinela á la puerta, con la promesa de pegarle un tiro si no hacía bien la guardia.

Pasó largo rato antes de que yo pudiera conciliar el sueño, pues tenía mucho en que pensar. Primero en el hombre que había matado el día antes, en la posición peligrosa en que me encontraba, y, sobre todo, en la extraña partida en que veía comprometido á Silver, conservando á los rebeldes por un lado y procurando por otro, por todos los medios imaginables, obtener su perdón y salvar su miserable vida.

El desgraciado dormía tranquilamente, y yo no podía menos de condolerme, por perverso que fuera aquel tunante, de la suerte espantosa que había atraído sobre su cabeza, y de la muerte vergonzosa que le esperaba.

XXX

BAJO PALABRA

Yo me desperté, ó, por mejor decir, nos despertamos todos al oir una voz clara y sonora que nos llamaba desde los linderos del bosque.

El centinela se puso en pie.

—¡Eh!... ¡las gentes del *blockhaus*!... gritaban; aquí está el doctor.

Y, en efecto, era el doctor; y aunque su voz me llenó de placer, no estaba éste exento de temor. Recordé con vergüenza mi conducta solapada é insubordinada y el extremo á que me llevó, encontrándome en medio de aquellos piratas, y la verdad es que temí verme con el doctor frente á frente.

Corrí ligero á una tronera, y ví á aquel excelente hombre en medio de la bruma de la mañana, pues todavía no había salido el sol.

—¿Sois vos, doctor? Buenos días, caballeros, le gritó Silver con buen humor. Siempre el primero que se levanta... Tie-

Biblioteca Nacional de España

nen razón en decir: «El pájaro matinal es el que se come el gusano...» Jorge, dale la mano al doctor para que suba á bordo... Todos vuestros enfermos van mejorando rápidamente... y tenemos una sorpresa que daros, caballero. Un extranjero que nos ha venido como llovido del cielo... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja! Un huésped que ha roncado toda la noche á mi lado como un *sobrecargo* (1).

El doctor Livesey franqueó la empalizada y llegó al *blockhaus*, preguntando con voz alterada:

—¿No es Jim?

—Sí, señor, Jim en persona, respondió Silver.

El doctor se detuvo, y parecía que no podía dar ni un paso; pero á pesar de esto, guardó silencio.

—En fin, murmuró después de un instante: el deber antes que el placer, como diríais vos, Silver. Veamos á esos enfermos.

El doctor penetró en el *blockhaus*, me dirigió una señal amistosa con la cabeza, y se dirigió hacia el herido.

Mr. Livesey parecía perfectamente tranquilo, y no obstante, debía comprender que su vida no pendía más que de un cabello de aquellos demonios.

Conversaba con sus enfermos como si visitase una familia honrada y buena, y era tal la fuerza moral que ejercía entre ellos, que todos se conducían como si fuese todavía el médico de á bordo y ellos los marineros más fieles y disciplinados.

—Magnífico, amigo mío, dijo al que tenía la cabeza vendada, y podéis vanagloriaros de haberos escapado de una buena. Vuestro cráneo debe ser de acero. Y vos, Jorge, ¿cómo os encontráis hoy? ¡Todavía ese color amarillo! Vuestro hígado debe estar muy revuelto. ¿Habéis tomado la medicina que os receté? ¿La ha tomado, muchacho?

—Sí, señor, sí, la ha tomado, dijo Morgán.

—Es que cuando cuido á rebeldes, ó soy médico de una cárcel, replicó el doctor con la mayor cortesía, hago punto de honor en no privar á la horca de individuo alguno.

Los tunantes se miraron, pero no se atrevieron á replicar ni una palabra.

—Dick no está bueno, doctor, dijo uno de ellos.

—¡Bueno! Vamos, venid aquí, Dick, y enseñadme vuestra lengua. ¡Qué diablo, cómo lo ha de estar con una lengua semejante! Ya tenemos otro con tercianas.

—Ese es el castigo por haber desgarrado su Biblia, exclamó Morgán.

—No, lo que es sin duda, es falta de sentido común por preferir el aire de los pantanos al aire de las montañas, y la tierra húmeda á la seca. Ya veréis lo que os cuesta el poneros buenos. ¡Venir á acamparse en medio de los pantanos!... Silver, yo no os comprendo, pues no siendo tan torpe como vuestros compañeros, no conocéis las reglas de la higiene.

En seguida administró á cada uno una medicina, que tomaron aquellos malhechores llenos de crímenes con la misma humildad que los niños de un asilo, y luego, volviéndose á mí:

—Ya estamos listos por hoy, dijo, y ahora desearía conversar un rato con este muchacho, si me lo permitís.

Jorge Merry, que estaba tomando una medicina, se volvió al oir aquellas palabras, y dijo con cólera:

—No por cierto.

Silver dió un puñetazo encima del tonel.

—¡Silencio! gritó con ira, paseando á su alrededor una mirada leonina. Doctor, añadió con la mayor cortesía, ya había pensado en proporcionaros ese placer, puesto que sé la afección que profesáis á este niño. Todos nosotros os estamos humildemente reconocidos por vuestras mercedes, y tenemos en vos la mayor confianza, puesto que tomamos vuestras medicinas como si fuese grog. Por lo tanto, voy á arreglar este asunto á gusto de todos. Hawkins, ¿quieres darnos tu palabra de honor de no escaparte?

—La doy con el mayor gusto.

—Pues bien, doctor, os ruego que salgáis fuera de la empalizada, continuó Silver, y cuando estéis fuera yo os llevaré al chicuelo, que quedará hacia adentro, y podréis hablar cuanto queráis. Hasta luego, señor doctor. Nuestros respetos á milord Trelawney.

(1) El *sobrecargo* era el representante del armador en los buques de vela, y como no tenía nada que hacer en las travesías, podía dormir cuanto quería.

Biblioteca Nacional de España

—Por fin te veo, mi pobre Jim, dijo el doctor.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

El fruncimiento de cejas de Silver había sido suficiente para contener la cólera de aquellos hombres; pero estalló violenta en cuanto salió el doctor.

Acusaron á Silver en voz alta de jugar un doble juego; de acumular los beneficios del tratado para sí, sacrificando los intereses de sus cómplices; lo que pensaba hacer, sin duda alguna, y esto me parecía tan claro, que me pregunté cómo haría para escapar de su cólera el antiguo cocinero. Pero era mil veces más listo que sus camaradas, sin contar con que su victoria de la noche anterior le daba sobre ellos un ascendiente irresistible. Se contentó, pues, con llamarlos bestias é idiotas, declarando que era indispensable dejarme hablar con el doctor, y que si querían también romper violentamente el tratado hecho aquel mismo día para ir en busca del tesoro.

—¡No, con mil rayos! gritó; el tratado le romperemos cuando sea necesario, pero mientras tanto, se trata de agradar al doctor, y yo seré el primero, si es necesario, en limpiar sus botas con aguardiente.

Después de dichas estas palabras, dió orden de que se ocupasen de alimentar el fuego, y salió apoyado en su muleta y la otra mano en mi hombro, dejándolos, si no convencidos, al menos aturdidos con su volubilidad.

—Poco á poco, niño, poco á poco, me dijo en voz baja; pues si nos ven apretar el paso, se nos echan encima.

Bajamos muy lentamente hasta el sitio donde el doctor esperaba del otro lado de la empalizada, y en cuanto estuvimos cerca para poder hablar, Silver se detuvo.

—Doctor, podéis tomar nota de esto, ¿no es verdad? Y este chico podrá deciros si no le he salvado la vida, aun á costa de ser destituído. ¡Ah, doctor! Cuando un hombre gobierna el timón tan cerca del viento como yo lo hago; cuando pone en acción hasta el último suspiro, bien merece que le correspondan, ¿no es verdad? Y no olvidaréis que, no sólo se trata de mi vida, sino además de la de este muchacho... yo espero que seréis compasivo conmigo y me daréis alguna esperanza.

Ya no era el mismo hombre desde que salió del *blockhaus*; sus mejillas aparecían lívidas, su voz era temblona: daba lástima verlo.

—¿Tenéis miedo, Juan? preguntó el doctor.

—¡Diablo! respondió Silver, no he sido nunca cobarde, pero confieso francamente que la idea de la horca me hace erizar los cabellos, y, por lo tanto, os ruego no olvidéis el sacrificio que he hecho, puesto que sé que os acordaréis del mal que he llevado á cabo, á pesar de que os tengo por el hombre más honrado del mundo. Vamos, me retiro y os dejo con Jim, y estoy seguro que no echaréis en saco roto esta concesión, que no es poca cosa.

Se alejó lo suficiente para no poder oir nuestra conversación, sentándose en el tronco de un árbol.

De cuando en cuando echaba una mirada de reojo hacia mí ó hacia el doctor, y otras veces á los rebeldes, que iban y venían delante de la puerta encendiendo el fuego ó trayendo la carne salada y la galleta para el desayuno.

—Por fin te veo, mi pobre Jim, me dijo el doctor con un profundo sentimiento de tristeza. No te vitupero, no, hijo mio, pero no puedo menos de hacer constar que si el capitán no llega á estar herido, no te hubieras escapado, y esta conducta de tu parte me contrista.

Me puse á sollozar.

—Doctor, le dije en medio de mis lágrimas: no me vituperéis, que harto lo he hecho yo mismo, y ya estaría yo muerto á estas horas sin la protección de Silver; pero no temáis, sabré morir; lo único que temo es la tortura; si empiezan por martirizarme...

—¡Jim! interrumpió el doctor con voz angustiosa, yo no puedo soportar una idea semejante. Salta la empalizada y echaremos á correr.

—¡Doctor, respondí, he dado mi palabra!

—¡Ah! ¡Ya lo sé! pero ¿qué vamos á hacer? Yo cargo con toda la vergüenza mejor que dejarte aquí; esta idea me desespera. Vamos, salta y escaparemos.

—No, repliqué; ni vos, ni el capitán, ni Trelawney, harían eso, no; Silver ha tenido confianza en mí; además, yo le he dado mi palabra, y es preciso que la cumpla; pero no me habéis dejado acabar, doctor. Si empiezan por torturarme, quizás consigan arrancarme el secreto de dónde está el *schooner*... pues le he conquistado y con

Biblioteca Nacional de España

ducido á la bahía del Norte, en donde le he hecho embarrancar con la marea baja.

—¡El *schooner!* exclamó el doctor.

En dos palabras le conté la aventura, que escuchó en silencio.

—Parece mentira, dijo al fin, pero á cada paso nos estás salvando la vida. ¿Y cómo quieres que renunciemos á salvar la tuya? Sería recompensarte indignamente, mi pobre niño. Tú has descubierto el complot; tú has encontrado á Ben Gunn, que es el gran golpe que has dado, no lo sabes muy bien. Y á propósito de Ben Gunn: ¡Silver!... gritó, tengo que daros un consejo; no os apresuréis mucho á buscar ese tesoro, replicó en voz baja cuando se hubo aproximado el cocinero.

—Hago todo lo posible, caballero, respondió; pero ya sabéis que no tengo otro medio para salvar mi pellejo y el de este muchacho, que el de encontrar el tesoro.

—Pues bien, Silver, puesto que es necesario, añadiré una palabra más. No os admiréis de lo que suceda cuando lo encontréis; *y si oís amartillar algún arma...*

—Caballero, repuso Silver seriamente, hablando de hombre á hombre, ó me decís demasiado, ó demasiado poco. ¿Por qué habéis abandonado el *blockhaus*? ¿Por qué me habéis cedido este mapa? Lo ignoro, ¿no es verdad? Y, sin embargo, os he servido con los ojos cerrados; pero ahora es demasiado. Si no me explicáis más claramente lo que queréis decir, tanto peor, me lavo las manos.

—No, dijo el doctor pensativo; no tengo derecho para deciros más. Este secreto no me pertenece, Silver, pues si no, os doy mi palabra, os lo diría, pero el capitán no me lo perdonaría; en fin, lo que puedo añadir es que, si salimos con bien los dos de este lance, haré lo que pueda para salvaros la vida.

El rostro de Silver se puso radiante.

—No haríais más por mí, doctor, aun cuando fueseis mi madre, exclamó.

—Esta es mi primera concesión. La segunda será un consejo. Conservad á vuestro lado á este chico, y cuando necesitéis ayuda, llamad... Voy á seguiros, y esto os demuestra que no hablo por hablar. ¡Adiós, Jim!

El doctor Livesey me dió un apretón de manos por encima de la empalizada, hizo un signo de despedida con la mano á Silver y partió rápidamente á través de los bosques.

XXXI

Á CAZA DEL TESORO

Jim, me dijo Silver en cuanto estuvimos solos; yo te he salvado la vida, y tú me has salvado á mí, lo que no olvidaré jamás, pues he visto que el doctor te hacía señas de que escaparas, y tú has respondido que no. Este es el primer rayo de esperanza que me alienta desde la derrota del sitio del *blockhaus*.

Ahora se trata de ir en busca de ese bienaventurado tesoro, que quién sabe adónde nos conducirá. Estemos los dos unidos, y saldremos adelante con la empresa.

En aquel momento nos llamaron para comer y nos sentamos en la arena para devorar nuestra carne de puerco salada y las galletas; y con ese afán, innato en el pirata, de tirar y derrochar, habían asado una inmensa cantidad de carne, que tuvimos que tirar al fuego en medio de risas y algazara.

Silver también comía y bebía tanto como otro cualquiera, con su *capitán Flint* sobre el hombro.

—Podéis vanagloriaros de tener suerte, camaradas, les decía, y de tenerme á vuestro lado, pues todo irá perfectamente, porque á pesar de que ellos poseen el *schooner*, nosotros tenemos la chalupa, y después que hayamos encontrado el tesoro, ya nos compondremos para llevárnoslo. En cuanto á nuestro rehén, prosiguió, ya se debe haber despedido de hablar con sus amigos; no lo llevaremos con nosotros

Biblioteca Nacional de España

á la caza del tesoro y le guardaremos como á la niña de nuestros ojos; pero en cuanto hayamos echado el arpón al tesoro y al *schooner* y salido del puerto, le daremos su parte, y estaremos pagados.

Este lenguaje parecía agradar mucho á los piratas, que reían á carcajadas; pero en cuanto á mí me inquietaba en verdad con demasía, pues si Silver llevaba á cabo el plan dos veces traidor, que había trazado no vacilaría en ejecutarlo. Tenía la seguridad de que prefería mil veces la libertad y la riqueza á la esperanza de visitar la horca, que era lo único que tenía seguro en nuestra compañía. Y si él se veía obligado á permanecer fiel á su pacto con el doctor Livesey, ¡cuántos peligros en perspectiva!

Cuando los camaradas se convencieran de la realidad de sus sospechas y tuviéramos que defender nuestras vidas, ¡un niño y un cojo contra cinco marineros fuertes y resueltos!...

Hay que añadir á esto el misterio que rodeaba aún la conducta de nuestros amigos, su partida del *blockhaus*, el inexplicable abandono del mapa, la advertencia del doctor cuando fuéramos á buscar el tesoro, y se comprenderá fácilmente mi inquietud y el poco gusto que tenía en seguir á mis carceleros.

Formábamos una procesión extraña. Aquellos hombres de barba inculta y con trajes manchados de lodo, armados hasta los dientes y con Silver á la cabeza, que conducía en un hombro al *capitán Flint*, pronunciando palabras incoherentes, y yo detrás, atado con una cuerda por la cintura, cuyo extremo llevaba en la mano el cocinero, repito que era un espectáculo rarísimo por cierto; añádase á esto que, además de las armas, aquellos conducían, unos, picos y azadas, otros, la carne salada, las galletas y el aguardiente.

Reconocí la verdad de las advertencias de Silver en la discusión de la noche anterior.

Todas aquellas provisiones venían de nuestras reservas, pues sin el tratado hecho con el doctor, los rebeldes, privados de los víveres del buque, se hubieran visto reducidos á beber agua y vivir del producto de la caza; y como el marinero no es buen tirador y no era fácil que estuviesen bien pertrechados de pólvora, todo esto hacía inexplicable para mí la conducta de mis amigos.

De esta suerte llegamos á la playa, en donde quedaron las dos chalupas; pero la loca embriaguez de aquellos facinerosos destrozó los bancos de las lanchas y estaban las dos medio llenas de agua y lodo.

A pesar de esto nos metimos en ellas como pudimos, y pusimos, para mayor seguridad, la proa al extremo de la bahía.

Mientras avanzábamos se empezó á discutir sobre el mapa. La cruz roja era naturalmente una indicación demasiado vaga para seguir de guía, y en cuanto á la nota escrita en el reverso, era muy oscura, puesto que decía:

«Arbol grande, sobre la parte trasera del Catalejo, un punto al N. de NNE.
»Isla del Esqueleto. SEE. por E.
»Diez pies.»

Delante de nosotros la bahía se veía cortada por un promontorio de doscientos ó trescientos pies de elevación, que se reunía por el Norte con la parte de atrás del Catalejo, elevándose algo más al Sur para formar la eminencia abrupta de la montaña el Palo de Mesana. Esta eminencia estaba llena de pinos de gran elevación; ¿pero cuál de entre ellos era el árbol que designaba el capitán Flint como depositario del tesoro?

Esta era una cuestión que sólo podía decidirse en el lugar indicado y con ayuda de la brújula.

Pero esto no impedía que cada uno de los bandidos hubiera ya designado un árbol á su capricho mucho antes de llegar.

Sólo Silver se encogía de hombros y les decía que esperasen á llegar y no hiciesen infundadas conjeturas.

Remamos lentamente por orden de Silver, y tardamos algún tiempo en llegar á la desembocadura del segundo curso de agua, donde desembarcamos; curso que baja á lo largo de un valle umbrío, formado por dos contrafuertes del Catalejo, y desde allí, dando una vuelta, empezamos á subir la pendiente que conducía á la planicie de la montaña.

La tierra, enlodada y cubierta de matorrales, retardó nuestra marcha; pero poco á poco la pendiente se hizo cada vez más áspera y seca, y las malezas, menos espe-

Biblioteca Nacional de España

sas, cambiaron el aspecto del paisaje, y no tardamos en llegar á la zona más hermosa de la isla. Arbustos perfumados y cubiertos de flores se sucedían á la vegetación pantanosa de la costa.

El árbol de la canela mezclaba su aroma al de los grandes pinos. El viento era fresco y ligero, á despecho de los rayos del sol, que caían á plomo sobre nosotros.

Toda la banda, alegre y contenta, corría y gritaba como si fuesen colegiales en recreo.

En el centro, pero alejados de todos, íbamos Silver y yo, sujeto siempre por la cuerda que llevaba en la mano, arrastrándose penosamente y teniendo yo que ayudarle muchas veces para que no se cayese.

Anduvimos así media milla lo menos, cuando el hombre que iba delante hacia la izquierda, empezó á lanzar gritos de espanto, y estos gritos fueron tan repetidos, que echamos á correr hacia él.

—Yo no creo que haya encontrado el tesoro, nos dijo Morgán al pasar corriendo á nuestro lado.

Y, efectivamente, al llegar, vimos que se trataba de una cosa muy diferente.

Al pie de un gran pino yacía tendido en tierra un esqueleto humano, apenas cubierto con algunos harapos, pero rodeado por todas partes por una planta trepador aque se había enredado entre sus huesos.

Todos permanecimos helados de espanto.

—Era un marino, dijo Jorge Merry, que se había inclinado el primero para examinar aquellos harapos; mirad este pedazo de paño de marinero.

—¡Qué diablo! dijo Silver, es fácil que lo sea, pues supongo que no querréis encontrar aquí un Obispo.

—¡Pero qué extraña actitud tiene! ¡No me parece natural!

Era, en efecto, bien extraña aquella actitud.

El muerto estaba estirado, en una posición rectilínea, salvo las partes que los pájaros ó el lento trabajo de la planta trepadora podían haber estropeado. Pero los pies estaban reunidos y levantados en alto como para designar una dirección determinada, mientras que las manos, colocadas por encima de la cabeza como un hombre que se prepara á echarse al agua, señalaban el lado precisamente opuesto.

El conjunto, á primera vista, parecía una de esas flechas que se trazan sobre los mapas para indicar la orientación.

Silver tuvo la misma idea que yo, pues me dijo:

—Me parece que adivino lo que esto quiere decir.

—Aquí está la brújula. Ved ahí la cúspide de la isla del Esqueleto. Levantad el punto de partida en la línea de esos huesos y de la cúspide.

La orden fué ejecutada.

Los pies y las manos del esqueleto se encontraron en línea recta con la cúspide de la isla, y el compás colocado en esa línea, dió ESE. por E.

—¡Estaba seguro de ello! exclamó el cocinero; esta es la estrella polar para encontrar los buenos dollars. ¡Por todos los diablos! ¡vaya unas bromas que gastaba el capitán Flint! Sin duda estaba aquí solo con sus hombres, y los ha matado á todos; luego ha cogido á éste, le ha izado donde le véis, puesto el punto con la brújula en la mano, y se acabó... Pero ¡mil rayos! este hombre tan alto y con cabellos amarillos, debe ser Allardyce. Te acuerdas tú de Allardyce, Morgán?

—¡Ya lo creo! replicó éste; como que me debía algunos cuartos y le había prestado mi cuchillo para saltar á tierra.

—Ahora que hablas del cuchillo, ¿cómo es que el de este hombre no está aquí? Flint no iba á registrarlo por tan poca cosa después de muerto, y los cuervos es de creer que no lo hayan comido...

—¡Pues es verdad! exclamó Silver.

—No encuentro absolutamente nada, replicó Jorge Merry, que buscaba alrededor del esqueleto; ni un cuarto ni la caja del tabaco. Esto no es natural.

—No, en verdad, replicó Silver pensativo. ¡Demonio! Si el capitán viviese, no estaríamos seguros en estos sitios; somos seis como esos pobres diablos, y mirad lo que resta.

—Flint está muerto, y bien muerto, dijo Morgán; le he visto con mis propios ojos. Billy me llevó á verle; estaba acostado y con un gran parche en cada ojo.

—¡Está muerto y enterrado! exclamó el hombre de la cabeza vendada; pero si al-

Biblioteca Nacional de España

El compás, colocado en esa línea, dió ESE. por E.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

gún espíritu viniese al mundo para expiar sus pecados, ese espíritu debía ser el de Flint, pues muchos tenía sobre su conciencia. Por eso se iba tan disgustado al otro mundo.

—Es verdad, dijo otro; tan pronto gritaba hecho un condenado pidiendo ron, como se ponía á cantar su canción favorita:

Quince lobos, quince marineros.

Y desde entonces no me hace gracia oirla.

Recuerdo que hacía mucho calor y que oía aquel antiguo refrán desde la calle, tan claro, tan claro, y Flint se moriría en aquel mismo instante.

—Vamos, basta, dijo Silver; ya está muerto y no vendrá á pasearse por aquí... al menos de día. ¡Qué diablo! ¡Adelante, á buscar los doblones!

Nos pusimos de nuevo en marcha; pero á pesar de los rayos del sol y de la pura luz del día, los piratas no iban ya separados, ni riendo, ni gritando, sino muy juntitos, hablando en voz baja y hasta reteniendo el aliento.

El recuerdo del viejo pirata les asustaba é intimidaba al mismo tiempo.

XXXII

LA VOZ ENTRE LOS ÁRBOLES

Tanto para reponerse de la emoción sufrida por la vista del esqueleto, cuanto por dar á Silver y á los enfermos el tiempo necesario para reponerse, todo el mundo se sentó en el suelo al llegar á la planicie.

Esta estaba ligeramente inclinada hacia el Oeste y ocupaba una gran extensión á la derecha y á la izquierda.

Delante de nosotros, por encima de los árboles, se veía el cabo de los Bosques, bañado de espuma por las rompientes.

Por detrás distinguíamos la bahía del Sur, la isla del Esqueleto, y más allá el banco de arena y las tierras bajas del Este, toda una vasta extensión de mar.

Precisamente por encima de nosotros se elevaba el Catalejo, cubierto aquí y allá de pinos y negros precipicios.

Se oía el ruido lejano de las olas moviéndose á todos lados y el zumbido de millares de insectos entre los matorrales.

La inmensidad misma del paisaje hacía resaltar aún más la profunda soledad que nos rodeaba.

Silver, al sentarse, se apresuró á orientarse con la brújula.

—He aquí, dijo, tres grandes árboles en la línea de la isla del Esqueleto. La «parte posterior del Catalejo» es, evidentemente, esta especie de estribo que avanza hasta allí. Ahora no hay nada más fácil que encontrar lo que buscamos. ¿Vamos á comer aquí, camaradas?

—Yo, por mi parte, no tengo hambre, refunfuñó Morgán; ese diablo de Flint me ha quitado el apetito.

—La verdad es, hijo mío, respondió Silver, que podemos regocijarnos de que se haya muerto.

—¡Qué feo era! replicó un tercero. ¿Recuerdas qué cara tenía en los últimos tiempos?

—Ya no era amarillo, era amoratado, respondió Morgán; el efecto del ron.

Desde que la vista del esqueleto le había puesto en aquella corriente de ideas lúgubres, hablaban en voz cada vez más baja, casi cuchicheando, de suerte que el sonido de sus palabras no turbaban en lo más mínimo el silencio profundo de los bosques vecinos.

De repente, en medio de los árboles que nos rodeaban, se oyó una voz aguda y vibrante que cantó aquella canción tan familiar para los marinos:

Eran quince marineros
sobre el cofre del muerto;
quince lobos, quince marineros,
jo-ho-ho, jo-ho-ho.

En mi vida he visto un espanto seme-

Biblioteca Nacional de España

jante al que experimentaron aquellos hombres al oir la canción.

Pálidos y temblorosos se levantaron todos, y sólo Morgán se echó al suelo, tapándose la cara.

—¡Es Flint! murmuró Jorge Merry con voz ahogada.

La voz calló de repente, como había empezado.

Viniendo de tan lejos y á través de aquella atmósfera clara é iluminada por los rayos del sol desde el fondo de aquel espeso bosque, el efecto era suave y aéreo, y la impresión producida en sus compañeros, extraordinaria.

—Vamos, exclamó Silver haciendo un esfuerzo visible al mover sus labios, pálidos por el espanto; basta ya de tonterías. De pie, camaradas, y veamos qué es eso. Yo no he conocido la voz; pero debe ser de algún gracioso que quiere divertirse á costa nuestra. El que canta de esa manera es un ser de carne y hueso como nosotros; no tengáis miedo.

Animados por aquellas palabras, los bandidos empezaban á tranquilizarse, cuando resonó de nuevo la voz. Ya no cantaba, sino articulaba una especie de sonido débil y lejano, que despertaba un eco más débil aún en los valles del Catalejo.

«¡Darby Mac-Graw!» murmuraba la voz.

Repitió aquel nombre diferentes veces, y luego, de repente, y con entonación más aguda, añadió:

«¡Un vaso de ron, Darby Mac-Graw!»

Los piratas se quedaron como clavados en sus sitios, con los ojos extraordinariamente abiertos.

A pesar de que la voz no se sentía ya, los miserables permanecían inmóviles y silenciosos.

—Basta ya, dijo uno de ellos. Marchémonos.

—Esas fueron sus últimas palabras, replicó Morgán con tono sentencioso; sus últimas palabras antes de expirar.

Dick temblaba como un azogado, apretando la Biblia contra su pecho.

Silver también quedó atemorizado; pero no se confesaba vencido.

—Nadie en aquella isla podía haber oído hablar de Darby Mac-Graw, murmuró como para tranquilizarse á sí mismo. Nadie más que nosotros.

Luego, haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo:

—Camaradas, he venido con vosotros á buscar el tesoro, y ni los hombres ni el diablo en persona me lo impedirán. Jamás he temido á Flint vivo: ¿cómo lo he de temer muerto? No olvidéis que á media milla de aquí hay setecientas mil libras esterlinas. ¿Cuándo se ha visto que un caballero de fortuna enseñe los talones á semejante cifra, y todo por un viejo borracho, muerto hace ya tiempo?...

Aquellos hombres seguían aterrados, y la irreverencia del lenguaje de Silver aumentó su espanto.

—No hables así, Juan Silver, dijo Jorge Merry; vas á ofender al espíritu.

Sus compañeros continuaron silenciosos; pero habíanse agrupado alrededor de Silver como si su audacia les sirviese de protección.

Cuando éste triunfó de su debilidad, les dijo:

—¿Un espíritu? ¿Y quién nos lo asegura que lo sea? Hay un punto que no me parece claro, y es que había eco, todos lo hemos oído; pues bien, nadie ignora que los espíritus no tienen cuerpo, y verdaderamente nosotros hemos oído una voz, un eco, y esto no ha sido una ilusión.

El argumento me pareció muy débil; pero vi con gran sorpresa que Jorge Merry se tranquilizó inmediatamente.

—Es justo, replicó; y ya veo que tenéis mucho talento, compañero. Vamos, vamos á nuestro negocio. Y ahora que pienso, aunque esta voz parece ser la del capitán Flint, no es tan clara é imperiosa como la suya, y al oirla he recordado la de otro...

—¡La de Ben Gunn, es verdad, mil rayos! exclamó Silver.

—Sí, sí, apoyó Morgán enderezándose.

—Lo mismo da, añadió Dick con tono doliente, pues lo mismo Flint que Ben Gunn son dos espíritus.

—¿Qué nos importa Ben Gunn? dijo Jorge Merry. Muerto ó vivo, no es más que uno.

Aquellos momentos de terror habían pasado ya, y los miserables recobraron valor y sangre fría. Empezaron á charlar como si tal cosa, aunque de cuando en cuando se callaban para escuchar; pero no oyendo nada, cogieron sus herramien-

Biblioteca Nacional de España

¡Habíamos llegado tarde!

BIBLIOTECA
Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

tas y se pusieron en camino, llevando á Merry delante con la brújula, para ir siempre en línea recta con la isla del Esqueleto.

Nadie se preocupó ya de Ben Gunn, y sólo Dick seguía apretando la Biblia contra su pecho y echando á su alrededor miradas espantadas; pero sus camaradas no le hacían caso, y Silver se reía de él, diciéndole:

—Ya te he dicho que has echado á perder tu Biblia; y si no sirve para prestar juramento, ¿cómo te ha de servir para defenderte contra el espíritu? Se ríe de ti...

Pero Dick no se consoló, y advertí que apenas podían sostenerle sus piernas, pues la fiebre anunciada por el doctor se apoderó de él, activada por el calor, la fatiga y el espanto.

Felizmente el camino, desembarazado de malezas, hacía más fácil la marcha.

Dirigiéndonos en línea recta hacia el Oeste, nos aproximábamos cada vez más á la parte posterior del Catalejo.

A nuestra izquierda quedaba ahora la bahía de Oriente, en donde la víspera por la mañana me desperté temblando, sacudido por los vaivenes de la piragua.

Cuando llegamos al primero de aquellos grandes árboles, se reconoció la posición, y se vió que no era el elegido; lo mismo sucedió con el segundo.

El tercero se elevaba á más de trescientos pies de altura sobre un espeso matorral; era un verdadero gigante del reino vegetal que lanzaba al aire su enorme tronco rojizo, terminando en un inmenso quitasol, á cuya sombra hubiera podido maniobrar un regimiento.

Debía verse de lejos, lo mismo del Este que del Oeste, y desde alta mar podía señalarse en el mapa como un observatorio.

Pero no fué su elevación lo que impresionó á mis compañeros, sino la esperanza de que se encontrarían á su pie enterradas las setecientas mil libras esterlinas.

Esta idea disipó sus terrores, y conforme se aproximaban al objeto codiciado, sus ojos se animaban y sus pasos eran más ligeros y elásticos.

Silver también corría con más viveza con su muleta, jurando como un pagano cuando las moscas se posaban sobre su rostro bañado en sudor, y tiraba de la cuerda que me sujetaba, arrojándome miradas asesinas.

Sea que ya no se preocupase de ocultar sus pensamientos, ó que éstos se retratasen en su rostro, lo cierto es que yo leía en él como en un libro.

Próximo á aquel oro tan codiciado, lo olvidaba todo, lo mismo la advertencia del doctor que sus promesas. Sin duda esperaba apoderarse del tesoro, volver á encontrar *La Hispaniola*, embarcarse en ella después de matar á todo el que se le presentase por delante, y huir cargado de crímenes y de riquezas.

Bajo la presión de estas alarmas, apenas podía sostenerme, tropezando á cada instante, y Silver seguía tirando rudamente de la cuerda, dirigiéndome miradas furiosas.

Dick venía el último, fatigado con la fiebre y sin poderse sostener.

La tragedia que tuvo lugar en aquella planicie no se separaba de mi mente, cuando aquel viejo pirata de tez amoratada, que murió en Savannah pidiendo ron para beber, había inmolado con su propia mano á seis de sus compañeros. Aquel tranquilo bosque había resonado con gritos de desesperación... Me parecía oirlos aún.

Por fin llegamos á la margen del bosque.

—¡A paso de carga, compañeros! gritó Jorge Merry.

Y los que nos precedían se lanzaron á escape.

Pero apenas avanzaron unos diez pasos, cuando les vimos detenerse.

Un grito ahogado se escapó de sus labios; Silver dió un salto hacia atrás, golpeando el suelo con su muleta, y nosotros también hicimos alto.

A nuestros pies se veía una ancha excavación de fecha antigua, pues las hierbas nacían en su fondo y en sus costados, viéndose claramente los restos de muchas cajas y el mango de un hacha.

Una de las planchas tenía incrustadas en el hierro la palabra *Walrus*, que era el nombre del barco de Flint.

¡Habíamos llegado tarde! ¡El escondite había sido descubierto y vaciado! ¡Las setecientas mil libras esterlinas ya no estaban allí!

Biblioteca Nacional de España

XXXIII

EL FIN DE UN REINADO

Los seis hombres permanecieron aterrados; pero Silver se repuso el primero; todos sus deseos, todas sus ambiciones, hacía ya algunos meses y semanas, no tendían más que á la posesión de aquel tesoro, y se veía desengañado de repente de una manera inesperada; sin embargo, conservó su presencia de espíritu y comenzó su plan de conducta antes de que los otros comprendieran lo que pasaba.

—Jim, me dijo en voz muy baja: toma esa pistola, y atención.

Al mismo tiempo se dirigió hacia la derecha, y en tres saltos estuvimos al otro lado del agujero.

Hecho esto, me miró sacudiendo la cabeza, como para decir: «Ya estamos en camino seguro.»

Y en verdad que yo era también de su opinión; pero me repugnaba aquel cambio continuo de conducta y no pude menos de decirle al oído:

—¿Ya habéis vuelto la casaca?

No tuvo tiempo de responderme.

Los piratas, jurando y blasfemando, saltaron uno tras otros dentro de la excavación, y arañando la tierra con las uñas, apartaron á un lado las planchas de hierro para escudriñar mejor el agujero.

Morgán encontró una pieza de oro de dos guineas, y la recogió, enseñándola á sus camaradas, que la examinaron con interés.

Morgán se la arrojó á Silver, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Dos guineas! ¿Son esas nuestras setecientas mil libras esterlinas? ¡Eh, hombre de talento! ¿Es ese el resultado de vuestros prodigiosos cálculos?

—Buscad, hijos míos, replicó Silver con la más fría insolencia; buscad. Quizás encontréis trufas.

—¿Trufas, eh? rugió Jorge Merry. ¿Lo oís, camaradas? Estoy seguro de que ese pillo sabía de antemano lo que nos iba á suceder: no hay más que verlo. Lo lleva escrito en su rostro.

—¡Ah, ah, Jorge Merry! ¡Os presentáis de nuevo como candidato! respondió Silver. Decididamente queréis ser capitán á todo trance.

Por aquella vez todos eran de la opinión de Merry.

Salieron de la excavación uno después de otro, arrojando miradas furiosas.

Sin embargo, subían á tierra por el lado opuesto al en que estábamos Silver y yo.

Eramos dos por un lado, y cinco por otro, con el agujero de la excavación por medio.

Ninguno se decidía á tomar la iniciativa. Silver no se movía, y los contemplaba muy tranquilamente.

Lo que es valor, nadie podía negársele.

Por fin, Merry creyó oportuno dirigirlos un pequeño discurso.

—Camaradas, dijo: no son más que dos contra nosotros; el infame que nos ha conducido hasta aquí y el pequeño lobezno que nos ha hecho traición. ¡Vamos, camaradas, adelante!

Levantaba el brazo y se aprestaba á darles el ejemplo, cuando se oyeron tres detonaciones sucesivas que partían de lo más intrincado del bosque.

Merry cayó de cabeza en el hoyo; el hombre de la cabeza vendada dió una vuelta sobre sí mismo, y se desplomó muerto instantáneamente, aunque agitado por las supremas convulsiones de la agonía; los otros tres echaron á correr como desesperados.

En el mismo momento se presentaron ante nosotros, saliendo de entre los matorrales, el doctor, Gray y Ben Gunn con sus fusiles humeantes todavía.

—¡Adelante y á paso de carga! gritó el doctor. Es preciso impedirles que se embarquen en las chalupas.

Y henos aquí cruzando los bosques y separando las ramas con fuerza para que no impidiesen nuestra marcha.

Decididamente Silver estaba con nosotros.

Biblioteca Nacional de España

Grandes esfuerzos hizo aquel hombre saltando con su muleta y franqueando los obstáculos con tal ardor, que los músculos de su pecho se hinchaban de tal suerte que parecía que iban á estallar; ningún acróbata de profesión hubiera podido igualarle, y parecía que iba ya á ahogarse cuando llegamos al borde de la planicie.

—¡Doctor! gritó: mirad; es inútil que nos apresuremos.

Y decía verdad; en un claro del bosque que se veía por debajo de nosotros, se hallaban los tres piratas que habían escapado con vida, corriendo en la dirección del Palo de Mesana, y, por consiguiente, nosotros quedábamos entre ellos y las chalupas.

Nos detuvimos al momento para tomar aliento, y no tardó Silver en reunirse con nosotros con la frente bañada en sudor.

—¡Cuánto os debemos, doctor, exclamó al llegar, pues sin vuestra dichosa interverción y la de Ben Gunn, íbamos á pasar un mal rato Jim y yo! Pero, en verdad, Ben Gunn, que parece imposible que seáis el que yo conocí.

—Pues soy el mismo, respondió el hombre de los bosques con sus contorsiones de anguila: ¿y cómo estáis, Sr. Silver?

—¡Ah Ben, Ben, contestó Silver amenazándole cariñosamente con un dedo, qué pasada nos habéis hecho!

El doctor envió á Gray á recoger una hacha que los rebeldes habían abandonado en su huída, y mientras descendíamos adonde estaban las chalupas, nos contó por el camino lo que había pasado.

Ben Gunn era el héroe de aquella relación que tan vivamente interesó á Silver, y que yo describiré ligeramente.

Ben Gunn, en sus correrías vagabundas á través de la isla, había encontrado el esqueleto y se había apoderado de cuanto contenían los bolsillos del difunto.

En seguida había descubierto el tesoro, á causa de los pasos recientes sobre la tierra húmeda. Había cavado en aquel sitio, y el mango de su hacha fué el que encontramos en el fondo del agujero.

Poco á poco, y á fuerza de trabajo y de repetidos viajes, había transportado todo el tesoro desde el árbol hasta una caverna descubierta por él en la colina que se hallaba situada al Nordeste de la isla.

En aquella caverna estaba en seguridad el oro del capitán Flint desde hacía dos meses, cuando *La Hispaniola* llegó al primer embarcadero.

El doctor arrancó el secreto á Ben Gunn el día en que fué á hablar con él, víspera del asalto del *blockhaus*, el que deseaba ya abandonar por lo malsano de su posición.

La desaparición del *schooner* y el interés que tenían de acercarse al sitio donde estaba el tesoro para custodiarlo, y la certidumbre de que Gunn había abastecido su caverna con provisiones indispensables, y, sobre todo, con carne de cabra salada y preparada por él, decidió al doctor á entregar á los rebeldes un mapa ya inútil, á abandonar el *blockhaus* y sus provisiones; en una palabra, á hacer todas las condiciones necesarias para poder dirigirse cuanto antes á la colina de los dos picos.

—Sólo tu ausencia me preocupaba en aquellos momentos, Jim, me dijo el doctor, pues ignoraba lo que había sido de ti; pero necesitaba obrar en favor de los que quedaron en sus puestos. Si tú no eras de ese número, ¿quién tenía la culpa?

El día en que fuí al *blockhaus*, que te vi y comprendí el peligro en que te encontrabas, me apresuré á volver á la caverna, dejando allí al capitán y á Trelawney para que guardasen el tesoro, y me llevé conmigo á Gray y Ben Gunn, atravesando la isla en línea diagonal para llegar antes que vosotros al pino en cuestión; pero viendo que íbais á llegar antes que yo, resolví enviar á Ben Gunn, como explorador, por ser el más ligero entre todos.

A éste, al ver la impresión que causaba en los rebeldes el esqueleto humano que habían encontrado, se le ocurrió espantarlos aún más, recordándoles al capitán Flint y sus fechorías, y esta estratagema, que detuvo por un rato en su marcha á aquellos piratas, dió lugar á Gray y al doctor para llegar y tomar posiciones entre los matorrales.

—¡Ah! exclamó Silver: ¡qué suerte la mía de tener á Jim mi lado, pues si no, hubierais dejado tranquilamente que hiciesen pedazos al infeliz Juan aquellos demonios, sin el más mínimo pesar!

—Estáis en lo cierto, repitió alegremente Livesey.

Llegamos donde estaban las chalupas; el doctor hizo pedazos una á fuerza de ha-

Biblioteca Nacional de España

chazos, y nos embarcamos después en la otra para dirigirnos por mar á la bahía del Norte. Teníamos que atravesar una extensión de ocho ó nueve millas.

Silver, aunque muerto de fatiga, cogió un remo como los demás, y la embarcación se lanzó ligera sobre el mar, tranquilo como una balsa de aceite.

No tardamos en volver el ángulo Sudeste de la isla, dejando detrás de nosotros el primer fondeadero en que ancló *La Hispaniola*.

Al pasar por delante de la colina de dos picos pudimos distinguir la entrada de la caverna de Ben Gunn, delante de la cual se dibujaba una forma humana de alta estatura, con el fusil al hombro.

Era milord Trelawney.

Al verle agitamos en el aire nuestros pañuelos lanzando *¡hurras!* de contento, á los que Silver se unió de buen grado.

Tres millas más allá, cuando llegábamos á la entrada de la bahía del Norte, vimos con sorpresa que *La Hispaniola* navegaba sola. La marea la había levantado y puesto á flote, y si felizmente la brisa no hubiera sido débil, ó la corriente más fuerte que en la bahía del Sur, no la hubiéramos vuelto á ver jamás; pero ahora no sufrimos más pérdida que la vela de mesana.

Subir á bordo, ir á buscar á la cala un ancla y echarla á fondo á braza y media de profundidad, todo fué obra de un momento, después de lo cual nos volvimos á la chalupa y remontamos el *Crique-de-Rom*, que era el punto más próximo á la caverna de Ben Gunn, y Gray se volvió solo en la chalupa, para montar la guardia de *La Hispaniola*.

Desde la playa á la caverna el terreno ascendía en suave pendiente. Al vernos, Mr. Trelawney se adelantó hacia nosotros con su bondad habitual y me recibió sin decirme ni una palabra sobre mi escapatoria; pero el saludo que dirigió á Silver le dejó helado.

—Juan Silver, le dijo: sois el mayor impostor y el canalla más grande que he visto en mi vida. Queda convenido que no os perseguiré; pero todas esas muertes deben pesar sobre vuestra conciencia de una manera espantosa.

—Os doy gracias, caballero, replicó Juan saludando cortésmente.

—Os prohibo que me déis gracias, dijo rudamente Trelawney, pues falto á todos mis deberes con esta concesión... ¡Fuera de aquí!...

En seguida entramos en la caverna, que era grande y bien aireada; en el fondo se veía una linda cascada, y el suelo estaba cubierto de arena. Delante de un gran fuego encendido cerca de la entrada, encontramos al capitán Smollet acostado encima de un lecho de hierbas y musgo.

En el extremo del rincón más apartado, á la luz de la llama, ví brillar un gran montón de monedas de oro y un cuadrilátero de barras brillantes.

Este era el tesoro de Flint, que habíamos ido á buscar tan lejos y que costó la vida á diecisiete hombres de *La Hispaniola*. ¡Y quién sabe cuántas otras habría costado su formación, cuánta sangre y tribulaciones, cuántos magníficos buques echados á pique, cuánta pólvora, cuántos valientes arrojados brutalmente á la eternidad, cuántas crueldades, cuántas mentiras, cuántos engaños!...

Nadie hubiera podido decirlo; y, sin embargo, aún quedaban en la isla tres hombres, Silver, Morgán y Ben Gunn, que tomaron parte en esos crímenes con la esperanza de participar en su día de su parte del tesoro.

—¿Sois vos, Jim? me dijo el capitán; vamos, sois un valiente muchacho, pero caprichoso. Me parece que no volveremos á navegar juntos, porque os gusta hacer vuestra voluntad, y nada más. ¡Hola, Juan Silver! ¿Qué es lo que os trae aquí?

—Vengo á cumplir con mi obligación, respondió Silver.

—¡Ah! dijo el capitán.

Y no añadió más.

La cena de aquella noche en medio de mis amigos, no la olvidaré jamás. La cabra salada y las provisiones de *La Hispaniola* con buenos vasos de vino, hicieron nuestras delicias.

Silver comía y bebía como el primero, participando de nuestra alegría, y afable, político y obsequioso como le habíamos conocido siempre, antes de aquellos trágicos acontecimientos.

Biblioteca Nacional de España

Yo estaba encargado de meter en los sacos las monedas de oro.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

XXXIV

CONCLUSIÓN

Desde el día siguiente, á primera hora de la mañana, empezamos á trabajar, pues el transporte de aquella enorme masa de oro no era cosa fácil de llevar á cabo con tan pocos hombres.

Los tres marineros que se encontraban todavía en la isla no nos molestaron en lo más mínimo durante el tiempo que tardamos en transportar el tesoro á bordo de *La Hispaniola*.

Gray y Ben Gunn iban y venían con la chalupa de la caverna á *La Hispaniola*, mientras que nosotros transportábamos el tesoro de la caverna á la playa.

Dos barras de oro atadas con una cuerda, era carga suficiente para un hombre; y en cuanto á mí, estaba encargado de llenar los sacos con las monedas de oro, cosa en que empleaba todo el día metido en la caverna.

Era una extraña colección que se parecía á la de Billy Bones por la diversidad de monedas; pero era más variada, puesto que era millares de veces más considerable. Recuerdo el placer que encontraba, para descansar de mi trabajo, en ir separando las monedas de cada país y hacer con ellas montoncitos, pues había de todas clases y variedades, luises, doblones, guineas, cequíes, etc., etc.

Este trabajo duró muchos días. Todas las noches llevábamos á bordo una fortuna, y otra nos esperaba para el día siguiente en la caverna.

Durante este tiempo los tres rebeldes no dieron señal de existencia.

Por fin, una noche en que me paseaba con el doctor sobre la vertiente de la colina que domina las tierras bajas de la isla, el viento nos trajo del fondo de las tinieblas, por debajo de donde estábamos, un canto ó un grito; luego todo quedó en silencio.

—¡Deben ser esos desgraciados! dijo el doctor. ¡Que el cielo los perdone!

—¡Están borrachos! dijo Silver detrás de nosotros.

Había olvidado decir que Silver gozaba de la más entera libertad, y á pesar de las rabotadas del capitán y de Mr. Trelawney, parecía considerarse como un servidor fiel y privilegiado. No podía yo menos de admirar á veces la paciencia inalterable con que soportaba aquellas salidas de tono, que debían humillarle, y la amabilidad que empleaba para hacerse útil y agradable á todo el mundo; y, sin embargo, sólo Ben Gunn, que le conservaba aún cierto respeto, y yo, que le debía en parte la vida, por más que tenía derecho á acriminarle más que ningún otro, pues hasta el último momento le ví próximo á hacer traición á todo el que le pusiera obstáculo á sus planes, éramos los que le tratábamos con agrado.

El doctor le contestó rudamente:

—Borrachos ó delirantes de fiebre.

—Tenéis razón, caballero, dijo Silver; pero después de todo, lo mismo da que sea una cosa ú otra.

—No por cierto, replicó el doctor; pues si yo estuviese seguro de que era la fiebre la que los hacía delirar, iría á curarlos, arriesgándolo todo.

—Perdóneme su señoría, añadió Silver, pero haríais muy mal, puesto que no saldríais de allí con vida, y os confieso, señor, que vuestra vida es demasiado preciosa para arriesgarla entre esa gente sin fe ni honor, incapaz de sostener una palabra, porque no comprenden que vos, por ejemplo, sostuvierais la vuestra.

—¡Pardiez! Os sienta bien hablar de esa suerte, dijo el doctor, puesto que nos habéis enseñado cómo cumplís una promesa.

Ya no volvimos á oir nada aquella noche que indicase la presencia de los rebeldes.

Otra vez llegó hasta nosotros el eco lejano de una detonación, y supusimos que estarían cazando.

Después de reunirse en consejo nuestros jefes, se decidió abandonarlos en la

Biblioteca Nacional de España

isla, con gran contento de Ben Gunn y la entera aprobación de Gray.

Dejamos en la caverna, para su uso, gran cantidad de pólvora, la mayor parte de la carne salada, una caja con medicinas, objetos de primera necesidad como vestidos, herramientas, tela para hacer velas y corpaje, y además, por orden del doctor, tabaco con profusión.

Ya no teníamos nada que hacer en la isla: el tesoro estaba embarcado y las provisiones y el agua también, y una hermosa mañana levamos anclas, no sin gran trabajo, porque sólo éramos tres para el cabestrante, y salimos de la bahía del Norte con el mismo pabellón flotante que el capitán había enarbolado en el *block-haus*.

Los tres proscritos nos estaban observando más cerca de lo que creíamos, pues al salir del puerto, y teniendo que doblar muy cerca la punta Sur, los vimos á los tres de rodillas, levantando hacia nosotros sus brazos con ademán suplicante.

Nos daba lástima abandonarlos de aquella suerte; pero no podíamos correr el riesgo de una segunda rebelión á bordo y llevarlos á Inglaterra para verlos ahorcados.

El doctor les dijo con la bocina que les habíamos dejado provisiones y pólvora en la caverna; pero no dejaron por eso de llamarnos á cada uno por nuestro nombre, suplicándonos por el amor de Dios que tuviésemos piedad de ellos y no los condenáramos á perecer en aquel espantoso desierto.

Por fin, viendo que el *schooner* proseguía su ruta, uno de ellos se levantó vivamente, apuntó y disparó un tiro, cuya bala pasó silbando por encima de la cabeza de Silver, y fué á perderse en la vela mayor.

En seguida desaparecieron tras el promontorio, perdiéndose éste también á lo lejos al poco tiempo.

A eso del medio día habíamos ya perdido de vista el pico más elevado de la isla del Tesoro.

Éramos tan pocos á bordo, que todos teníamos que echar mano á la maniobra. Sólo el capitán permanecía acostado sobre un colchón para dar las órdenes, pues aunque en plena convalecencia, necesitaba aún cuidados y reposo.

Como no podíamos volver á Bristol sin tripulación, nos dirigimos hacia el puerto más próximo de la América del Sur, y antes de arribar sufrimos dos tempestades terribles, seguidas de vientos contrarios, que nos hicieron pasar malos ratos; por fin llegamos al puerto.

El sol iba á ponerse cuando anclamos en una hermosa bahía, viéndonos rodeados de botes cargados de negros mulatos é indios que nos ofrecían las frutas y legumbres del país.

La vista de aquellos rostros risueños, el sabor agradable de las frutas tropicales, y sobre todo las luces que empezaban á brillar en la ciudad, hacían un contraste delicioso con las tristes escenas que acabábamos de presenciar en la isla.

Trelawney, el doctor y yo saltamos á tierra los primeros, y habiendo encontrado al comandante de un buque de guerra inglés, se fueron con él á bordo, y se encontraron allí tan bien, que no volvimos á *La Hispaniola* hasta que era bien de día.

Ben Gunn estaba de guardia sobre el puente. Apenas nos vió empezó á hacer aspavientos, y concluyó por decirnos que Silver había huido en uno de los botes del puerto, y que si había consentido en aquella fuga era por salvar nuestras vidas, que estaban en peligro mientras el *hombre de una sola pierna* estuviese entre nosotros.

Pero el cocinero, que era un pillo rematado, no había huido á secas, sino que, perforando un tablón, había conseguido sacar por allí uno de los sacos que contenía lo menos diez mil guineas, y se lo había llevado para subvenir, sin duda, á los gastos del viaje.

Después de todo, nos consideramos muy satisfechos por habernos desembarazado de él.

Este fué el último incidente notable de nuestro viaje.

Nos fué fácil encontrar la tripulación, y poco después, y con vientos favorables, entramos en el puerto de Bristol, precisamente cuando Mr. Blandly se disponía á ir en busca nuestra.

Traíamos el tesoro casi completo; pero de todos los que habíamos ido á buscarlo, cinco solo volvíamos al puerto.

Según el pacto acordado entre milord Trelawney y el doctor, el Estado y los pobres recibieron los primeros su parte; después cada uno de nosotros recibió la

Biblioteca Nacional de España

Imposible de explicar la alegria de mi pobre madre al verme.

BIBLIOTECA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

suya para hacer de ella lo que quisiera.

El capitán Smollet, resintiéndose siempre de su herida, ha tenido que dejar el servicio, y el leal é inteligente marino vive ahora retirado en Bristol.

Gray, no solamente supo guardar su dinero, sino que se puso á estudiar su profesión, y ahora es segundo oficial de un *schooner*, en el que tiene parte como propietario, y está casado y con hijos.

Ben Gunn recibió sus mil libras esterlinas, que perdió en el juego en diecinueve días, pues á los veinte ya no tenía un céntimo; pero consiguieron meterle de guardabosque, lo que tanto temía cuando estaba en la isla; mas ahora vive feliz y muy querido de todo el mundo.

Nadie ha vuelto á oir hablar de Silver, y yo espero que habrá vuelto á encontrar á su vieja negra y vivirá con ella y con su loro en algún rincón ignorado.

Respecto á los lingotes de plata y á las armas, supongo que estarán aún en la isla, ocultas en el mismo sitio en que las dejó Flint; pero por mi parte allí quedarán eternamente, pues por nada en el mundo volvería á emprender una expedición semejante.

Muchas veces me despierto asustado creyendo escuchar las olas precipitándose sobre las rompientes, y otras me parece oir la voz aguda y chillona del *capitán Flint* gritándome á los oídos:

«¡Piezas de á ocho! ¡Piezas de á ocho!»

Imposible de explicar la alegría de mi pobre madre al verme, y la dicha que yo experimenté al abrazarla, y cuán feliz me consideraba por poderla asegurar á mi lado una existencia dichosa y tranquila.

El doctor me profesaba verdadero cariño, y yo, por mi parte, sentía hacia él una admiración apasionada.

Emprendió á completar mi educación, pretendiendo que estaba seguro de conseguirlo.

Su deseo era hacer de mí un médico inteligente é instruído.

—Solamente en esta profesión, me decía para animarme, puede un hombre de bien, por sí solo, ser útil á su prójimo.

Trelawney era de su misma opinión, y el lector pensará, como yo, que hice bien en dejarme guiar y en seguir los consejos de aquellos dos hombres honrados y buenos, dignos de todo mi cariño y de mi más profundo agradecimiento.

BIBLIOTECA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

	Páginas.
XVI.—Relación del Doctor	5
XVII.—Último viaje del bote (continuación del relato del Doctor)	9
XVIII.—Cómo terminó el primer día de expedición (continuación del relato del Doctor)	13
XIX.—La guarnición del *blockhaus* (Jim continúa su interrumpida relación)	15
XX.—La embajada de Juan Silver	18
XXI.—El asalto	22
XXII.—Cómo volví al mar	27
XXIII.—En la baja marea	29
XXIV.—El viaje de la piragua	31
XXV.—Arrío la bandera negra	33
XXVI.—Israel Hands	36
XXVII.—Piezas de á ocho	43
XXVIII.—En manos del enemigo	45
XXIX.—Otra vez la *marca negra*	51
XXX.—Bajo palabra	53
XXXI.—A caza del tesoro	58
XXXII.—La voz entre los árboles	63
XXXIII.—El fin de un reinado	68
XXXIV.—Conclusión	73

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Agustín Jubera, editor.—Campomanes, 10, Madrid.

BIBLIOTECA MORAL, CIENTÍFICA Y LITERARIA

OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie.	Los Desterrados de la Tierra.....	*Cuaderno 1.º*—**Una peseta.**
»	» »	*Cuaderno 2.º*— »
»	» »	*Cuaderno 3.º*— »
»	» »	*Cuaderno 4.º*— »
A. Daudet.	Cuentos escogidos para la Juventud.	*Cuaderno 1.º*— »
»	» »	*Cuaderno 2.º*— »
»	» Tartarín de Tarascón..	*Cuaderno 3.º*— »
H. Malot.	Román Kalbris.....	*Cuaderno 1.º*— »
»	»	*Cuaderno 2.º*— »
Benedict.	La Madona de Guido Reni.....	*Cuaderno 1.º*— »
»	» »	*Cuaderno 2.º*— »
»	» »	*Cuaderno 3.º*— »
E. Legouvé.	Nuestros hijos.....	*Cuaderno 1.º*— »
»	»	*Cuaderno 2.º*— »
Stevenson.	La Isla del Tesoro.....	*Cuaderno 1.º*— »
»	» »	*Cuaderno 2.º*— »

En preparación.

J. Sandeau.—LA ROCA DE LAS GAVIOTAS

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

Esta *Biblioteca*, de la misma forma y tamaño que la de las obras de Julio Verne, publica todos los meses uno ó dos cuadernos de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones.

Cada obra completa tiene como máximum cuatro cuadernos, y se vende al precio de una peseta cada uno.

Las condiciones de venta de esta *Biblioteca* para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las obras de Julio Verne.

E. DE AMICIS

(Última producción)

EN EL OCÉANO

VIAJE Á LA ARGENTINA

Con una carta-prólogo del autor.

VERSIÓN CASTELLANA DE H. GINER DE LOS RÍOS

Un tomo de 464 páginas, encuadernado en rústica, 4 pesetas.
Encuadernado en tela á la inglesa, 4,50.

JULIO VERNE

(Última producción.)

FAMILIA SIN NOMBRE

CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Cuadernos 1.º y 2.º

DOS PESETAS

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España